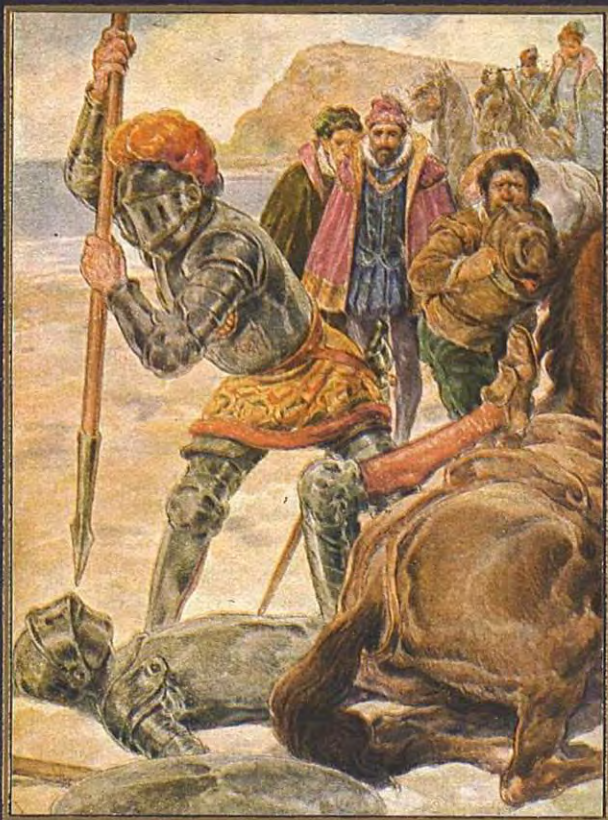


AVENTURAS DE DON QUIJOTE



COLECCIÓN ARALUCE

Ayuntamiento de Madrid

Cer.

389

232 — Aventuras de Don Quijote. Extracto para niños. Barcelona, *Araluce*, dos tomos en un vol. en 8.º, tela con planchas.

S

Ayuntamiento de Madrid

Colección ARALUCE

LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

Declaradas de utilidad pública por R. O. de 29 de Julio de 1912

AVENTURAS
DE
DON QUIJOTE

Ayuntamiento de Madrid

AVENTURAS DE DON QUIJOTE

POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

PARTE PRIMERA



206184

TOMO I

EDITADO POR RAMÓN DE S. N. ARALUCE
CALLE DE CORTES, 410 : BARCELONA

ES PROPIEDAD DEL EDITOR
CONFORME Á LA LEY

INDICE DE CAPÍTULOS

Prefacio: : : : ; : : : : : : :	IX
---------------------------------	----

CAPÍTULO PRIMERO

De como el ingenioso Don Quijote, en su primera salida, cenó en una venta, que él tuvo por casti- llo: : : : : : : : : : :	II
---	----

CAPÍTULO II

Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo Don Quijote de armarse caballero: : : : :	19
---	----

CAPÍTULO III

De la mala aventura que le acaeció á Don Quijote con unos mercaderes y de cómo tornó á su pueblo : : : : : : : : : :	29
--	----

CAPÍTULO IV

Del buen suceso que el valeroso Don Quijote tuvo en la espantable y jamás vista aventura de los molinos de viento: : : : : : :	73
--	----

CAPÍTULO V

Donde se cuenta la famosa aventura de los frailes de San Benito, con la espantable batalla que un escudero vizcaíno y nuestro valiente manchego tuvieron : : : : : : : : :	41
--	----

CAPÍTULO VI

En el que se trata de la aventura de los rebaños, que á nuestro caballero le parecieron ejércitos, y de lo que luego pasó entre amo y mozo: : :	50
---	----

CAPÍTULO VII

De la aventura que le sucedió á Don Quijote con un cuerpo muerto: : : : : : :	62
---	----

CAPÍTULO VIII

Donde se comienza la más estupenda aventura que jamás tuvo ningún famoso caballero en el mundo: : : : : : : :	71
---	----

CAPÍTULO IX

Donde se da fin á la nunca vista ni oída aventura que con más poco peligro fué acabada del valeroso Don Quijote de la Mancha : : : : :	82
--	----

CAPÍTULO X

De la libertad que Don Quijote dió á unos desdichados que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir. : : : : : : : :	88
---	----

CAPÍTULO XI

Que trata de la brava y descomunal batalla que Don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto:	102
--	-----

CAPÍTULO XII

Del extraño modo como fué encantado Don Quijote al dar guarda á la venta que él imaginaba ser castillo : : : : : : : :	109
--	-----

CAPÍTULO XIII

De la pendencia que Don Quijote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los diciplinantes, y de como entró en su aldea: : : : :	116
--	-----

LISTA DE LAS LÁMINAS

CONTENIDAS EN LA PARTE PRIMERA

<u>Caps.</u>	<u>Págs.</u>
I. ...en mitad de la leyenda alzó la mano, y dió- le sobre el cuello un buen golpe... : : :	26
III. ...que con toda aquella tempestad de palos que sobre él llovía... : : : : : : : :	33
V. Gente endiablada y descomunal, dejad lue- go al punto las altas princesas... : : : :	42
VII. Deteneos, y sed más bien criado, y dadme cuenta... : : : : : : : : : : :	65
X. Don Quijote, mohinísimo de verse tan mal parado por los mismos... : : : : : :	101
XI. ...como si verdaderamente estuviera pelean- do con algún gigante. : : : : : : :	105
XII. ...y atado de la muñeca al cerrojo de la puerta... : : : : : : : : : : :	113
XIII. ...solo Sancho se desesperaba, porque no se podía desasir de un criado del Canónigo,...	122

Ayuntamiento de Madrid

PRÓLOGO

Mis pequeños y queridos lectores:

Persona que os quiere bien—y cuyo nombre leeréis si sois curiosos al pié de las cubiertas de estos libritos—me ha pedido que escogiera de aquel libro inmortal que nuestro Cervantes escribió con el título de «El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha», algunos de sus pasajes más movidos—los cuales son los que más os han de gustar a vosotros que no podéis estar quietos—y os los ofreciera para que de este modo empezaraís a gustar las bellezas que cuando mayores os habrán de dar provecho y entretenimiento.

Y tan honroso cargo lo he aceptado con placer y con respeto a la vez: con placer, porque si en todos los países civilizados del mundo, hasta en el lejano Japón, vuestros pequeños camaradas extranjeros se deleitan con este glorioso libro español, justo es que vosotros, que en lengua castellana habláis, podáis tener en vuestras manos una edición como esta, muestra digna y respetuosa del original; y con temeroso respeto, porque no puede haber quien no lo sienta al

poner sus pecadoras manos en la obra genial del Manco de Lepanto.

Y ahora, pues no quiero entreteneros más, tan solo me resta haceros una observación y expresaros un juicio.

Cuando algún día, movidos por las «Aventuras de don Quijote» que vais a leer, déis en comenzar la lectura completa de sus caballerescas andanzas, habéis de notar que en el cuerpo de los textos fragmentarios que hoy os ofrecemos se han hecho supresiones o breves arreglos. Tened presente que unos y otros han sido ejecutados, o para dar buen enlace a escenas que nuestra selección dejaría confusas, o bien para mejor acomodar el texto a vuestras inteligencias; y además en algunos casos para suprimir voces o pasajes que hoy ofenden a la decencia y que en tiempos de Cervantes era corriente usar en obras de todo género.

Y pensad que estas «Aventuras» con las cuales vais a reír, cuando mayores, al leerlas una y otra vez, os ofrecerán mucho que aprender y mucho más que pensar, y de ello quedaremos nosotros muy contentos por haberos prestado tan buen servicio.

Adiós, pues, queridos niños.

AVENTURAS DE DON QUIJOTE

CAPÍTULO I

DE COMO EL INGENIOSO DON QUIJOTE, EN SU PRIMERA SALIDA, CENÓ EN UNA VENTA, QUE ÉL TUVO POR CASTILLO.

EN una época, en la cual estaba muy en boga leer los mentirosos libros de caballerías, hubo un hidalgo, llamado Quijano, de cierto lugar de la Mancha, el cual se enfrascó tanto en aquellas lecturas, que vino á perder el juicio, y tomó la resolución de hacerse caballero andante y salir por el mundo en busca de aventuras, imaginando revivir todas aquellas soñadas y disparatadas invenciones que había leído. Al efecto limpió y remendó unas viejísimas armas que yacían olvidadas en un rincón de su casa, y se acomodó á sí y á su caballo unos nombres sonoros y significativos, á la manera de los que había leído en aquellos libros que tal le habían puesto. Llamóse á sí mismo Don Quijote de la Mancha, y dió á su caballo el nombre de Rocinante. Lue-

go, como no era posible que un tal caballero, no tuviese su dama, pensando en una moza de un pueblo vecino, de la cual anduvo enamorado en su mocedad, tomola por señora de sus pensamientos, dándole el nombre de Dulcinea del Toboso. Hechas estas prevenciones no quiso aguardar más tiempo en poner en obra su pensamiento, y sin despedirse de su sobrina ni de su ama y menos de sus amigos el Cura del lugar y Maese Nicolás, el barbero, una mañana, antes del día, salió al campo, armado de todas sus armas, sobre Rocinante y así fué marchando por el Campo de Montiel en busca de empresas caballerescas. Mas pronto le asaltó una duda terrible: y fué que no podía contender con caballero alguno, por no haber sido él armado tal y así dispuso de hacerse armar caballero del primero que topase á imitación de lo que había leído en los libros que tal le tenían].

Don Quijote anduvo todo aquel día, y al anochecer su rocín y él se hallaron cansados y muertos de hambre, y que mirando á todas partes, por ver si descubriría algún castillo ó alguna majada de pastores donde recogerse, y adonde pudiese remediar su mucha necesidad, vió, no lejos del camino por donde iba, una venta. Dióse

priesa á caminar, y llegó á ella á tiempo que anohecia.

Estaban acaso á la puerta dos mujeres mozas, las cuales iban á Sevilla con unos arrieros que en la venta aquella noche acertaron á hacer jornada; y como á nuestro aventurero todo cuanto pasaba, veía ó imaginaba, le parecía ser hecho y pasar al modo de lo que había leído, luego que vió la venta se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadizo y honda cava, con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan. Fuése llegando á la venta [que á él le parecía castillo], y á poco trecho della detuvo las riendas á Rocinante, esperando que algún enano se pusiese entre las almenas á dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo. Pero como vió que se tardaban, y que Rocinante se daba priesa por llegar á la caballeriza, se llegó más á la puerta de la venta, y vió á las dos distraídas mozas que allí estaban, que á él le parecieron dos hermosas doncellas ó dos graciosas damas que delante de la puerta del castillo se estaban solazando. En esto sucedió acaso que un porquero, que andaba recogiendo de unos rastros una manada de puercos [que, sin perdón, así se lla-

man], tocó un cuerno, á cuya señal ellos se recojen; y al instante se le representó á Don Quijote lo que deseaba, que era que algún enano hacía señal de su venida; y así, con extraño contento llegó á la venta y á las damas, las cuales como vieron venir un hombre de aquella suerte armado, y con lanza y adarga, llenas de miedo, se iban á entrar en la venta; pero Don Quijote, coligiendo por su huida su miedo, con gentil talento y voz reposada les dijo: «Non fuyan las vuestras mercedes, ni teman desaguizado alguno, ca á la Orden de caballería que profeso, non toca ni atañe facerle á ninguno, cuanto más á tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran.»

Mirábanle las mozas, y andaban con los ojos buscándole el rostro, que la mala visera le encubría; mas, como se oyeron llamar doncellas, cosa tan fuera de su profesión, no pudieron tener la risa, y fué de manera que Don Quijote vino á correrse y á decirles, alzándose la visera de papelón, y descubriendo su seco y polvoroso rostro: «Bien parece la medida en las hermosas, y es mucha sandez además la risa que de leve causa procede; pero non vos lo digo porque os acutedes ni mostredes mal talante; que el mío non es de ál que de serviros.»

El lenguaje no entendido de las señoras y el mal talle de nuestro caballero, acrecentaba en ellas la risa, y ella en él el enojo, y pasara muy adelante, si á aquel punto no saliera el ventero, hombre que, por ser muy gordo, era muy pacífico; el cual, viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales como eran la brida, lanza, adarga y coselete, no estuvo en nada en acompañar á las doncellas en las muestras de su contento; mas, determinó de hablarle comedidamente, y así le dijo: «Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, amén del lecho [porque en esta venta no hay ninguno], todo lo demás se hallará en ella en mucha abundancia.» Viendo Don Quijote la humildad del alcaide de la fortaleza [que tal le pareció á él el ventero y la venta], respondió: «Para mí, señor castellano, cualquiera cosa basta, porque *mis arreos son las armas, mi descanso el pelear*», etc.

Pensó el huésped que el haberle llamado castellano había sido por haberle parecido de los sanos de Castilla, aunque él era andaluz, y de los de la playa de Sanlúcar, no menos ladrón que Caco, ni menos maleante que estudiante ó paje; y así, le respondió: «Según eso, *las camas de vuestra merced serán duras peñas, y su dormir, siempre velar*; y siendo así, bien se puede

apear con seguridad de hallar en esta choza ocasión y ocasiones para no dormir en todo un año, cuanto más en una noche.» Y diciendo esto, fué á tener del estribo á Don Quijote, el cual se apeó con mucha dificultad y trabajo, como aquel que en todo aquel día no se había desayunado.

Dijo luego al huésped que le tuviese mucho cuidado de su caballo, porque era la mejor pieza que comía pan en el mundo. Miróle el ventero, y no le pareció tan bueno como Don Quijote decía, ni aún la mitad; y acomodándole en la caballeriza, volvió á ver lo que su huésped mandaba, al cual estaban desarmando las doncellas [que ya se habían reconciliado con él], las cuales, aunque le habían quitado el peto y el espaldar, jamás supieron ni pudieron desencajarle la gola ni quitarle la contrahecha celada, que traía atada con unas cintas verdes, y era menester cortarlas; mas él no lo quiso consentir en ninguna manera; y así, se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la más graciosa y extraña figura que se pudiera pensar; y al desarmarle, como él se imaginaba que aquellas traídas y llevadas que le desarmaban eran algunas principales señoras de aquél castillo, les dijo con mucho donaire:

«Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido,
Como fuera Don Quijote
Cuando de su aldea vino:
Doncellas curaban dél,
Princesas de su rocino,

ó Rocinante, que este es el nombre, señoras mías, de mi caballo, y Don Quijote de la Mancha el mío; que, puesto que no quisiera descubrirme fasta que las fazañas fechas en vuestro servicio y pro me descubrieran, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo ha sido causa que sepais mi nombre antes de toda sazón; pero tiempo vendrá en que las vuestras señorías me manden y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de serviros.»

Las mozas, que no estaban hechas á oír semejantes retóricas, no respondían palabra; sólo le preguntaron si quería comer alguna cosa.

«Cualquiera yantaria yo, respondió Don Quijote, porque, á lo que entiendo, me haría mucho al caso, que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas.»

Pusiéronle la mesa á la puerta de la venta, por el fresco, y trújole el huésped una porción de mal remojado y peor cocido bacallao, y un pan muy negro y tan reciente como sus armas.

Pero era materia de grande risa verle comer, porque, como tenía puesta la celada, y era alta la babera, no podía poner nada en la boca bien con sus manos, si otro no se lo daba y ponía; y así, una de aquellas señoras servía deste menester; mas al darle de beber, no fué posible, ni lo fuera si el ventero no horadara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino; y todo esto lo recibia en paciencia, á trueco de no romper las cintas de la celada. Estando en esto, llegó acaso á la venta un castrador de puercos; y así como llegó, sonó su silbato de cañas cuatro ó cinco veces, con lo cual acabó de confirmar Don Quijote que estaba en algún famoso castillo y que le servían con música, y que el abadejo eran truchas, el pan candeal, y las mozas damas, y el ventero castellano del castillo; y con esto daba por bien empleada su determinación y salida. Mas lo que más le fatigaba era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podría poner legítimamente en aventura alguna sin recibir la Orden de caballería.

CAPÍTULO II

DONDE SE CUENTA LA GRACIOSA MANERA QUE
TUVO DON QUIJOTE DE ARMARSE CABALLERO

Y así, fatigado deste pensamiento, abrevió su venteril y limitada cena, la cual acabada, llamó al ventero, y encerrándose con él en la caba-lleriza, se hincó de rodillas ante él, diciéndole: «No me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra y en pro del género humano.»

El ventero, que vió á su huésped á sus piés y oyó semejantes razones, estaba confuso mirándole, sin saber qué hacerse ni decirle, y porfiaba con él que se levantase; y jamás quiso hasta que le hubo de decir que él le otorgaba el don que le pedía.

«No esperaba yo ménos de la gran magnificencia vuestra, señor mío, respondió Don Quijote; y así, os digo que el don que os he pedido, y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es que mañana, en aquel día, me habéis de ar-

mar caballero; y esta noche, en la capilla deste vuestro castillo, velaré las armas, y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo, para poder, como se debe, ir por todas las cuatro partes del mundo buscando las aventuras en pro de los menesterosos, como está á cargo de la caballería y de los caballeros andantes, como yo soy, cuyo deseo á semejantes fazañas es inclinado.»

El ventero, que, como está dicho, era un poco socarrón, y ya tenía algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped, acabó de creerlo cuando acabó de oírle semejantes razones; y por tener que reír aquella noche, determinó de seguirle el humor; y así le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba y pedía, y que tal prosupuesto era propio y natural de los caballeros tan principales como él parecía y como su gallarda presencia mostraba. Díjole también que en aquel su castillo no había capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo; pero que en caso de necesidad, él sabia que se podían velar donde quiera, y que aquella noche las podría velar en un patio del castillo; que á la mañana, siendo Dios servido, se harían las debidas ceremonias, de manera que él quedase armado caballero, y

tan caballero, que no pudiese ser más en el mundo.

Preguntóle si traía dineros; respondió Don Quijote que no traía blanca, porque él nunca había leído en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traído.

A esto dijo el ventero que se engañaba; que, puesto caso que en las historias no se escribía, por haberles parecido á los autores dellas que no era menester escribir una cosa tan clara y tan necesaria de traerse, como eran dineros y camisas limpias, no por eso se había de creer que no los trujeron; y así, tuviese por cierto y averiguado que todos los caballeros andantes [de que tantos libros están llenos y atestados] llevaban bien herradas las bolsas, por lo que pudiese sucederles, y que asimismo llevaban camisas y una arqueta pequeña llena de ungüentos para curar las heridas que recebían; y por esto le daba por consejo [pues aún se lo podía mandar como á su ahijado, que tan presto lo había de ser] que no caminase de allí adelante sin dineros y sin las prevenciones referidas, y que vería cuán bien se hallaba con ellas cuando ménos se pensase.

Prometióle Don Quijote de hacer lo que se le aconsejaba con toda puntualidad; y así, se dió luego orden como velase las armas en un corral

grande que á un lado de la venta estaba; y reco-
giéndolas Don Quijote todas, las puso sobre una
pila que junto á un pozo estaba, y embrazando
su adarga, asió de su lanza, y con gentil conti-
nente comenzó á pasear delante de la pila; y
cuando comenzó el paseo comenzaba á cerrar la
noche.

Contó el ventero á todos cuantos estaban en
la venta la locura de su huésped, la vela de las
armas y la armazon de caballería que esperaba.
Admiráronse de tan extraño género de locura;
fuéronselo á mirar desde lejos, y vieron que, con
sosegado ademán, unas veces se paseaba, otras
arrimado á su lanza ponía los ojos en las armas,
sin quitarlos por un buen espacio de ellas. Aca-
bó de cerrar la noche, pero con tanta claridad
de la luna, que podía competir con el que se la
prestaba; de manera que cuanto el novel caba-
llero hacía era bien visto de todos. Antojósele
en esto á uno de los arrieros que estaban en la
venta ir á dar agua á su recua, y fué menester
quitar las armas de Don Quijote, que estaban
sobre la pila; el cual, viéndole llegar, en voz alta
le dijo: «¡Oh tú, quien quiera que seas, atrevido
caballero, que llegas á tocar las armas del más
valeroso andante que jamás se ciñó espada! mi-
ra lo que haces y no las toques, si no quieres
dejar la vida en pago de tu atrevimiento.»

No se curó el arriero destas razones [y fuera mejor que se curara, porque fuera curarse en salud]; ántes trabando de las correas, las arrojó gran trecho de sí. Lo cual visto por Don Quijote, alzó los ojos al cielo y puesto el pensamiento [á lo que pareció] en su señora Dulcinea, dijo: «Acorredme, señora mía, en esta primera afrenta que á este vuestro avasallado pecho se le ofrece; no me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo.» Y diciendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga, alzó la lanza á dos manos, y dió con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le derribó en el suelo, tan maltrecho, que si segundara con otro. no tuviera necesidad de maestro que le curara. Hecho esto, recogió sus armas, y tornó a pasearse con el mismo reposo que primero. Desde allí á poco, sin saberse lo que había pasado [porque aún estaba aturdido el arriero], llegó otro con la misma intención de dar agua a sus mulos; y llegando á quitar las armas para desembarazar la pila, sin hablar Don Quijote palabra, y sin pedir favor á nadie soltó otra vez la adarga y alzó otra vez la lanza, y sin hacerla pedazos, hizo más de tres la cabeza del segundo arriero, porque se la abrió en cuatro. Al ruido acudió toda la gente de la venta, y entre ellos el ventero.

Viendo esto Don Quijote, embrazó su adarga, y puesta mano á su espada, dijo: «¡Oh señora de la fermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazón mío! ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza á este tu cautivo caballero, que tamaña aventura está atendiendo.» Con esto cobró, á su parecer, tanto ánimo, que si le acometieran todos los arrieros del mundo, no volviera el pié atrás. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, comenzaron desde lejos á llover piedras sobre Don Quijote, el cual lo mejor que podía se reparaba con su adarga, y no se osaba apartar de la pila por no desamparar las armas.

El ventero daba voces que lo dejasen, porque ya les había dicho como era loco, y que por loco se libraría, aunque los matase á todos. También Don Quijote les daba mayores, llamándolos de de alevosos y traidores, y que el señor del castillo era un follón y mal nacido caballero, pues de tal manera consentía que se tratasen los andantes caballeros, y que si él hubiera recibido la Orden de caballería, que él le diera á entender su alevosía; «pero de vosotros, soez y baja canalla, no hago caso alguno. Tirad, llegad, venid, y ofendedme en cuanto pudiéredes; que vosotros veréis el pago que lleváis de vuestra sandez y demasía.»

Decía esto con tanto brío y denuedo, que infundió un terrible temor en los que le acometían; y así por esto, como por las persuasiones del ventero, le dejaron de tirar, y él dejó retirar á los heridos, y tornó á la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que primero.

No le parecieron bien al ventero las burlas de su huésped, y determinó abreviar y darle la negra Órden de caballería luego, antes que otra desgracia sucediese; y así, llegándose á él, se desculpó de la insolencia que aquella gente baja con él había usado, sin que él supiese cosa alguna, pero que bien castigados quedaban de su atrevimiento. Díjole cómo ya le había dicho que en aquel castillo no había capilla, y para lo que restaba de hacer tampoco era necesaria; que todo el toque de quedar armado caballero consistía en la pescozada y en el espaldarazo, según él tenía noticia del ceremonial de la Órden, y que aquello en mitad de un campo se podía hacer; y que ya había cumplido con lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplía, cuanto más que él había estado más de cuatro.

Todo se lo creyó Don Quijote, y dijo que él estaba allí pronto para obedecerle, y que concluyese con la mayor brevedad que pudiese; por-

que si fuese otra vez acometido, y se viese armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, eceto aquellas que él le mandase, á quien, por su respeto, dejaría.

Advertido y medroso desto el castellano, trujo luego un libro, donde asentaba la paja y cebada que daba á los arrieros, y con un cabo de vela que le traía un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, se vino adonde Don Quijote estaba, al cual mandó hincar de rodillas; y leyendo en su manual, como que decía alguna devota oración, en mitad de la leyenda alzó la mano, y dióle sobre el cuello un buen golpe, y tras él con su misma espada un gentil espaldarazo, siempre murmurando entre dientes, como que rezaba. Hecho esto, mandó á una de aquellas damas que le ciñese la espada, la cual lo hizo con mucha desenvoltura y discrecion, porque no fué menester poca para no reventar de risa á cada punto de las ceremonias; pero las proezas, que ya habían visto, del novel caballero les tenían la risa á raya.

Al ceñirle la espada, dijo la buena señora: «Dios haga á vuestra merced muy venturoso caballero y le dé ventura en lides.»

Don Quijote le preguntó cómo se llamaba, porque él supiese de allí adelante á quién que-



... en mitad de la leyenda alzó la mano, y dióle sobre el cuello
un buen golpe ...

Ayuntamiento de Madrid

dab
pen
can

llan
dón
ella

cies
Don

pue
que

la M
nero
Qui
Mol
cede

allí
Qui
aver
en
tan
berle
tar é

daba obligado por la merced recebida, porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su brazo.

Ella respondió con mucha humildad que se llamaba la Tolosa, y que era hija de un remendón natural de Toledo, y que donde quiera que ella estuviese, le serviría y le tendría por señor.

Don Quijote le replicó que por su amor le hiciese merced que de allí adelante se pusiese Don, y se llamase Doña Tolosa.

Ella se lo prometió, y la otra le calzó la espuela, con la cual le pasó casi el mismo coloquio que con la de la espada.

Preguntóle su nombre, y dijo que se llamaba la Molinera, y que era hija de un honrado molinero de Antequera; á la cual también rogó Don Quijote que se pusiese Don, y se llamase Doña Molinera, ofreciéndole nuevos servicios y mercedes.

Hechas, pues, de galope y aprisa las hasta allí nunca vistas ceremonias, no vió la hora Don Quijote de verse a caballo y salir buscando las aventuras; y ensillando luego a Rocinante, subió en él, y abrazando á su huésped, le dijo cosas tan extrañas, agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar á referirlas. El ventero, por verle ya fuera de

la venta, con no ménos retóricas, aunque con más breves palabras, respondió á las suyas, y sin pedirle la costa de la posada, le dejó ir en buen hora.

DE
Q
A

S
dete
de l
labra
mab
labra
azota
siona
Don
pobr
chab
E
divic
encru
ponía

CAPÍTULO III

DE LA MALA AVENTURA QUE LE ACAECIÓ A DON
QUIJOTE CON UNOS MERCADERES Y DE CÓMO TORNÓ
A SU PUEBLO.

SALIÓ nuestro caballero de la venta y, viniéndole á la memoria los consejos del ventero, determinó volver á su pueblo para acomodarse de lo que le faltaba y tomar por escudero á un labrador vecino suyo, que Sancho Panza se llamaba. Por el camino libró de las manos de un labrador furioso á un muchacho, al cual estaba azotando por ciertas pérdidas que le había ocasionado; mas tan pronto hubo vuelto la espalda Don Quijote, volvió el villano al azotamiento del pobre zagal, mientras el novel caballero marchaba feliz del buen principio de sus hazañas].

En esto llegó á un camino que en cuatro se dividía, y luego se le vino á la imaginación las encrucijadas donde los caballeros andantes se ponían á pensar cual camino de aquellos toma-

rían; y por imitarlos, estuvo un rato quedado, y al cabo de haberlo muy bien pensado soltó la rienda á Rocinante, dejando á la voluntad del rocín la suya; el cual siguió su primer intento, que fué el irse camino de su caballeriza. Y habiendo andado como dos millas, descubrió Don Quijote un grande tropel de gente, que, como después se supo, eran unos mercaderes toledanos que iban á comprar seda á Murcia. Eran cuatro, y venían con sus quitasoles, con otros cuatro criados á caballo, y dos mozos de mulas á pié. Apenas los divisó Don Quijote, cuando se imaginó ser cosa de nueva aventura; y por imitar, en todo cuanto á él le parecía posible, los pasos que había leído en sus libros, le pareció venir allí de molde uno que pensaba hacer, y así, con gentil continente y denuedo se afirmó bien en los estribos, apretó la lanza, llegó la adarga al pecho, y puesto en la mitad del camino, estuvo esperando que aquellos caballeros andantes llegasen [que ya él por tales los tenía y juzgaba]; y cuando llegaron á trecho que le pudieron ver y oír, levantó Don Quijote la voz, y con ademán arrogante dijo: «Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo doncella más hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso.»

Paráronse los mercaderes al son destas razones y á ver la extraña figura del que las decía, y por la figura y por ellas, luego echaron de ver la locura de su dueño; mas quisieron ver despacio en qué paraba aquella confesion que se les pedía; y uno dellos, que era un poco burlon y muy mucho discreto, le dijo: «Señor caballero, nosotros no conocemos quién sea esa buena señora que decís: mostrádnosla; que si ella fuere de tanta hermosura como significáis, de buena gana y sin apremio alguno confesaremos la verdad que por parte vuestra nos es pedida.

—Si os la mostrara, replicó Don Quijote, ¿qué hiciérades vosotros en confesar una verdad tan notoria? La importancia está en que sin verla lo habéis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender; donde no, conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia; que ora vengais uno á uno, como pide la Orden de caballería, ora todos juntos, como es costumbre y mala usanza de los de vuestra ralea, aquí os aguardo y espero, confiado en la razón que de mi parte tengo.

—Señor caballero, replicó el mercader, suplico á vuestra merced, en nombre de todos estos príncipes que aquí estamos, que porque no encarguemos nuestras conciencias, confesando una cosa por nosotros jamás vista ni oída [y más

siendo tan en perjuicio de las emperatrices y reinas del Alcarria y Extremadura], que vuestra merced sea servido de mostrarnos algún retrato de esa señora, aunque sea tamaño como un grano de trigo, que por el hilo se saçará el ovillo, y quedaremos con esto satisfechos y seguros, y vuestra merced quedará contento y pagado; y aun creo que estamos ya tan de su parte, que aunque su retrato nos muestre que es tuerta de un ojo, y que del otro le mana bermellón y piedra azufre, con todo eso, por complacer á vuestra merced, diremos en su favor todo lo que quisiere.

—No le mana, canalla infame, respondió Don Quijote, encendido en cólera, no le mana, digo, eso que decís, sino ambar entre algodones; y no es tuerta ni corcovada, sino más derecha que un huso de Guadarrama. Pero vosotros pagareis la grande blasfemia que habéis dicho contra tamaña beldad, como es la de mi señora.»

Y en diciendo esto, arremetió con la lanza baja contra el que lo había dicho, con tanta furia y enojo, que si la buena suerte no hiciera que en la mitad del camino tropezara y cayera Rocinante, lo pasara mal el atrevido mercader. Cayó Rocinante, y fué rodando su amo una buena pieza por el campo y queriéndose levantar, jamás



... que con toda aquella tempestad de palos que sobre él llovía ...

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

pudo: tal embarazo le causaban la lanza, adarga, espuelas y celada, con el peso de las antiguas armas. Y entre tanto que pugnaba por levantarse, y no podía, estaba diciendo: «Non fuyais, gente cobarde, gente cautiva; atended; que no por culpa mía, sino de mi caballo, estoy aquí tendido.»

Un mozo de mulas de los que allí venían, que no debía de ser muy bien intencionado, oyendo decir al pobre caído tantas arrogancias, no lo pudo sufrir sin darle la respuesta en las costillas; y llegándose á él, tomó la lanza, y después de haberla hecho pedazos, con uno dellos comenzó á dar á nuestro Don Quijote tantos palos, que á despecho y pesar de sus armas, le molió como cibera.

Dábanle voces sus amos, que no le diese tanto y que le dejase; pero estaba ya el mozo picado, y no quiso dejar el juego hasta envidar todo el resto de su cólera; y acudiendo por los demás trozos de la lanza, los acabó de deshacer sobre el miserable caído, que con toda aquella tempestad de palos que sobre él llovía, no cerraba la boca, amenazando al cielo y á la tierra, y á los malandrines que tal le paraban.

Cansóse el mozo, y los mercaderes siguieron su camino, llevando qué contar en todo él del

pobre apaleado; el cual, después que se vió solo, tornó á probar si podía levantarse; pero si no lo pudo hacer cuando sano y bueno, ¿cómo lo haría molido y casi deshecho! Y aún se tenía por dichoso, pareciéndole que aquella era propia desgracia de caballeros andantes, y toda la atribuía á la falta de su caballo; y no era posible levantarse, según tenía brumado todo el cuerpo.

Viendo, pues, que, en efeto, no podía menearse acordó de acogerse á su ordinario remedio, que era pensar en algún paso de sus libros; y trújole su locura á la memoria aquel de Baldovinos y del Marqués de Mantua, cuando Carloto le dejó herido en la montaña: historia sabida de los niños, no ignorada de los mozos, celebrada y aún creida de los viejos, y con todo esto, no más verdadera que los milagros de Mahoma. Esta, pues, le pareció á él que le venía de molde para el paso en que se hallaba; y así, con muestras de grande sentimiento, se comenzó á revolcar por la tierra, y á decir con debilitado aliento lo mismo que dicen decía el herido Caballero del Bosque:

¿Dónde estás, señora mía,
Que no te duele mi mal?
O no lo sabes, señora,
O eres falsa y desleal.

Y desta manera fué prosiguiendo el romance, hasta aquellos versos que dicen:

¡Oh noble Marqués de Mantua,
Mi tío y señor carnal!

Y quiso la suerte que, cuando llegó á este verso, acertó á pasar por allí un labrador de su mismo lugar y vecino suyo [que venía de llevar una carga de trigo al molino], el cual, viendo aquel hombre allí tendido, se llegó á él y le preguntó que quién era y qué mal sentía, que tan tristemente se quejaba.

Don Quijote creyó sin duda que aquel era el Marqués de Mantua, su tío, y así, no le respondió otra cosa sino fué proseguir en su romance.

El labrador estaba admirado, oyendo aquellos disparates; y quitándole la visera, que ya estaba hecha pedazos, de los palos, le limpió el rostro, que lo tenía lleno de polvo; y apenas le hubo limpiado, cuando le conoció, y le dijo: «Señor Quijano, ¿quién ha puesto á vuestra merced desta suerte?» Pero él seguía con su romance á cuanto le preguntaba. Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo le quitó el peto y espaldar, para ver si tenía alguna herida; pero no vió sangre ni señal alguna. Procuró levantarle del suelo, y no con poco trabajo, le subió sobre su

jumento, por parecerle caballería más sosegada. Recogió las armas, hasta las astillas de la lanza, y liólas sobre Rocinante, al cual tomó de la rienda, y del cabestro al asno, y se encaminó hácia su pueblo, bien pensativo de oír los disparates que Don Quijote decía; y no ménos iba Don Quijote, que, de puro molido y quebrantado, no se podía tener sobre el borrico.

D.
I
m
y
lib
pa
loc
en
co
un
ro,
me
jó
pro
de
cha
ma
de

CAPÍTULO IV

DEL BUEN SUCESO QUE EL VALEROSO DON QUIJOTE
TUVO EN LA ESPANTABLE Y JAMÁS VISTA AVENTURA
DE LOS MOLINOS DE VIENTO.

LLEVADO á su casa nuestro famoso andante estuvo dos días en cama á causa del apaleamiento. Entre tanto el Cura, el barbero, el ama y la sobrina habíanle quemado los mentirosos libros y tapiado el aposento donde los guardaba, para ver si no dando con ellos no daba en sus locuras. Mas fué todo en vano; pasó quince días en su casa muy sosegado, durante los cuales convenció á su vecino Panza [que el cual era un pobre hombre] de que le sirviera de escudero, bajo promesa de hacerle gobernador del primer reino que ganase en cualquier aventura. Dejó Sancho á su mujer é hijos y tomó su asno, y provisto Don Quijote de camisas y dineros, sin despedirse de persona alguna salieron una noche de su lugar, sin que nadie les viese; y á la mañana siguiente marchaban ya por el Campo de Montiel.]

En esto descubrieron treinta ó cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo; y así como Don Quijote los vió, dijo á su escudero: «La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos á desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta ó pocos más desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles á todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos á enriquecer; que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

—¿Qué gigantes! dijo Sancho Panza.

—Aquellos que allí ves, respondió su amo, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

—Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

—Bien parece, respondió Don Quijote, que no estás cursado en esto de las aventuras; ellos son gigantes; y si tienes miedo, quítate de ahí y ponte en oración en el espacio que yo voy á entrar con ellos en fiera y desigual batalla.»

Y diciendo esto, dió de espuelas á su caba-

llo Rocinante, sin atender á las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento, y no gigantes, aquellos que iba á acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran; ántes iba diciendo en voces altas: «Non fuyades, cobardes y viles criaturas; que un solo caballero es el que os acomete.»

Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron á moverse, lo cual visto por Don Quijote, dijo: «Pues aunque movais más brazos que los del gigante Briareo, me lo habéis de pagar.»

Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón á su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su adarga, con la lanza en el ristre, arremetió á todo el galope de Rocinante, y embistió con el primer molino que estaba delante; y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fué rodando muy maltrecho por el campo. Acudió Sancho Panza á socorrerle á todo el correr de su asno, y cuando llegó, halló que no se podía

menear: tal fué el golpe que dió con él Rocinante.

«¡Válame Dios! dijo Sancho: ¿no le dije yo á vuestra merced que mirase bien lo que hacía que no eran sino molinos de viento? Y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza.

—Calla, amigo Sancho, respondió Don Quijote; que las cosas de la guerra más que otras están sujetas á continua mudanza; cuanto más que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio, que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo, al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.

—Dios lo haga como puede», respondió Sancho Panza; y ayudándole á levantar, tornó á subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba.

CAPÍTULO V

DONDE SE CUENTA LA FAMOSA AVENTURA DE LOS
FRAILES DE SAN BENITO, CON LA ESPANTABLE BA-
TALLA QUE UN ESCUDERO VIZCAÍNO Y NUESTRO VA-
LIENTE MANCHEGO TUVIERON.

SIGUIENDO amo y mozo su camino, pasaron
aquel día en graciosas pláticas y la noche
bajo unos árboles, sin que quisiese dormir Don
Quijote, pensando en su señora Dulcinea. Al día
siguiente marcharon hacia el Puerto Lápice, y á
cosa de las diez lo descubrieron].

Asomaron por el camino dos frailes de la
Órden de San Benito, caballeros sobre dos dro-
medarios; que no eran más pequeñas dos mulas
en que venían. Traian sus antojos de camino y
sus quitasoles. Detrás dellos venía un coche
con cuatro ó cinco de á caballo que le acompa-
ñaban, y dos mozos de mulas á pié. Venía en el
coche, como después se supo, una señora viz-
caína que iba á Sevilla. No venían los frailes con
ella, aunque iban el mismo camino; mas apénas
los divisó Don Quijote, cuando dijo á su escu-

dero: «Ó yo me engaño, ó esta ha de ser la más famosa aventura que se haya visto, porque aquellos bultos negros que allí parecen, deben de ser, y son sin duda, algunos encantadores, que llevan hurtada alguna princesa en aquel coche, y es menester deshacer este tuerto á todo mi poderío.

—Peor será esto que los molinos de viento, dijo Sancho. Mire, señor, que aquellos son frailes de San Benito, y el coche debe de ser de alguna gente pasajera; mire que digo que mire bien lo que hace, no sea el diablo que le engañe.

—Ya te he dicho, Sancho, respondió Don Quijote, que sabes poco de achaque de aventuras: lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás.»

Y diciendo esto, se adelantó, y se puso en la mitad del camino por donde los frailes venían, y en llegando tan cerca que á él le pareció que le podían oír lo que dijese, en alta voz dijo: «Gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas princesas que en ese coche lleváis forzadas; si no, aparejaos á recibir presta muerte por justo castigo de vuestras malas obras.»

Detuvieron los frailes las riendas, y quedaron admirados, así de la figura de Don Quijote, como de sus razones, á las cuales respondieron:



Gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas princesas ...

Ayuntamiento de Madrid

«Señor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de San Benito, que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen ó no ningunas forzadas princesas.

— Para conmigo no hay palabras blandas, que ya yo os conozco, fementida canalla», dijo Don Quijote; y, sin esperar más respuesta, picó á Rocinante, y, la lanza baja, arremetió contra el primero fraile con tanta furia y denuedo, que si el fraile no se dejara caer de la mula, él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y aún mal ferido, si no cayera muerto. El segundo religioso, que vió del modo que trataban á su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y comenzó á correr por aquella campaña, más ligero que el mismo viento.

Sancho Panza, que vió en el suelo al fraile, apeándose ligeramente de su asno, arremetió á él, y le comenzó á quitar los hábitos. Llegaron en esto dos mozos de los frailes, y preguntáronle que por qué le desnudaba. Respondióles Sancho que aquello le tocaba á él legítimamente, como despojos de la batalla que su señor Don Quijote había ganado. Los mozos, que no sabían de burlas, ni entendían aquello de despojos ni batallas, viendo que ya Don Quijote estaba desvia-

do de allí, hablando con las que en el coche venían, arremetieron con Sancho y dieron con él en el suelo, y sin dejarle pelo en las barbas, le molieron á coces y le dejaron tendido en el suelo sin aliento ni sentido; y sin detenerse un punto, tornó á subir el fraile, todo temeroso y acobardado y sin color en el rostro; y cuando se vió á caballo picó tras su compañero, que un buen espacio de allí le estaba aguardando, y esperando en qué paraba aquel sobresalto; y sin querer aguardar el fin de todo aquel comenzado suceso, siguieron su camino, haciéndose más cruces que si llevaran al diablo á las espaldas.

Don Quijote estaba, como se ha dicho, hablando con la señora del coche, diciéndole: «La vuestra fermosura, señora mía, puede facer de su persona lo que más le viniere en talante, porque ya la soberbia de vuestros robadores yace por el suelo, derribada por este mi fuerte brazo; y porque no peneis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo Don Quijote de la Mancha, caballero andante y aventurero, y cautivo de la sin par hermosa doña Dulcinea del Toboso; y en pago del beneficio que de mí habéis recebido, no quiero otra cosa sino que volvais al Toboso, y que de mi parte os pre-

senteis ante esta señora y le digais lo que por vuestra libertad he fecho.»

Todo esto, que Don Quijote decía, escuchaba un escudero de los que el coche acompañaban, que era vizcaíno; el cual, viendo que no quería dejar pasar el coche adelante, sino que decía que luego había de dar la vuelta al Toboso, se fué para Don Quijote, y asiéndole de la lanza, le dijo en mala lengua castellana y peor vizcaína desta manera: «Anda, caballero, que mal andes: ¡por el Dios que crióme, que si no dejas coche, así te matas como estás ahí vizcaíno.»

Entendióle muy bien Don Quijote, y con mucho sosiego le respondió: «Si fueras caballero, como no lo eres, ya yo hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva criatura.»

A lo cual replicó el vizcaíno: «¡Yo no caballero! Juro á Dios, tan mientes como cristiano. Si lanza arrojas y espada sacas, el agua cuán presto verás que al gato llevas. Vizcaíno por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes que mira si otra dices cosa.

—Ahora lo veredes, respondió Don Quijote; y arrojando la lanza en el suelo, sacó su espada y embrazó su adarga, y arremetió al vizcaíno con determinación de quitarle la vida.

El vizcaíno, que así le vió venir, aunque qui-

siera apearse de la mula [que, por ser de las malas de alquiler, no había que fiar en ella], no pudo hacer otra cosa sino sacar su espada; pero avínole bien, que se halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada que le sirvió de escudo, y luego se fueron el uno para el otro como si fueran dos mortales enemigos. La demás gente quisiera ponerlos en paz; mas no pudo, porque decía el vizcaíno en sus mal trabadas razones, que si no le dejaban acabar su batalla, que él mismo había de matar á su ama y á toda la gente que se lo estorbaba. La señora del coche, admirada y temerosa de lo que veía, hizo al cochero que se desviase de allí algún poco, y desde léjos se puso á mirar la rigurosa contienda, en el discurso de la cual dió el vizcaíno una gran cuchillada á Don Quijote encima de un hombro; por encima del adarga, que, á dársela sin defensa, le abriera hasta la cintura.

Don Quijote, que sintió la pesadumbre de aquel desaforado golpe, dió una gran voz, diciendo: «¡Oh señora de mi alma, Dulcinea, flor de la fermosura! socorred á este vuestro caballero, que, por satisfacer á la vuestra mucha bondad, en este riguroso trance se halla.» El decir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su adarga, y el arremeter al vizcaíno, todo

fué en un tiempo, llevando determinación de aventurarlo todo á la de un solo golpe.

El vizcaíno, que así le vió venir contra él, bien entendió por su denuedo su coraje, y determinó de hacer lo mismo que Don Quijote.

Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecía sino que estaban amenazando al cielo, á la tierra y al abismo: tal era el denuedo y continente que tenían. Y el primero que fué á descargar el golpe fué el colérico vizcaíno, el cual fué dado con tanta fuerza y tanta furia, que, á no volvérsese la espada en el encuentro, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin á la rigurosa contienda y á todas las aventuras de nuestro caballero; mas la buena suerte, que para mayores cosas le tenía guardado, torció la espada de su contrario, de modo que, aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, llevándole de camino gran parte de la celada, con la mitad de la oreja; que todo ello con espantosa ruina vino al suelo, dejándole muy maltrecho.

¡Válame Dios, y quién será aquel que buenamente pueda contar ahora la rabia que entró en el corazón de nuestro manchego, viéndose parar de aquella manera! No se diga más sino que fué

de suerte, que se alzó de nuevo en los estribos, y apretando más la espada en las dos manos, con tal furia descargó sobre el vizcaíno, acertándole de lleno sobre la almohada y sobre la cabeza, que, sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre él una montaña, comenzó á echar sangre por las narices y por la boca y por los oídos, y á dar muestras de caer de la mula abajo, de donde cayera sin duda, si no se abrazara con el cuello; pero, con todo eso sacó los piés de los estribos, y luego soltó los brazos, y la mula, espantada del terrible golpe, dió á correr por el campo, y á pocos corcovos dió con su dueño en tierra.

Estábaselo con mucho sosiego mirando Don Quijote; y como lo vió caer, saltó de su caballo, y con mucha ligereza se llegó á él, y poniéndole la punta de la espada en los ojos, le dijo que se rindiese, si no, que le cortaría la cabeza. Estaba el vizcaíno tan turbado, que no podía responder palabra; y él lo pasara mal, según estaba ciego Don Quijote, si las señoras del coche, que hasta entonces con gran desmayo habían mirado la pendencia, no fueran adonde estaba, y le pidieran con mucho encarecimiento les hiciese tan gran merced y favor de perdonar la vida á aquel su escudero; á lo cual Don Quijote respondió

con mucho entono y gravedad; «Por cierto, hermosas señoras, yo soy muy contento de hacer lo que me pedís; mas ha de ser con una condición y concierto, y es que este caballero me ha de prometer de ir al lugar del Toboso, y presentarse de mi parte ante la sin par doña Dulcinea, para que ella haga dél lo que más fuere de su voluntad.»

Las temerosas y desconsoladas señoras, sin entrar en cuenta de lo que Don Quijote pedía, y sin preguntar quién Dulcinea fuese, le prometieron que el escudero haría todo aquello que de su parte le fuese mandado.

«Pues en fe de esa palabra, yo no le haré más daño, puesto que me lo tenía bien merecido.»

CAPÍTULO VI

EN EL QUE SE TRATA DE LA AVENTURA DE LOS REBA-
ÑOS, QUE Á NUESTRO CABALLERO LE PARECIERON
EJÉRCITOS, Y DE LO QUE LUEGO PASÓ ENTRE AMO Y
MOZO.

DESPUÉS de lo que queda narrado en el capítulo anterior, pasaron Don Quijote y Sancho cerca de un mes entre venturas y desventuras. Ventura fué para ellos la buena acogida que les dieron unos cabreros y su concurrencia al entierro pastoril del estudiante Grisóstomo y desventura el topar con unos desalmados yan-güeses, que les apalearon, lo que fué causa de que, por lo mal parado de sus costillas, acudieran á una venta á remediarse y en ella—que Don Quijote tuvo por castillo, con fantasmas y encantadores—les sucedieron tan innumerables lances á costa de sus cuerpos que salieron peor que entraron. Allí para curarse hicieron la prueba de un milagroso bálsamo; allí mantearon al pobre Sancho, y el ventero se quedó con sus alforjas, en pago de la posada que Don Quijote no

quiso pagar, para no faltar á las leyes de caballería. Y molidos y quebrantados fueron los dos marchando mientras hablaban de los pasados trabajos].

En estos coloquios iban Don Quijote y su escudero, cuando vió Don Quijote que por el camino que iban, venía hácia ellos una grande y espesa polvareda; y en viéndola, se volvió á Sancho y le dijo: «Este es el día joh Sancho! en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte; este es el día, digo, en que se ha de mostrar tanto como en otro alguno el valor de mi brazo, y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? pues toda es cuajada de un copiosísimo ejército, que de diversas é innumerables gentes por allí viene marchando.

—A esa cuenta, dos deben de ser, dijo Sancho, porque desta parte contraria se levanta asimismo otra semejante polvareda.»

Volvió á mirarlo Don Quijote, y vió que así era la verdad; y alegrándose sobremanera, pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venían á embestirse y á encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura; porque tenía á todas

horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamientos, sucesos, desatinos, amores, desafíos, que en los libros de caballerías se cuentan, y todo cuanto hablaba, pensaba ó hacía era encaminado á cosas semejantes. Y la polvareda que había visto la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros, que por aquel mismo camino de dos diferentes partes venían, las cuales, con el polvo no se echaron de ver hasta que llegaron cerca; y con tanto ahinco afirmaba Don Quijote que eran ejércitos, que Sancho lo vino á creer y á decirle: «Señor, pues ¿qué hemos de hacer nosotros?

—¿Qué! dijo Don Quijote, favorecer y ayudar á los menesterosos y desvalidos; y has de saber, Sancho, que éste que viene por nuestra frente, le conduce y guía el grande emperador Alifanfaron, señor de la grande isla Trapobana; este otro que á mis espaldas marcha, es el de su enemigo el rey de los Garamantas, Pentapolin del arremangado brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo.

—Pues ¿por qué se quieren tan mal estos señores? preguntó Sancho.

—Quiérense mal, respondió Don Quijote, porque este Alifanfaron es un furibundo pagano y está enamorado de la hija de Pentapolin, que

es una muy hermosa y además agraciada señora, y es cristiana, y su padre no se la quiere entregar al rey pagano, si no deja primero la ley de su falso profeta Mahoma y se vuelve á la suya.

—¡Para mis barbas, dijo Sancho, si no hace muy bien Pentapolin! y que le tengo de ayudar en cuanto pudiere.

—En eso harás lo que debes, Sancho, dijo Don Quijote; porque para entrar en batallas semejantes no se requiere ser armado caballero.

—Bien se me alcanza eso, respondió Sancho; pero ¿dónde pondremos á este asno, que estemos ciertos de hallarle, después de pasada la refriega? porque el entrar en ella en semejante caballería no creo que está en uso hasta ahora.

—Así es verdad, dijo Don Quijote: lo que puedes hacer dél es dejarle á sus aventuras, ahora se pierda ó no; porque serán tantos los caballos que tendremos después que salgamos vencedores, que aún corre peligro Rocinante no le trueque por otro. Pero estáme atento y mira; que te quiero dar cuenta de los caballeros más principales que en estos dos ejércitos vienen; y para que mejor los veas y notes, retirémonos á aquel altillo que allí se hace, de donde se deben de descubrir los dos ejércitos.»

Hiciéronlo así, y pusiéronse sobre una loma,

desde la cual se verían bien las dos manadas, que á Don Quijote se le hicieron ejércitos, si las nubes del polvo que levantaban no les turbaran y cegaran la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginación lo que no veía ni había, con voz levantada fué nombrando muchos caballeros y gigantes del uno y del otro escuadrón que él se imaginaba, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y mote de improviso, llevado de la imaginación de su nunca vista locura.

Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras, sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvía la cabeza, á ver si veía los caballeros y gigantes que su amo nombraba, y como no descubría á ninguno, le dijo: «Señor, encomiendo al diablo si hombre, ni gigante ni caballero, de cuantos vuestra merced dice, parece por todo esto; á lo ménos yo no los veo; quizá todo debe ser encantamento, como las fantasmas de anoche.

—¿Cómo dices eso! respondió Don Quijote. ¿No oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores?

—No oigo otra cosa, respondió Sancho, sino muchos balidos de ovejas y carneros;» y así era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños.

«El miedo que tienes, dijo Don Quijote, te hace, Sancho, que ni veas ni oyas á derechas, porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos y hacer que las cosas no parezcan lo que son; y si es que tanto temes, retírate á una parte y déjame solo; que solo basto á dar la victoria á la parte á quien yo diere mi ayuda.» Y diciendo esto, puso las espuelas á Rocinante, y puesta la lanza en el ristre, bajó de la costezuela como un rayo.

Dióle voces Sancho, diciéndole: «Vuélvase vuestra merced, señor Don Quijote; que ¡voto á Dios, que son carneros y ovejas las que va á embestir! Vuélvase ¡desdichado del padre que me engendró! ¿Qué locura es esta! Mire que no hay gigante, ni caballero alguno, ni armas, ni escudos partidos ni enteros. ¿Qué es lo que hace! ¡Pecador soy yo á Dios!»

Ni por esas volvió Don Quijote; ántes en altas voces iba diciendo: «Ea, caballeros, los que seguís y militáis debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolin del arremangado brazo, seguidme todos; veréis cuán fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfaron de la Trapobana.»

Esto diciendo, se entró por medio del escuadrón de las ovejas, y comenzó de alanceallas

con tanto coraje y denuedo, como si de veras alanceara á sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos, que con la manada venían, dábanle voces que no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaban, descñéronse las hondas y comenzaron á saludalle los oídos con piedras como el puño.

Don Quijote no se curaba de las piedras; ántes, discurriendo á todas partes, decía: «¿Adónde estás, soberbio Alifanfaron? Vente á mí; que un caballero solo soy, que desea de solo á solo probar tus fuerzas y quitarte la vida, en pena de la que das al valeroso Pentapolin Garamanta.»

Llegó en esto una peladilla de arroyo, y dándole en un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan mal trecho, creyó sin duda que estaba muerto ó mal ferido, y acordándose de su licor, sacó su alcuza y púsosela á la boca, y comenzó á echar licor en el estómago; mas ántes que acabase de envasar lo que á él le parecía que era bastante, llegó otra almendra, y dióle en la mano y en el alcuza tan de lleno, que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres ó cuatro dientes y muelas de la boca, y machucándole malamente dos dedos de la mano. Tal fué el golpe primero y tal el segundo, que le fué forzoso al pobre caballero dar consigo del caba-

llo abajo. Llegáronse á él los pastores, y creyeron que le habían muerto; y así, con mucha priesa recogieron su ganado, y cargaron con las reses muertas, que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa, se fueron.

Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta, mirando las locuras que su amo hacía, y arrancábase las barbas, maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le había dado á conocer. Viéndole, pues, caído en el suelo, y que ya los pastores se habían ido, bajó de la cuesta y llegóse á él, y hallóle de muy mal arte, aunque no había perdido el sentido, y díjole: «¿No le decía yo, señor Don Quijote, que se volviese; que los que iba á acometer no eran ejércitos, sino manadas de carneros?

—Como eso puede desaparecer y contrahacer aquel ladrón del sabio mi enemigo. Sábetelo, Sancho, que es muy fácil cosa á los tales hacernos parecer lo que quieren; y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vió que yo había de alcanzar desta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas; si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo. Sube en tu asno y síguelos bonitamente, y verás como, en alejándose de aquí algún poco,

se vuelven en su sér primero, y dejando de ser carneros, son hombres hechos y derechos, como yo te los pinté primero... Pero no vayas ahora; que he menester tu favor y ayuda: llégate á mí y mira cuántas muelas y dientes me faltan; que me parece que no me ha quedado ninguna en la boca.»

Llegóse Sancho tan cerca, que casi le metía los ojos en la boca, y fué á tiempo que ya había obrado el bálsamo en el estómago de Don Quijote; y al tiempo que Sancho llegó á mirarle la boca, arrojó de sí, más recio que una escopeta, cuanto dentro tenía, y dió con todo ello en las barbas del compasivo escudero.

«¡Santa María! dijo Sancho: y ¿qué es esto que me ha sucedido! Sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca. Pero reparando un poco más en ello, echó de ver en la color, sabor y olor, que no era sangre, sino el bálsamo de la alcuza que él le había visto beber; y fué tanto el asco que tomó, que revolviéndosele el estómago, vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudió Sancho á su asno para sacar de las alforjas con qué limpiarse y con qué curar á su amo; y como no las halló, estuvo á punto de perder el juicio. Maldíjose de nuevo, y propuso

en su corazón de dejar á su amo, y volverse á su tierra, aunque perdiese el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida insula.

Levantóse en esto Don Quijote, y viéndole de aquella manera, con muestras de tanta tristeza, le dijo: «Sábetelo, Sancho, que no es un hombre más que otro, si no hace más que otro: todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el tiempo, y han de sucedernos bien las cosas, porque no es posible que el mal ni el bien sean durables; y de aquí se sigue que, habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca: así que, no debes congojarte por las desgracias que á mí me suceden, pues á tí no te cabe parte dellas.

—¿Cómo no! respondió Sancho: por ventura el que allá mantearon ¿era otro que el hijo de mi padre? y las alforjas que aquí me faltan, con todas mis alhajas, ¿son de otro que del mismo?

—¿Que te faltan las alforjas, Sancho! dijo Don Quijote.

—Sí que me faltan, respondió Sancho.

Pero vamos ahora de aquí, y procuremos donde alojar esta noche; y quiera Dios que sea en parte donde no haya mantas, ni manteado-

res, ni fantasmas, ni moros encantados; que si los hay, daré al diablo el hato y el garabato.

—Pídeselo tú á Dios, hijo, dijo Don Quijote, y guía tú por donde quisieres; que esta vez quiero dejar á tu elección el alojarnos; pero dame acá la mano, y tiéntame con el dedo, y mira bien cuántos dientes y muelas me faltan deste lado derecho de la quijada alta; que allí siento el dolor.»

Metió Sancho los dedos, y estándole atentando, le dijo: «¿Cuántas muelas solía vuestra merced tener en esta parte?

—Cuatro, respondió Don Quijote, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas.

—Mire vuestra merced bien lo que dice, señor, respondió Sancho.

—Digo cuatro, si no eran cinco, respondió Don Quijote; porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caído, ni comido de neguijón ni de reuma alguna.

—Pues en esta parte de abajo, dijo Sancho, no tiene vuestra merced más de dos muelas y media; y en la de arriba, ni media ni ninguna; que toda está rasa como la palma de la mano.

—¡Sin ventura yo! dijo Don Quijote, oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba; que

más quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada; porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho más se ha de estimar un diente que un diamante; mas á todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha Orden de la caballería. Sube, amigo, y guía; que yo te seguiré al paso que quisieres.»

CAPÍTULO VII

DE LA AVENTURA QUE LE SUCEDIÓ Á DON QUIJOTE
CON UN CUERPO MUERTO

EN busca de alojamiento fueron marchando por el camino real, donde les tomó la noche, sin tener donde recogerse ni con qué mitigar el hambre, pues con las alforjas de Sancho perdieron su despena.]

Yendo, pues, desta manera, la noche oscura, el escudero hambriento, y el amo con gana de comer, vieron que, por el mismo camino que iban, venían hacia ellos gran multitud de lumbres, que no parecían sino estrellas que se movían. Pasmóse Sancho en viéndolas, y Don Quijote no las tuvo todas consigo: tiró el uno del cabestro á su asno, y el otro de las riendas á su rocino, y estuvieron quedos mirando atentamente lo que podía ser aquello, y vieron que las lumbres se iban acercando á ellos, [y mientras más se llegaban, mayores parecían; á cuya vista Sancho comenzó á temblar, y los cabellos de la cabeza se le erizaron á Don Quijote, el cual,

animándose un poco, dijo: «Esta, sin duda, Sancho, debe de ser grandísima y peligrosísima aventura, donde será necesario que yo muestre todo mi valor y esfuerzo.

—¡Desdichado de mí! respondió Sancho. Si acaso esta aventura fuese de fantasmas, como me lo va pareciendo, ¿adónde habrá costillas que la sufran!

—Por más fantasmas que sean, dijo Don Quijote, no consentiré yo que te toquen el pelo de la ropa; y así, te ruego, Sancho, que tengas buen ánimo; que la experiencia te dará á entender el que yo tengo.

—Sí tendré, si á Dios place», respondió Sancho; y apartándose los dos á un lado del camino, tornaron á mirar atentamente lo que aquellos de aquellas lumbres que caminaban podía ser; y de allí á muy poco vieron lo que era, porque descubrieron hasta veinte encamisados, todos á caballo, con sus hachas encendidas en las manos, cuya temerosa visión de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el cual comenzó á dar diente con diente, y creció más el batir y dentellear cuando distintamente descubrieron que detrás de los encamisados venía una litera cubierta de luto, á la cual seguían otros seis de á caballo, enlutados hasta los pies de las mulas;

que bien advirtieron que no eran caballos en el sosiego con que caminaban. Iban los encamisados murmurando entre sí con una voz baja y compasiva. Esta extraña visión, á tales horas y en tal despoblado, bien bastaba para poner miedo en el corazón de Sancho, y aun en el de su amo; y así fuera en cuanto á Don Quijote, que ya Sancho había dado al través con todo su esfuerzo; lo contrario le avino á su amo, al cual en aquel punto se le representó en su imaginación al vivo que aquella era una de las aventuras de sus libros.

Figurósele que la litera eran andas donde debía de ir algún mal ferido ó muerto caballero, cuya venganza á él solo estaba reservada; y sin hacer otro discurso, enristró su lanzón, púsose bien en la silla, y con gentil brío y continente se puso en la mitad del camino, por donde los encamisados forzosamente habían de pasar; y cuando los vió cerca, alzó la voz y dijo: «Deteneos, caballeros, quien quiera que seáis, y dadme cuenta de quién sois, de dónde venís, adónde vais y qué es lo que en aquellas andas lleváis; que, según las muestras, ó vosotros habéis fecho, ó vos han fecho algún desaguisado, y conviene y es menester que yo lo sepa, ó bien para



Deteneos y sed más bien criados y dadme cuenta ...

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

castigaros del mal que fecistes, ó bien para vengaros del tuerto que vos hicieron.

—Vamos de priesa, respondió uno de los encamisados, y está la venta lejos, y no nos podemos detener á dar tanta cuenta como pedís»; y picando la mula, pasó adelante.

Sintióse desta respuesta grandemente Don Quijote, y trabando del freno á la caballería, dijo al que iba en ella: «Deteneos, y sed más bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado; si no, conmigo sois todos en batalla.»

Era la mula asombradiza; y al tomarla del freno, se espantó de manera, que alzándose en los piés, dió con su dueño y consigo en el suelo. Un mozo, que iba á pié, viendo caer el encamisado, comenzó á denostar á Don Quijote, el cual, ya encolerizado, sin esperar más, enristrando su lanzón, arremetió al mozo enlutado y mal sufrido, y dió con él en tierra; y revolviéndose por los demás, era cosa de ver con la presteza que los acometía y desbarataba; que no parecía sino que en aquel instante le habían nacido alas á Rocinante, según andaba de ligero y orgulloso. Todos los encamisados eran gente medrosa y sin armas, y así, con facilidad, en un momento dejaron la refriega y comenzaron á correr por aquel campo con las hachas encendidas. Los enluta-

dos asimismo, envueltos y revueltos en sus faldamentos, no se podían mover; así que, muy á su salvo Don Quijote los apaleó á todos, y les hizo dejar el sitio mal de su grado, porque todos pensaron que aquel no era hombre, sino diablo del infierno, que les salía á quitar el cuerpo muerto que en la litera llevaban.

Todo lo miraba Sancho, admirado del ardimiento de su señor, y decía entre sí: «Sin duda este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice.»

Estaba un hacha ardiendo en el suelo junto al primero que derribó la mula, á cuya luz le pudo ver Don Quijote; y llegándose á él, le puso la punta del lanzón en el rostro, diciéndole que se rindiese; si no, que le mataría.

A lo cual respondió el caído: «Harto rendido estoy, pues no me puedo mover; que tengo una pierna quebrada. Suplico á vuestra merced, si es caballero cristiano, que no me mate; que cometerá un gran sacrilegio; que soy licenciado, y tengo las primeras Órdenes.

—Pues ¿quién diablos os ha traído aquí, dijo Don Quijote, siendo hombre de Iglesia?

—¿Quién, señor? replicó el caído: mi desventura.

—Pues otra mayor os amenaza, dijo Don Qui-

jote, si no me satisfacéis á todo cuanto primero os pregunté.

—Con facilidad será vuestra merced satisfecho, respondió el Licenciado; y así, sabrá vuestra merced que, aunque denántes dije que yo era licenciado, no soy sino bachiller, y llámome Alonso López, soy natural de Alcobéndas, vengo de la ciudad de Baeza, con otros once sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas, vamos á la ciudad de Segovia acompañando un cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de un caballero que murió en Baeza, donde fué depositado, y ahora, como digo, llevábamos sus huesos á su sepultura, que está en Segovia, de donde es natural.

—Y ¿quién le mató? preguntó Don Quijote.

—Dios, por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron, respondió el Bachiller.

—Desa suerte, dijo Don Quijote, quitado me ha nuestro Señor del trabajo que había de tomar en vengar su muerte, si otro alguno le hubiera muerto; pero, habiéndole muerto quien le mató, no hay sino callar y encoger los hombros; porque lo mesmo hiciera si á mí mesmo me matara; y quiero que sepa vuestra reverencia que yo soy un caballero de la Mancha, llamado Don Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el

mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios.

—No sé cómo pueda ser eso de enderezar tuertos, dijo el Bachiller, pues á mí, de derecho, me habéis vuelto tuerto, dejándome una pierna quebrada, la cual no se verá derecha en todos los días de su vida; y el agravio que en mí habéis deshecho ha sido dejarme agraviado de manera, que me quedaré agraviado para siempre; y harta desventura ha sido topar con vos, que vais buscando aventuras.

—No todas las cosas, respondió Don Quijote, suceden de un mismo modo: el daño estuvo, señor bachiller Alonso López, en venir, como veníades, de noche, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto; que propiamente semejábades cosa mala y del otro mundo; y así, yo no pude dejar de cumplir con mi obligación acometiéndoos, y os acometiera aunque verdaderamente supiera que érades los mismos sata-nases del infierno, que por tales os juzgué y tuve sin duda.

—Ya que así lo ha querido mi suerte, dijo el Bachiller, suplico á vuestra merced, señor caballero andante, que tan mala andanza me ha dado, me ayude á salir de debajo desta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estribo y la silla.

—Hablara yo para mañana, dijo Don Quijote; y ¿hasta cuándo aguardábades á decirme vuestro afán?»

Dió luego voces á Sancho Panza que viniese; pero él no se curó de venir, porque andaba ocupado desbaliando una acémila de repuesto que traían aquellos buenos señores, bien bastecida de cosas de comer. Halló Sancho un talego ó costal en la acémila, y recogiendo todo lo que pudo y cupo en él, cargó su jumento, y luego acudió á las voces de su amo, y ayudó á sacar al señor Bachiller de la opresión de la mula, y poniéndole encima della, le dió la hacha; y Don Quijote le dijo que siguiese la derrota de sus compañeros, á quien de su parte pidiese perdón del agravio, que no había sido en su mano dejar de haberle hecho.

Díjole también Sancho: «Si acaso quisieren saber esos señores quién ha sido el valeroso que tales los puso, diráles vuestra merced que es el famoso Don Quijote de la Mancha, que por otro nombre se llama *el Caballero de la Triste Figura*.

En oyendo esto el Bachiller, se fué, sin replicarle palabra; y Don Quijote preguntó á Sancho que qué le había movido á llamarle *el Caballero de la Triste Figura* más entónces que nunca.

«Yo se lo diré, respondió Sancho; porque le he estado mirando un rato á la luz de aquella hacha que lleva aquel mal andante, y verdaderamente tiene vuestra merced la más mala figura de poco acá que jamás he visto; y débelo de haber causado, ó ya el cansancio deste combate, ó ya la falta de las muelas y dientes.»

Rióse Don Quijote del donaire de Sancho; pero, con todo, propuso de llamarse de aquel nombre, y hacer pintar, cuando hubiere lugar, en su escudo una muy triste figura.

CAPÍTULO VIII

DONDE SE COMIENZA LA MÁS ESTUPENDA AVENTURA
QUE JAMÁS TUVO NINGÚN FAMOSO CABALLERO EN
EL MUNDO.

PROVISTO Sancho de buenas cosas de comer entraron por un prado colmado de verde y menuda hierba y allí comieron; mas sucedióles que no tenían ni agua para beber y así con esperanza de hallarla comenzaron á caminar á tientas, por el prado arriba.]

Mas no hubieron andado docientos pasos, cuando llegó á sus oídos un grande ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba. Alegróles el ruido en gran manera; y parándose á escuchar hacia qué parte sonaba, oyeron á deshora otro estruendo, que les aguló el contento del agua, especialmente á Sancho, que naturalmente era medroso y de poco ánimo; digo que oyeron que daban unos golpes á compás, con un cierto crujir de hierros y cadenas, que, acompañados del furioso estruendo del agua, pusieran pavor á cualquier otro corazón que no fuera el de Don Quijote. ¡Era la noche,

como se ha dicho, oscura, y ellos acertaron á estar entre unos árboles altos, cuyas hojas, movidas del blando viento, hacían un temeroso y manso ruido; de manera que la soledad, el sitio, la oscuridad, el ruido del agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto; y más cuando vieron que ni los golpes cesaban, ni el viento dormía, ni la mañana llegaba; añadiéndose á todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban.

Pero Don Quijote, acompañado de su intrépido corazón, saltó sobre Rocinante, y embrazando su adarga, torció su lanzón y dijo: «Sanchito amigo, has de saber que yo nací, por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la de oro, ó la dorada, como suele llamarse. Bien notas, escudero fiel y legal, las tinieblas desta noche, su extraño silencio, el sordo y confuso estruendo destos árboles, el temeroso ruido de aquella agua, en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derrumba desde los altos montes de la Luna, y aquel incesable golpear que nos hiere y lastima los oídos, las cuales cosas, todas juntas y cada una por sí, son bastantes á infundir miedo, temor y espanto. Pues todo esto que yo te pinto son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya

hace que el corazón me reviente en el pecho, con el deseo que tiene de acometer esta aventura, por más dificultosa que se muestra; así que, aprieta un poco las cinchas á Rocinante, y quédate á Dios, y espérame aquí hasta tres días no más, después de los cuales, si no volviere, puedes tú volverte á nuestra aldea; y desde allí, por hacerme merced y buena obra, irás al Toboso, donde dirás á la incomparable señora mía, Dulcinea, que su cautivo caballero murió por acometer cosas que le hiciesen digno de poder llamarse suyo.»

Cuando Sancho oyó las palabras de su amo, comenzó á llorar con la mayor ternura del mundo y á decirle: «Señor, yo no sé por qué quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura. Ahora es de noche, aquí no nos ve nadie; bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres días; y pues no hay quien nos vea, menos habrá quien nos note de cobardes; cuanto más que yo he oído muchas veces predicar al Cura de nuestro lugar, que vuestra merced muy bien conoce, que quien busca el peligro perece en él; así que, no es bien tentar á Dios, acometiendo tan desafortado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro; y basta los que ha hecho el cielo con vues-

tra merced en librarle de ser manteado como yo lo fui, y en sacarle vencedor, libre y salvo de entre tantos enemigos como acompañaban al difunto; y cuando todo esto no mueva ni ablande ese duro corazón, muévale el pensar y creer que apenas se habrá vuestra merced apartado de aquí, cuando yo, de miedo, dé mi ánima á quien quisiera llevarla. Por un solo Dios, señor mío, que non se me faga tal desaguizado; y ya que del todo no quiera vuestra merced desistir de acometer este fecho, dilátelo á lo ménos hasta la mañana.

—Te ruego, Sancho, que calles; que Dios, que me ha puesto en corazón de acometer ahora esta tan no vista y tan temerosa aventura, tendrá cuidado de mirar por mi salud y de consolar tu tristeza: lo que has de hacer es apretar bien las cinchas á Rocinante y quedarte aquí, que yo daré la vuelta presto ó vivo ó muerto.»

Viendo, pues, Sancho la última resolución de su amo, y cuán poco valían con él sus lágrimas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria, y hacerle esperar hasta el día, si pudiese; y así cuando apretaba las cinchas al caballo, bonitamente y sin ser sentido, ató con el cabestro de su asno ambos piés á Rocinante, de manera que cuando Don Quijote se quiso partir,

no pudo, porque el caballo no se podía mover sino á saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste, dijo: «Ea, señor; que el cielo, conmovido de mis lágrimas y plegarias, ha ordenado que no se pueda mover Rocinante; y si vos queréis porfiar y espolear y dalle, será enojar á la fortuna, y dar coces, como dicen, contra el aguijón.»

Desesperábase con esto Don Quijote, y por más que ponía las piernas al caballo, menos le podía mover; y sin caer en la cuenta de la ligadura, tuvo por bien de sosegarle y esperar, ó á que amaneciese, ó á que Rocinante se menease, creyendo sin duda que aquello venía de otra parte que de la industria de Sancho; y así, le dijo: «Pues así es, Sancho, que Rocinante no puede moverse, yo soy contento de esperar á que ría el alba, aunque yo lllore lo que ella tardare en venir.

—No hay que llorar, respondió Sancho; que yo entretendré á vuestra merced, contando cuentos desde aquí al día, si ya no es que se quiere apearse y echarse á dormir un poco sobre la verde yerba, á uso de caballeros andantes, para hallarse más descansado cuando llegue el día, y punto de acometer esta tan desemejable aventura que le espera.

—¿A qué llamas apear ó á qué dormir! dijo Don Quijote. ¿Soy yo por ventura de aquellos caballeros que toman reposo en los peligros? Duerme tú, que naciste para dormir, ó haz lo que quisieres; que yo haré lo que viere que más viene con mi pretensión.

—No se enoje vuestra merced, señor mío, respondió Sancho; que no lo dije por tanto.»

Y llegándose á él, puso la una mano en el arzón delantero, y la otra en el otro, de modo que quedó abrazado con el muslo izquierdo de su amo, sin osarse apartar dél un dedo: tal era el miedo que tenía á los golpes que todavía alternativamente sonaban. Díjole Don Quijote que contase algún cuento para entretenerle, como se lo había prometido; á lo que Sancho dijo que sí hiciera, si le dejara el temor de lo que oía.

«Pero, con todo eso, yo me esforzaré á decir una historia, que si la acierto á contar y no me van á la mano, es la mejor de las historias; y estéme vuestra merced atento; que ya comienzo. Érase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien lo fuere á buscar... lo que viene aquí como anillo al dedo, para que vuestra merced se esté quedo, y no vaya á buscar el mal á ninguna parte, sino que nos volvamos por otro camino, pues nadie nos fuerza á

que sigamos éste, donde tantos miedos nos sobresaltan.

— Sigue tu cuento, Sancho, dijo Don Quijote; y del camino que hemos de seguir, déjame á mí el cuidado.

— Digo, pues, prosiguió Sancho, que en un lugar de Extremadura había un pastor cabrerizo [quiero decir que guardaba cabras], el cual pastor ó cabrerizo, como digo de mi cuento, se llamaba Lope Ruiz, y este Lope Ruiz andaba enamorado de una pastora que se llamaba Torralva, la cual pastora llamada Torralva, era hija de un ganadero rico, y este ganadero rico...

— Si desamnera cuentas tu cuento, Sancho, dijo Don Quijote, repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos días; dilo seguidamente, y cuéntalo como hombre de entendimiento; y si no, no digas nada.

— De la misma manera que yo lo cuento, respondió Sancho, se cuentan en mi tierra todas las consejas; y yo no sé contarle de otra, ni es bien que vuestra merced me pida que haga usos nuevos.

— Dí como quisieres, respondió Don Quijote; que pues la suerte quiere que no pueda dejar de escucharte, prosigue.

— Así que, señor mío de mi ánima, prosiguió

Sancho, como ya tengo dicho, este pastor andaba enamorado de Torralva la pastora, que era una moza rolliza, y tiraba algo á hombruna, porque tenía unos pocos bigotes, que parece que ahora la veo.

—Luego ¿conocístela tú? dijo Don Quijote.

—No la conocí yo, respondió Sancho; pero quien me contó este cuento me dijo que era tan cierto y verdadero, que podía bien cuando lo contase á otro afirmar y jurar que lo había visto todo. Así que, yendo días y viniendo días, el diablo, que no duerme y que todo lo añasca, hizo de manera que el amor que el pastor tenía á la pastora se volviese en mala voluntad; y fué tanto lo que el pastor la aborreció de allí adelante, que, por no verla, se quiso ausentar de aquella tierra, é irse donde sus ojos no la vieses jamás; y antecogiendo sus cabras, se encaminó por los campos de Extremadura para pasarse á los reinos de Portugal: la Torralva, que lo supo, se fué tras él, y seguiale á pié y descalza desde lejos, con un bordón en la mano y con unas alforjas al cuello, donde llevaba, según es fama, un pedazo de espejo y otro de un peine, y no sé qué botecillo de mudas para la cara. Mas llevase lo que llevase [que yo no me quiero meter ahora en averiguallo], sólo diré que dicen que le

pastor llegó con su ganado á pasar el río Guadiana; y en aquella sazón iba crecido, y por la parte que llegó, no había barca ni barco, ni quien le pasase á él ni á su ganado de la otra parte; de lo que se congojó mucho, porque veía que la Torralva venía ya muy cerca, y le había de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y lágrimas; mas tanto anduvo mirando, que vió un pescador, que tenía junto á sí un barco tan pequeño, que solamente podían caber en él una persona y una cabra; y con todo esto, le habló y concertó con él que le pasase á él y á trescientas cabras que llevaba. Entró el pescador en el barco, y pasó una cabra, volvió y pasó otra, tornó á volver y tornó á pasar otra... Tenga vuestra merced cuenta con las cabras que el pescador va pasando, porque si se pierde una de la memoria, se acabará el cuento y no será posible contar más palabra dél. Sigo, pues, y digo que el desembarcadero de la otra parte estaba lleno de cieno y resbaloso, y tardaba el pescador mucho tiempo en ir y volver; con todo esto, volvió por otra cabra, y otra y otra.

—Haz cuenta que las pasó todas, dijo Don Quijote; no andes yendo y viniendo desamane-
ra, que no acabarás de pasarlas en un año.

—¿Cuántas han pasado hasta ahora? dijo Sancho.

—Yo ¿qué diablos sé! respondió Don Quijote.

—Hé ahí lo que yo dije, que tuviese buena cuenta. Pues, por Dios, que se ha acabado el cuento; que no hay pasar adelante; porque así como yo pregunté á vuestra merced que me dijese cuántas cabras habían pasado, y me respondió que no sabía, en aquel mesmo instante se me fué á mí de la memoria cuanto me quedaba por decir; y á fe que era de mucha verdad y contento.

—¿De modo, dijo Don Quijote, que ya la historia es acabada?

—Tan acabada es como mi madre, dijo Sancho.

—Dígote de verdad, respondió Don Quijote, que tú has contado una de las más nuevas consejas, cuento ó historia, que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal modo de contarla, ni dejarla, jamás se podrá ver ni habrá visto en toda la vida; aunque no esperaba yo otra cosa de tu buen discurso. Mas no me maravillo, pues quizá estos golpes, que no cesan, te deben de tener turbado el entendimiento.

—Todo puede ser, respondió Sancho; mas yo

sé que en lo de mi cuento no hay más que decir; que allí se acaba do comienza el yerro de la cuenta del pasaje de las cabras.

—Acabe norabuena donde quisiere, dijo Don Quijote, y veamos si se puede mover Rocinante.» Tornóle á poner las piernas, y él tornó á dar saltos y á estarse quedo: tanto estaba de bien atado.

CAPÍTULO IX

DONDE SE DA FIN Á LA NUNCA VISTA NI OÍDA AVENTURA QUE CON MÁS POCO PELIGRO FUÉ ACABADA DEL VALEROSO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

EN esto parece ser, ó que del frío de la mañana que ya venía, ó que Sancho hubiese cenado algunas cosas lenitivas, ó que fuese cosa natural [que es lo que mas se debe creer], á él le vino en voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él; más era tanto el miedo que había entrado en su corazón, que no osaba apartarse un negro de uña de su amo. Pues pensar de no hacer lo que tenía gana, tampoco era posible; y así, lo que hizo, por bien de paz, fué soltar la mano derecha que tenía asida al arzón trasero, con la cual, bonitamente y sin rumor alguno, se soltó la lazada corrediza con que los calzones se sostenían, sin ayuda de otra alguna; y en quitándosela, dieron luego abajo y se le quedaron como grillos; tras esto, alzó la camisa lo mejor que pudo, y echó al aire entrambas posaderas, que no eran muy pequeñas. Hecho esto

[que él pensó que era lo más que tenía que hacer para salir de aquel terrible aprieto y angustia], le sobrevino otra mayor, que fué que le pareció que no podía mudarse sin hacer estrépito y ruido, y comenzó á apretar los dientes y á encoger los hombros, recogiendo en sí el aliento todo cuanto podía; pero con todas estas diligencias fué tan desdichado, que al cabo, al cabo vino á hacer un poco de ruido, bien diferente de aquel que á él le ponía tanto miedo.

Oyólo Don Quijote y dijo: «¿Qué rumor es ese, Sancho?

—No sé, señor, respondió él: alguna cosa nueva debe de ser; que las aventuras y desventuras nunca comienzan por poco.» Tornó otra vez á probar ventura, y sucedióle tan bien, que sin más ruido ni alboroto que el pasado, se halló libre de la carga que tanta pesadumbre le había dado. Mas como Don Quijote tenía el sentido del olfato tan vivo como el de los oídos, y Sancho estaba tan junto y cosido con él, que casi por línea recta subían los vapores hacia arriba, no se pudo excusar de que algunos no llegasen á sus narices; y apenas hubieron llegado, cuando él fué al socorro, apretándolas entre los dos dedos, y con tono algo gangoso dijo: «Paréceme, Sancho, que tienes mucho miedo.

— Sí tengo, respondió Sancho; mas ¿en qué lo echa de ver vuestra merced ahora más que nunca?

— En que ahora más que nunca hueles, y no á ámbar, respondió Don Quijote.

— Bien podrá ser, dijo Sancho; mas yo no tengo la culpa, sino vuestra merced, que me trae á deshoras y por estos no acostumbrados pasos.

— Retírate tres ó cuatro allá, amigo, dijo Don Quijote [todo esto sin quitarse los dedos de las narices], y desde aquí adelante ten más cuenta con tu persona y con lo que debes á la mía; que la mucha conversación que tengo contigo ha engendrado este menoscupio.

— Apostaré, replicó Sancho, que piensa vuestra merced que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deba.

— Peor es meneallo, amigo Sancho, respondió Don Quijote.

En estos coloquios y otros semejantes pasaron la noche amo y mozo; mas viendo Sancho que á más andar se venía la mañana, con mucho tiento desligó á Rocinante y se ató los calzones. Como Rocinante se vió libre, aunque él de suyo no era nada brioso, parece que se resintió, y comenzó á dar manotadas, porque corvetas, con perdón suyo, no las sabía hacer. Vien-

do, pues, Don Quijote que ya Rocinante se movía lo tuvo á buena señal, y creyó que lo era de que acometiese aquella temerosa aventura. Acabó en esto de descubrirse el alba y de parecer distintamente las cosas, y vió Don Quijote que estaba entre unos árboles altos, que eran castaños, que hacen la sombra muy oscura; sintió también que el golpear no cesaba; pero no vió quién lo podía causar; y así, sin más detenerse, hizo sentir las espuelas á Rocinante, y comenzó á caminar hacia la parte por donde le pareció que el ruido del agua y del golpear venía.

Seguíale Sancho á pié, llevando, como tenía de costumbre, del cabestro á su jumento, perpétuo compañero de sus prósperas y adversas fortunas; y habiendo andado una buena pieza por entre aquellos castaños y árboles sombríos, dieron en un pradecillo que al pié de unas altas peñas se hacía, de las cuales se precipitaba un grandísimo golpe de agua; al pié de las peñas estaban unas casas mal hechas, que más parecían ruinas de edificios que casas, de entre las cuales advirtieron que salía el ruido y estruendo de aquel golpear, que aun no cesaba. Alborotóse Rocinante con el estruendo del agua y de los golpes, y sosegándole Don Quijote, se fué llegando poco á poco á las casas, encomendándose

de todo corazón á su señora, suplicándole que en aquella temerosa jornada y empresa le favoreciese, y de camino se encomendaba también á Dios que no le olvidase. No se le quitaba Sancho del lado, el cual alargaba cuanto podía el cuello y la vista por entre las piernas de Rocinante, por ver si vería ya lo que tan suspenso y medroso le tenía. Otros cien pasos serían los que anduvieron, cuando, al doblar de una punta, pareció descubierta y patente la misma causa, sin que pudiese ser otra, de aquel horrisono y para ellos espantable ruido, que tan suspensos y medrosos toda la noche los había tenido... Y eran [si no lo has joh lector! por pesadumbre y enojo] seis mazos de batán, que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban.

Cuando Don Quijote vió lo que era, enmudeció y pasmóse de arriba abajo. Miróle Sancho, y vió que tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, con muestras de estar corrido. Miró también Don Quijote á Sancho, y vióle que tenía los carrillos hinchados, y la boca llena de risa, con evidentes señales de querer reventar con ella; y no pudo su melancolía tanto con él, que á la vista de Sancho pudiese dejar de reirse; y como vió Sancho que su amo había comenzado, soltó la presa de manera, que tuvo necesidad de apre-

tarse las ijadas con los puños por no reventar riendo. Cuatro veces sosegó, y otras tantas volvió á su risa con el mismo ímpetu que primero, de lo cual ya se daba al diablo Don Quijote, y más cuando le oyó decir, como por modo de fiska: «Has de saber joh Sancho amigo! que yo nací, por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la dorada ó de oro: yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos»; y por aquí fué repitiendo todas ó las más razones que Don Quijote dijo la vez primera que oyeron los temerosos golpes.

Viendo, pues, Don Quijote que Sancho hacía burla dél, se corrió y enojó en tanta manera, que alzó el lanzón y le asentó dos palos tales, que si, como los recibió en las espaldas, los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario, si no fuera á sus herederos.

CAPÍTULO X

DE LA LIBERTAD QUE DON QUIJOTE DIÓ Á UNOS DES-
DICHADOS QUE MAL DE SU GRADO LOS LLEVABAN
DONDE NO QUISIERAN IR.

CALMADO el enojo de nuestro caballero tras las discretas razones que con su escudero pasaron, avínoles una cierta aventura de la cual sacó el invencible aventurero una luciente bacía de barbero, que él tuvo por el yelmo de Mambrino, y como tal la puso orgulloso sobre su cabeza. (1) Tras eso fueron marchando en grata conversación sobre las dudas que se le ocurrían á Sancho para cuando su amo le diera algun condado].

Al fin de estas razones, Don Quijote alzó los ojos y vió que, por el camino que llevaba, venían hasta doce hombres á pié, ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas á las manos.

(1) Sancho, aprovechándose de los despojos de aquella batalla, trocó los viejos aparejos de su asno por los nuevos, flamantes del asno del barbero.

Venían asimismo con ellos tres hombres de á caballo y dos de á pié: uno de á caballo con escopeta de rueda, y los demás con dardos y espadas; y así como Sancho Panza los vió, dijo: «Esta es cadena de galeotes, gente forzada del Rey, que van á las galeras.

¿Cómo gente forzada! preguntó Don Quijote; ¿es posible que el Rey haga fuerza á ninguna gente?

—No digo eso, respondió Sancho, sino que es gente que por sus delitos va condenada á servir al Rey en las galeras, de por fuerza.

—En resolución, replicó Don Quijote, como quiera que ello sea, esta gente, adonde los llevan, van de por fuerza, y no de su voluntad.

—Así es, dijo Sancho.

—Pues desa manera, dijo su amo, aquí encaja la ejecución de mi oficio: desfacer fuerzas, y socorrer y acudir á los miserables.

—Advierta vuestra merced, dijo Sancho, que la justicia, que es el mesmo Rey, no hace fuerza ni agravio á semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos.»

Llegó en esto la cadena de los galeotes, y Don Quijote con muy corteses razones pidió á los que iban en su guarda fuesen servidos de in-

formalle y decille la causa ó causas porque llevaban aquella gente de aquella manera.

Una de las guardas de á caballo respondió que eran galeotes, gente de Su Majestad, que iba á galeras; y que no había más que decir, ni él tenía más que saber.

«Con todo eso, replicó Don Quijote, querría saber de cada uno dellos en particular la causa de su desgracia.»

Añadió á estas, otras tales y tan comedidas razones, para moverlos á que le dicesen lo que deseaba, que la otra guarda de á caballo le dijo: «Aunque llevamos aquí el registro y la fe de las sentencias de cada uno destos malaventurados, no es tiempo éste de detenernos á sacarlas ni á leellas: vuestra merced llegue y se lo pregunte á ellos mismos, que ellos lo dirán, si quisieren; que sí querrán, porque es gente que recibe gusto de hacer y decir bellaquerías.»

Con esta licencia, que Don Quijote se tomara aunque no se la dieran, se llegó á la cadena, y al primero le preguntó que por qué pecados iba de tan mala guisa.

Él respondió que por enamorado.

«¿Por eso no más! replicó Don Quijote; pues si por enamorados echan á galeras, dias há que pudiera yo estar bogando en ellas.

—No son los amores como los que vuestra merced piensa, dijo el galeote; que los míos fueron que quise tanto á una canasta de colar, atestada de ropa blanca, que la abracé conmigo tan fuertemente, que, á no quitármela la justicia por fuerza, aún hasta ahora no la hubiera dejado de mi voluntad; fué en fragante, no hubo lugar de tormento, concluyóse la causa, acomodáronme las espaldas con cien azotes y por añadidura tres años de gurapas, y acabóse la obra.

—¿Qué son gurapas? preguntó Don Quijote.

—Gurapas son galeras», respondió el galeote; el cual era un mozo de hasta edad de veinte y cuatro años.

Lo mismo preguntó Don Quijote al segundo, el cual no respondió palabra, según iba de triste y malencónico; mas respondió por él el primero, y dijo: «Este, señor, va por canario... digo, por músico y cantor.

—Pues ¿cómo! replicó Don Quijote: por músicos y cantores ¿van también á galeras?

—Sí, señor, respondió el galeote; que no hay peor cosa que cantar en el ánsia.

—Antes he oído yo decir, dijo Don Quijote, que quien canta, sus males espanta.

—Acá es al revés, dijo el galeote; que quien canta una vez, llora toda la vida.

— No lo entiendo», dijo Don Quijote; mas una de las guardas le dijo: «Señor caballero, cantar en el ánsia dice entre esta gente al confesar en el tormento. A este pecador le dieron tormento y confesó su delito, que era ser cuatrero, que es ser ladrón de bestias; y por haber confesado, le condenaron por seis años á galeras, amén de docientos azotes que ya lleva en las espaldas; y va siempre pensativo y triste, porque los demás ladrones que allá quedan y aquí van le maltratan y acriminan y escarnecen y tienen en poco, porque confesó y no tuvo ánimo de decir nones; porque dicen ellos que tantas letras tiene un no como un sí, y que harta ventura tiene un delincuente, que está en su lengua su vida ó su muerte, y no en la de los testigos y probanzas, y para mí tengo que no van muy fuera de camino.

—Y yo lo entiendo así», respondió Don Quijote; el cual, pasando al tercero, preguntó lo que á los otros; el cual de presto y con mucho desenfado respondió y dijo: «Yo voy por cinco años á las señoras gurapas, por faltarme diez ducados.

— Yo daré veinte de muy buena gana, dijo Don Quijote, por libraros desa pesadumbre.

—Eso me parece, respondió el galeote, como quien tiene dineros en mitad del golfo, y se está

muriendo de hambre, sin tener adonde comprar lo que ha menester: dígolo porque si á su tiempo tuviera yo esos veinte ducados que vuestra merced ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la péndola del escribano y avivado el ingenio del procurador, de manera, que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover de Toledo, y no en este camino, atraillado como galgo; pero Dios es grande: paciencia y basta.»

Tras todos estos venía un hombre de muy buen parecer, de edad de treinta años, sino que al mirar metía el un ojo en el otro un poco. Venía diferentemente atado que los demás; de manera, que ni con las manos podía llegar á la boca, ni podía bajar la cabeza á llegar á las manos.

Preguntó Don Quijote que cómo iba aquel hombre con tantas prisiones más que los otros.

Respondióle la guarda que porque tenía aquel solo más delitos que todos los otros juntos, y que era tan atrevido y tan grande bellaco, que, aunque le llevaban de aquella manera, no iban seguros dél, sino que temían que se les había de huir.

«¿Qué delitos puede tener, dijo Don Quijote, si no han merecido más pena que echarle á las galeras?

—Va por diez años, replicó la guarda, que es

como muerte civil: no se quiera saber más sino que este buen hombre es el famoso Gines de Pasamonte, que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla.

— Señor Comisario, dijo entonces el galeote: váyase poco á poco, y no andemos ahora á deslindar nombres y sobrenombres: Gines me llamo, y no Ginesillo, y Pasamonte es mi alcurnia, y no Parapilla, como voacé dice; y cada uno se dé una vuelta á la redonda, y no hará poco.

—Hable con ménos tono, replicó el Comisario, señor ladrón de más de la marca, si no quiere que le haga callar, mal que le pese.

— Bien parece, respondió el galeote, que va el hombre como Dios es servido; pero algún día sabrá alguno si me llamo Ginesillo de Parapilla ó no.

—Pues ¿no te llaman así, embustero? dijo la guarda.

—Sí llaman, respondió Gines; mas yo haré que no me lo llamen, ó me las pelearía donde yo digo entre mis dientes. Señor caballero, si tiene algo que darnos, dénoslo ya, y vaya con Dios; que ya enfada con tanto querer saber vidas ajenas; y si la mía quiere saber, sepa que yo soy Gines de Pasamonte, cuya vida está escrita por estos pulgares.

—Dice verdad, dijo el Comisario; que él mismo ha escrito su historia, que no hay más que ver, y deja empeñado el libro en la cárcel en docientos reales.

—Y le pienso quitar, dijo Gines, si quedara en docientos ducados.

—¿Tan bueno es? dijo Don Quijote.

—Es tan bueno, respondió Gines, que ¡mal año para Lazarillo de Tormes, y para todos cuantos de aquel género se han escrito ó escribieren! Lo que le sé decir á voacé es, que trata verdades, y que son verdades tan lindas y tan donosas, que no puede haber mentiras que se les igualen.

—Y ¿cómo se intitula el libro? preguntó Don Quijote.

—*La vida de Gines de Pasamonte*, respondió él mismo.

—Y ¿está acabado? preguntó Don Quijote.

—¿Cómo puede estar acabado, respondió él, si aún no está acabada mi vida? Lo que está escrito es desde mi nacimiento hasta el punto que esta última vez me han echado en galeras.

—Luego ¿otra vez habeis estado en ellas? dijo Don Quijote.

—Para servir á Dios y al Rey, otra vez he estado cuatro años, respondió Gines; y no me pesa

mucho de ir á ellas, porque allí tendré lugar de acabar mi libro; que me quedan muchas cosas que decir, y en las galeras de España hay más sosiego de aquel que sería menester; aunque no es menester mucho para lo que yo tengo de escribir, porque me lo sé de coro.

—Hábil pareces, dijo Don Quijote.

—Y desdichado,—respondió Gines; porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio.

Don Quijote volviéndose á todos los de la cadena, dijo: «De todo cuanto me habéis dicho, hermanos carísimos, he sacado en limpio que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais á padecer no os dan mucho gusto, y que vais á ellas muy de mala gana y muy contra vuestra voluntad, todo lo cual se me representa á mí ahora en la memoria, de manera que me está diciendo, persuadiendo y aún forzando que muestre con vosotros el efeto para que el cielo me arrojó al mundo, y me hizo profesar en él la Orden de caballería que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer á los menesterosos y opresos de los mayores. Pero, porque sé que una de las partes de la prudencia es, que lo que se puede hacer por bien no se haga por mal, quiero rogar á estos señores guardianes y Comisario sean servidos de desataros y deja-

ros ir en paz; que no faltarán otros que sirvan al Rey en mejores ocasiones, porque me parece duro caso hacer esclavos á los que Dios y naturaleza hizo libres; cuanto más, señores guardas, añadió Don Quijote, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros: allá se lo haya cada uno con su pecado; Dios hay en el cielo que no se descuida de castigar al malo ni de premiar al bueno; y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello. Pido esto con esta mansedumbre y sosiego, porque tenga, si lo cumplís, algo que agradeceros; y cuando de grado no lo hagais, esta lanza y esta espada, con el valor de mi brazo, harán que lo hagais por fuerza.

—¡Donosa majadería! respondió el Comisario. ¡Bueno está el donaire con que ha salido á cabo de rato! ¡Los forzados del Rey quiere que le dejemos, como si tuviéramos autoridad para soltarlos, ó él la tuviera para mandárnoslos! Váyase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante, y enderécese ese bacín que trae en la cabeza, y no ande buscando tres piés al gato.

—Vos sois el gato y el rato y el bellaco», respondió Don Quijote; y diciendo y haciendo, arremetió con él tan presto, que, sin que tuviese

lugar de ponerse en defensa, dió con él en el suelo, mal herido de una lanzada; y avínole bien, que éste era el de la escopeta. Las demás guardas quedaron atónitas y suspensas del no esperado acontecimiento; pero, volviendo sobre sí, pusieron mano á sus espadas los de á caballo, y los de á pié á sus dardos, y arremetieron á Don Quijote, que con mucho sosiego los aguardaba; y sin duda lo pasara mal, si los galeotes, viendo la ocasión que se les ofrecía de alcanzar libertad, no la procuraran, procurando romper la cadena donde venían ensartados.

Fué la revuelta de manera, que las guardas, ya por acudir á los galeotes, que se desataban, ya por acometer á Don Quijote que los aguardaba, no hicieron cosa que fuese de provecho. Ayudó Sancho por su parte á la soltura de Gines de Pasamonte, que fué el primero que saltó en la campaña, libre y desembarazado; y arremetiendo al Comisario caído, le quitó la espada y la escopeta, con la cual apuntando al uno y señalando al otro, sin disparalla jamás, no quedó guarda en todo el campo, porque se fueron huyendo, así de la escopeta de Pasamonte, como de las muchas pedradas que los ya sueltos galeotes les tiraban.

Don Quijote llamó á todos los galeotes, que

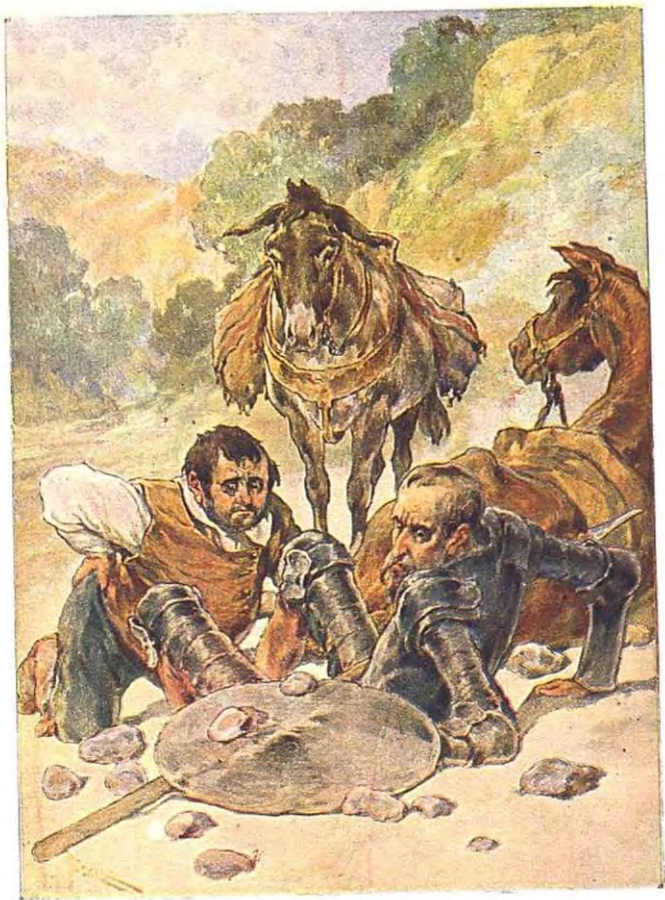
andaban alborotados, y habían despojado al Comisario hasta dejarle en cueros, se le pusieron todos á la redonda para ver lo que les mandaba, y así les dijo: «De gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados que más á Dios ofenden es la ingratitud. Dígolo porque ya habéis visto, señores, con manifiesta experiencia el que de mí habéis recibido: en pago del cual querría, y es mi voluntad, que cargados de esa cadena que quité de vuestros cuellos, luego os pongáis en camino y vais á la ciudad del Toboso, y allí os presentéis ante la señora Dulcinea del Toboso, y le digais que su caballero el de la Triste Figura se le envía á encomendar, y le conteis punto por punto todos los que ha tenido esta famosa aventura hasta ponerlos en la deseada libertad; y hecho esto, os podréis ir donde quisiéredes á la buena ventura.»

Respondió por todos Gines de Pasamonte, y dijo: «Lo que vuestra merced nos manda, señor y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos ir juntos por los caminos, sino solos y divididos y cada uno por su parte, procurando meterse en las entrañas de la tierra, por no ser hallado de la Santa Hermandad, que sin duda alguna ha de

salir en nuestra busca. Lo que vuestra merced puede hacer, y es justo que haga, es mudar ese servicio y montazgo de la señora Dulcinea del Toboso en alguna cantidad de avemarías y credos, que nosotros diremos por la intención de vuestra merced; y esta es cosa que se podrá cumplir de noche y de día, huyendo ó reposando, en paz ó en guerra; pero pensar que hemos de volver ahora á tomar nuestra cadena, y á ponernos en camino del Toboso, es pensar que es ahora de noche, que aún no son las diez del día, y es pedir á nosotros eso como pedir peras al olmo.

—Pues ¡voto á tal, dijo Don Quijote [ya puesto en cólera], don Ginesillo de Paropillo, ó como os llamais, que habéis de ir vos solo, rabo entre piernas, con toda la cadena á cuestras!»

Pasamonte, que no era nada bien sufrido [estando ya enterado que Don Quijote no era muy cuerdo, pues tal disparate había cometido, como el de querer darle libertad], viéndose tratar de aquella manera, hizo del ojo á los compañeros; y apartándose aparte, comenzaron á llover tantas piedras sobre Don Quijote, que no se daba manos á cubrirse con el adarga, y el pobre de Rocinante no hacía más caso de la espuela que si fuera hecho de bronce. Sancho se puso tras



Don Quijote, mohinísimo de verse tan malparado por los mismos ...

Ayuntamiento de Madrid

su asno, y con él se defendía de la nube y pedrisco que sobre entrambos llovía. No se pudo escudar tan bien Don Quijote que no le acertasen no sé cuántos guijarros en el cuerpo con tanta fuerza, que dieron con él en el suelo; y apenas hubo caído, cuando fué sobre él uno de los galeotes, y le quitó la bacía de la cabeza, y dióle con ella tres ó cuatro golpes en las espaldas y otros tantos en la tierra, con que la hizo casi pedazos; quitáronle una ropilla que traía sobre las armas, y las medias calzas le querrían quitar, si las grebas no lo estorbaran. A Sancho le quitaron el gabán, dejándole en pelota; y repartiendo entre sí los demás despojos de la batalla, se fueron cada uno por su parte, con más cuidado de escaparse de la Hermandad que temían, que de cargarse de la cadena é ir á presentarse ante la señora Dulcinea del Toboso. Solos quedaron jumento y Rocinante, Sancho y Don Quijote: el jumento cabizbajo y pensativo, sacudiendo de cuando en cuando las orejas, pensando que aún no había cesado la borrasca de las piedras que le perseguían los oídos; Rocinante tendido junto á su amo, que también vino al suelo de otra pedrada; Sancho en pelota, y temeroso de la Santa Hermandad; Don Quijote mohinísimo de verse tan mal parado por los mismos á quien tanto bien había hecho.

CAPÍTULO XI

QUE TRATA DE LA BRAVA Y DESCOMUNAL BATALLA
QUE DON QUIJOTE TUVO CON UNOS CUEROS DE
VINO TINTO.

DESPUÉS del mal pago que les dieron los galeotes, Sancho, temeroso de que la justicia los buscase, guió hacia Sierra Morena; en la que entró Don Quijote muy contento por parecerle lugar á propósito para sus andantescas aventuras. Allí les sucedieron extrañas cosas con un desgraciado caballero llamado Cardenio, y también hizo Don Quijote, en aquellas soledades, grandes extremos y finezas de enamorado, en obsequio de su dama, tal cual había leído en los libros de caballerías. Mandó á Sancho al Toboso con una carta para Dulcinea, pero habiendo éste encontrado, al salir de la sierra, al Cura y al barbero de su pueblo, amigos de su amo, y del cual iban en busca para volverlo á su casa, dejóse engañar por ellos, y descuidando el recado que llevaba, guióles hacia donde estaba Don Quijote. Valiéndose de la simpleza de Sancho y de la

discreción é ingenio de una enamorada doncella, llamada Dorotea—quien se prestó á ser una mentida Princesa Micomicona, la cual iba en busca de tan gran caballero para que él deshiciera el agravio que un mal gigante le había hecho, usurpándole su reino—lograron llevar á Don Quijote á aquella misma venta, de donde habían salido amo y mozo tan malparados. Después de comer, mientras el caballero dormía, y el escudero pensaba en el condado que le darían, cuando su señor hubiese muerto al gigante aquel, Maese Nicolás, Dorotea, Cardenio, y los de la venta, escuchaban la lectura que el Cura daba de cierta novela].

Poco quedaba por leer de la novela, cuando del camaranchon donde reposaba Don Quijote salió Sancho Panza, todo alborotado, diciendo á voces: «Acudid, señores, presto, y socorred á mi señor, que anda envuelto en la más reñida y trabada batalla que mis ojos han visto. ¡Vive Dios, que ha dado una cuchillada al gigante, enemigo de la señora princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza cercen á cercen, como si fuera un nabo.

—¿Qué decis, hermano! dijo el Cura, dejando de leer lo que de la novela quedaba. ¿Estais en vos, Sancho! ¿Cómo diablos puede ser eso

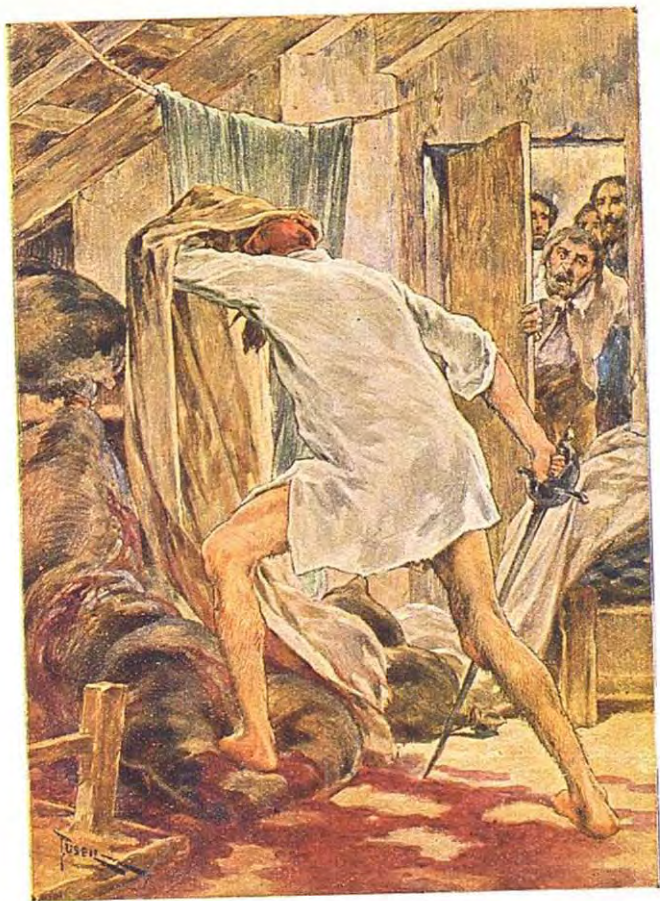
que decis, estando el gigante dos mil leguas de aquí!»

En esto oyeron un gran ruido en el aposento, y que Don Quijote decía á voces: «Tente, ladrón, malandrín, follón; que aquí te tengo y no te ha de valer tu cimitarra»; y parecía que daba grandes cuchilladas por las paredes.

Y dijo Sancho: «No tienen que pararse á escuchar, sino entren á despartir la pelea, ó ayudar á mi amo..... aunque ya no será menester, porque sin duda alguna el gigante está ya muerto y dando cuenta á Dios de su pasada y mala vida; que yo ví correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada y caída á un lado, que es tamaña como un gran cuero de vino.

—Que me maten, dijo á esta sazón el ventero, si Don Quijote ó don diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto que á su cabecera estaban llenos, y el vino derramado debe de ser lo que le parece sangre á este buen hombre»; y con esto entró en el aposento, y todos tras él, y hallaron á Don Quijote en el más extraño traje del mundo.

Estaba en camisa, la cual no era tan cumplida, que por delante le acabase de cubrir los muslos, y por detrás tenía seis dedos ménos; las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello,



... como si verdaderamente estuviera peleando con algún gigante ...

Ayuntamiento de Madrid

y no nada limpias; tenía en la cabeza un bonetillo colorado grasiento, que era del ventero; en el brazo izquierdo tenía revuelta la manta de la cama, y en la derecha desenvainada la espada, con la cual daba cuchilladas á todas partes, diciendo palabras como si verdaderamente estuviera peleando con algún gigante. Y es lo bueno, que no tenía los ojos abiertos, porque estaba durmiendo y soñando que estaba en batalla con el gigante; que fué tan intensa la imaginación de la aventura que iba á fenecer, que le hizo soñar que ya había llegado al reino de Micomicon, y que ya estaba en la pelea con su enemigo; y había dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino: lo cual visto por el ventero, tomó tanto enojo, que arremetió con Don Quijote, y á puño cerrado le comenzó á dar tantos golpes, que si Cardenio y el Cura no se le quitaran, él acabara la guerra del gigante; y con todo aquello, no despertaba el pobre caballero, hasta que el Barbero trujo un gran caldero de agua fría del pozo, y se lo echó por todo el cuerpo de golpe, con lo cual despertó Don Quijote; mas no con tanto acuerdo, que echase de ver de la manera que estaba. Dorotea, que vió cuán corta y sotilmente estaba vestido, no quiso en-

trar á ver la batalla de su ayudador y de su contrario.

Andaba Sancho buscando la cabeza del gigante por todo el suelo; y como no la hallaba, dijo: «Ya yo sé que todo lo de esta casa es encantamento; que la otra vez, en este mismo lugar donde ahora me hallo, me dieron muchos mogicones y porrazos, sin saber quién me los daba, y nunca pude ver á nadie; y ahora no parece por aquí esta cabeza, que ví cortar por mis mismos ojos, y la sangre corría del cuerpo como de una fuente.

—¿Qué sangre ni qué fuente dices, enemigo de Dios y de sus santos! dijo el ventero. ¿No ves, ladrón, que la sangre y la fuente no es otra cosa que estos cueros que aquí están horadados y el vino tinto en que nada este aposento! que ¡nadando vea yo el alma en los infiernos de quien los horadó!

—No sé nada, respondió Sancho; sólo sé que vendré á ser tan desdichado, que, por no hallar esta cabeza, se me ha de deshacer mi condado como la sal en el agua.»

Y estaba peor Sancho despierto que su amo durmiendo; tal le tenían las promesas que su amo le había hecho. El ventero se desesperaba de ver la flema del escudero y el maleficio del

señor, y juraba que no había de ser como la vez pasada, que se le fueron sin pagar, y que ahora no le habían de valer los privilegios de su caballería para dejar de pagar lo uno y lo otro, aún hasta lo que pudiesen costar las botanas que se habían de echar á los rotos cueros. Tenía el Cura de las manos á Don Quijote, el cual, creyendo que ya había acabado la aventura, y que se hallaba delante de la princesa Micomicona, se hincó de rodillas delante del Cura, diciendo: «Bien puede la vuestra grandeza, alta y hermosa señora, vivir, de hoy más, segura, sin que le pueda hacer mal esta mal nacida criatura; y yo también, de hoy más, soy quito de la palabra que os dí, pues con ayuda del alto Dios y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro, tan bien la he cumplido.

—¿No lo dije yo? dijo, oyendo esto, Sancho. Sí, que no estaba yo borracho. Mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al gigante. Ciertos son los toros, mi condado está de molde.»

¿Quién no había de reir con los disparates de los dos, amo y mozo! Todos reían, sino el ventero, que se daba á Satanás; pero, en fin, tanto hicieron el Barbero, Cardenio y el Cura, que, con no poco trabajo, dieron con Don Quijote en la cama, el cual se quedó dormido, con muestras

de grandísimo cansancio. Dejéronle dormir, y saliéronse al portal de la venta á consolar á Sancho Panza de no haber hallado la cabeza del gigante; aunque más tuvieron que hacer en aplacar al ventero, que estaba desesperado por la repentina muerte de sus cueros.

CAPÍTULO XII

DEL EXTRAÑO MODO COMO FUÉ ENCANTADO DON QUIJOTE AL DAR GUARDA Á LA VENTA QUE ÉL IMAGINABA SER CASTILLO.

LA casualidad hizo que aquel día se aplegaran en la venta algunas personas que la fatalidad había separado y que ya felizmente como convenía á sus amores y á sus afectos iban á estar juntos, de allí en adelante. Eran, Luscinda, amada de Cardenio; Don Fernando, de quien estaba enamorada Dorotea; un Cautivo, que había escapado de Argel en compañía de Zoraida, una moza que se hizo cristiana; Don Juan Perez de Viedma, hermano del cautivo, del que estaba enemistado y merced al Cura hicieron las paces, y Doña Clara, hija de Don Juan con Don Luis, que, enamorado la seguía, disfrazado de mozo de mulas. Por ello quedaron todos contentos y alegres y Don Quijote se ofreció á hacer la guardia del castillo, para que ningún gigante lo atacara codicioso de las hermosas que en él estaban].

En toda la venta se guardaba un grande si-

lencio; solamente no dormían la hija de la ventera y Maritórnes, su criada; las cuales, como ya sabían el humor de que pecaba Don Quijote, y que estaba fuera de la venta armado y á caballo, haciendo la guarda, determinaron las dos de hacelle alguna burla, ó á lo ménos de pasar un poco el tiempo oyéndole sus disparates. Es, pues, el caso que en toda la venta no había ventana que saliese al campo, sino un agujero de un pajar, por donde echaban la paja por defuera. A este agujero se pusieron las dos semidonce-las, y vieron que Don Quijote estaba á caballo, recostado sobre su lanzón, dando de cuando en cuando tan dolientes y profundos suspiros, que parecía que con cada uno se le arrancaba el alma; y asimismo oyeron que decía con voz blanda, regalada y amorosa: «¡Oh mi señora Dulcinea del Toboso, extremo de toda hermosura, fin y remate de la discreción, archivo del mejor donaire, depósito de la honestidad, y ultimadamente idea de todo lo provechoso, honesto y deleitable que hay en el mundo! y ¿qué fará agora la tu merced? ¿Si tendrás por ventura las mientes en tu cautivo caballero, que á tantos peligros, por sólo servirte, de su voluntad ha querido ponerse?

A este punto llegaba Don Quijote en su tan

lastimero razonamiento, cuando la hija de la ventera le comenzó á cecear y á decirle: «Señor mío, lléguese acá la vuestra merced, si es servido.»

A cuyas señas y voz volvió Don Quijote la cabeza, y vió á la luz de la luna, que entónces estaba en toda su claridad, cómo le llamaban del agujero, que á él le pareció ventana, y aun con rejas doradas, y se llegó al agujero, y así como vió á las dos mozas, dijo: «Lástima os tengo, hermosa señora, de que hayades puesto vuestras amorosas mientes en parte donde no es posible corresponderos conforme merece vuestro gran valor y gentileza. Perdonadme, y recogeos en vuestro aposento, y no querais, con significarme más vuestros deseos, que yo me muestre más desagradecido; y si del amor que me teneis hallais en mí otra cosa con que satisfaceros que el mismo amor no sea, pedídmela; que yo os juro por aquella ausente enemiga dulce mía, de dáros-la en continente.

—No ha menester nada deso mi señora, señor caballero, dijo á este punto Maritónes, la criada.

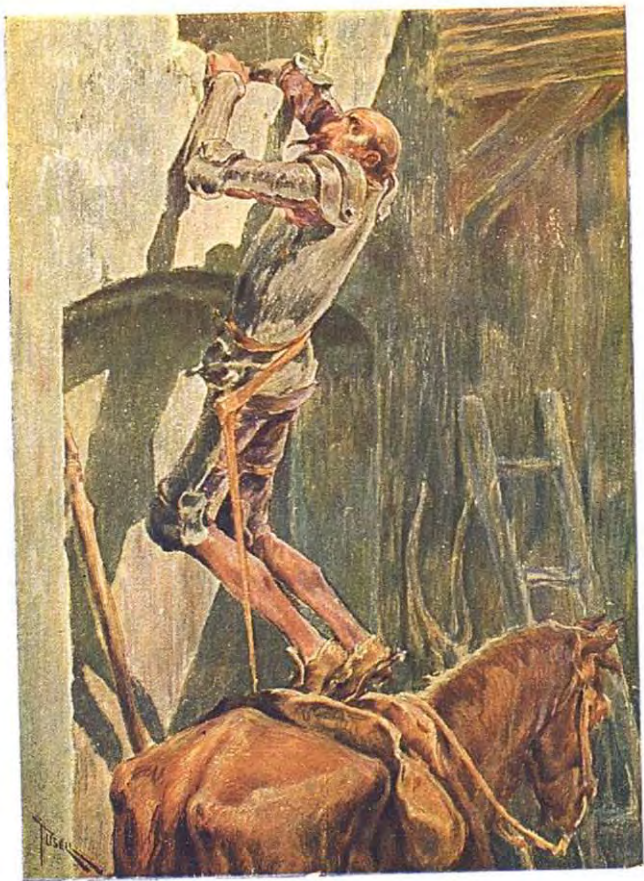
—Pues ¿qué ha menester, discreta dueña, vuestra señora? respondió Don Quijote.

—Sola una de vuestras hermosas manos, dijo

Maritórnes, por poder desfogar con ella el gran deseo que á este agujero la ha traído, tan á peligro de su honor, que si su señor padre la hubiera sentido, la menor tajada della fuera la oreja.

—Ya quisiera yo ver eso, respondió Don Quijote; pero él se guardará bien dello, si ya no quiere hacer el más desastrado fin que padre hizo en el mundo, por haber puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija.»

Parecióle á Maritórnes que sin duda Don Quijote daría la mano que le había pedido; y proponiendo en su pensamiento lo que había de hacer, se bajó del agujero y se fué á la caballeriza, donde tomó el cabestro del jumento de Sancho Panza, y con mucha presteza se volvió á su agujero, á tiempo que Don Quijote se había puesto de piés sobre la silla de Rocinante por alcanzar á la ventana enrejada, donde se imaginaba estar la ferida doncella; y al darle la mano, dijo: «Tomad, señora, esa mano, ó por mejor decir, ese verdugo de los malhechores del mundo. No os la doy para que la beseis, sino para que mireis la contextura de sus nervios, la trabazon de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde sacareis qué tal debe de ser la fuerza del brazo que tal mano tiene.



... y atado de la muñeca al cerrojo de la puerta ...

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

—Ahora lo veremos», dijo Maritónes; y haciendo una lazada corrediza al cabestro, se la echó á la muñeca, y bajándose del agujero, ató lo que quedaba al cerrojo de la puerta del pajar muy fuertemente.

Don Quijote, que sintió la aspereza del cordel en su muñeca, dijo: «Más parece que vuestra merced me ralla, que no que me regala la mano. No la trateis tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os hace, ni es bien que en tan poca parte vengueis el todo de vuestro enojo: mirad que quien quiere bien no se venga tan mal.»

Pero todas estas razones de Don Quijote ya no las escuchaba nadie, porque, así como Maritónes le ató, ella y la otra se fueron, muertas de risa, y le dejaron asido de manera, que fué imposible soltarse.

Estaba, pues, como se ha dicho, de piés sobre Rocinante, metido todo el brazo por el agujero, y atado de la muñeca al cerrojo de la puerta, con grandísimo temor y cuidado que si Rocinante se desviaba á un cabo ó á otro había de quedar colgado del brazo; y así, no osaba hacer movimiento alguno, puesto que de la paciencia y quietud de Rocinante bien se podía esperar que estaría sin moverse un siglo entero. En reso-

lución, viéndose Don Quijote atado, y que ya las damas se habían ido, se dió á imaginar que todo aquello se hacía por vía de encantamento, como la vez pasada, cuando en aquel mismo castillo le molió aquel moro encantado del arriero; y maldecía entre sí su poca discreción y discurso, pues habiendo salido tan mal la vez primera de aquel castillo, se había aventurado á entrar en él la segunda. Con todo esto, tiraba de su lazo, por ver si podía soltarse; mas él estaba tan bien asido, que todas sus pruebas fueron en vano. Bien es verdad que tiraba con tiento, porque Rocinante no se moviese; y aunque él quisiera sentarse y ponerse en la silla, no podía sino estar en pié ó arrancarse la mano. Allí fué el maldecir de su fortuna; allí fué el exagerar la falta que haría en el mundo su presencia el tiempo que allí estuviese encantado [que sin duda alguna se había creído que lo estaba]; allí el acordarse de nuevo de su querida Dulcinea del Toboso; allí fué el llamar á su buen escudero Sancho Panza, que, sepultado en sueño y tendido sobre el albarda de su jumento, no se acordaba en aquel instante ni de su madre, y finalmente, allí le tomó la mañana, tan desesperado y confuso, que bramaba como un toro, porque no esperaba él que con el día se remediaría su

cuita, porque la tenía por eterna, teniéndose por encantado; y hacíale creer esto ver que Rocinante poco ni mucho se movía, y creía que de aquella suerte, sin comer ni beber ni dormir, habían de estar él y su caballo hasta que aquel mal influjo de las estrellas se pasase, ó hasta que otro más sabio encantador le desencantase. Pero engañóse mucho en su creencia, porque apenas comenzó á amanecer, cuando llegaron á la venta cuatro hombres de á caballo, muy bien puestos y aderezados, con sus escopetas sobre los arzones.

Llamaron á la puerta de la venta, que aún estaba cerrada, con grandes golpes; lo cual visto por Don Quijote desde donde aún no dejaba de hacer la centinela, con voz arrogante y alta dijo: «Caballeros ó escuderos, ó quien quiera que seais, no teneis para qué llamar á las puertas deste castillo; que asaz de claro está que á tales horas, ó los que están dentro duermen, ó no tienen por costumbre de abrir tales fortalezas hasta que el sol esté tendido por todo el suelo. Desviaos afuera y esperad que aclare el día, y entónces veremos si será justo ó no que os abran.

—¿Qué diablos de fortaleza ó castillo es éste, dijo uno, para obligarnos á guardar esas ceremonias! Si sois el ventero, mandad que nos abran;

que somos caminantes, que no queremos más de dar cebada á nuestras cabalgaduras y pasar adelante, porque vamos de priesa.

—¿Paréceos, caballeros, que tengo yo talle de ventero! respondió Don Quijote.

—No sé de qué tenéis talle, respondió el otro; pero sé que decís disparates en llamar castillo á esta venta.

—Castillo es, replicó Don Quijote, y aún de los mejores de toda esta provincia, y gente tiene dentro que ha tenido cetro en la mano y corona en la cabeza.

—Mejor fuera al revés, dijo el caminante, el cetro en la cabeza y la corona en la mano; y será, si á mano viene, que debe de estar dentro alguna compañía de representantes, de los cuales es tener á menudo esas coronas y cetros que decís; porque en una venta tan pequeña y adonde se guarda tanto silencio como ésta, no creo yo que se alojan personas dignas de corona y cetro.

—Sabeis poco del mundo, replicó Don Quijote, pues ignorais los casos que suelen acontecer en la caballería andante.»

Cansábanse los compañeros que con el preguntante venían, del coloquio que con Don Quijote pasaba, y así, tornaron á llamar con grande

furia, y fué de modo, que el ventero despertó, y aún todos cuantos en la venta estaban; y así, se levantó á preguntar quién llamaba. Sucedió en este tiempo que una de las cabalgaduras en que venían los cuatro que llamaban, se llegó á oler á Rocinante, que, melancólico y triste, con las orejas caídas, sostenía sin moverse á su estirado señor; y como en fin era de carne, aunque parecía de leño, no pudo dejar de resentirse, y tornar á oler á quien le llegaba á hacer caricias; y así, no se hubo movido tanto cuanto, cuando se desviaron los juntos piés de Don Quijote, y resbalando de la silla, dieran con él en el suelo, á no quedar colgado del brazo; cosa que le causó tanto dolor, que creyó, ó que la muñeca le cortaban, ó que el brazo se le arrancaba: creyó además haber quedado tan cerca del suelo, que con los extremos de las puntas de los piés besaba la tierra; que era en su perjuicio, porque, entendiendo que le faltaba poco para poner las plantas en la tierra, fatigábase y estirábase cuanto podía por alcanzar al suelo.

En efeto, fueron tantas las voces que Don Quijote dió, que, abriendo de presto las puertas de la venta, salió el ventero despavorido y fué á ver quién tales gritos daba, y los que estaban fuera hicieron lo mesmo. Maritónes, que

ya había despertado á las mismas voces, imaginando lo que podía ser, se fué al pajar, y desató, sin que nadie lo viese, el cabestro que á Don Quijote sostenía, y él dió luego en el suelo á vista del ventero y de los caminantes, que, llegándose á él, le preguntaron qué tenía, que tales voces daba.

Él, sin responder palabra, se quitó el cordel de la muñeca, y levantándose en pié, subió sobre Rocinante, embrazó su adarga, enristró su lanzón, y tomando buena parte del campo, volvió á medio galope, diciendo: «Cualquiera que dijere que yo he sido con justo título encantado, como mi señora la princesa Micomicona me dé licencia para ello, yo le desmiento, le rieto y desafío á singular batalla.»

Admirados se quedaron los nuevos caminantes de las palabras de Don Quijote; pero el ventero les quitó de aquella admiración, diciéndoles quién era Don Quijote, y que no había que hacer caso dél, porque estaba fuera de juicio.

CAPÍTULO XIII

DE LA PENDENCIA QUE DON QUIJOTE TUVO CON EL CABRERO, CON LA RARA AVENTURA DE LOS DISCIPLINANTES, Y DE COMO ENTRÓ EN SU ALDEA.

Poco después entró en la venta el barbero á quien Don Quijote había quitado la bacía tomándola por el yelmo de Mambrino y Sancho la albarda, y á vista de sus prendas fué causa de que se armara la más graciosa pendencia del mundo, en la que intervinieron todos los que estaban en la venta, amen de unos cuadrilleros, que llevaban órden de prender á nuestro aventurero, por la suelta de los galeotes. Dos días pasaron luego en la venta en santa paz y al cabo de los cuales todos se dispusieron á partir para sus destinos. Y con el propósito de que el Cura y Maese Nicolás pudieran llevarse á Don Quijote á su lugar, armaron una carreta de bueyes á manera de jaula, y muy artificiosamente y con misterio, trasladaron á ella á Don Quijote, dándole á entender que era cosa de encantamento. Marchó la carreta guiada por el boyero, escolta-

da por los cuadrilleros, á lo que les movió el Cura prometiéndoles buena paga. A poco se hallaron con un canónigo de Toledo, con el cual comieron todos en un pradecillo, donde se dejó salir de la jaula á Don Quijote. Fué á parar allí un cabrero el cual les contó la historia de la bella Leandra á quien hubo de encerrar su padre en un convento y por ello, el cabrero y un su amigo, que la querían, se metieron á pastores.]

General gusto causó el cuento del cabrero á todos los que escuchado le habían.

Todos se le ofrecieron; pero el que más se mostró liberal en esto fué Don Quijote, que le dijo: «Por cierto, hermano cabrero, que si yo me hallara posibilitado de poder comenzar alguna aventura, que, luego, luego, me pusiera en camino porque vos la tuviéades buena; que yo sacara del monesterio [donde sin duda alguna debe de estar contra su voluntad] á Leandra, á pesar de la abadesa y de cuantos quisieran estorbarlo, y os la pusiera en vuestras manos para que hiciéades della á toda vuestra voluntad y talante, guardando empero las leyes de la caballería, que mandan que á ninguna doncella le sea fecho desaguisado alguno.

Miróle el cabrero; y como vió á Don Quijote de tan mal pelaje¹ y catadura, admiróse, y pre-

guntó al Barbero, que cerca de sí tenía: «Señor ¿quién es este hombre, que tal talle tiene y de tal manera habla?

—¿Quién ha de ser, respondió el Barbero, sino el famoso Don Quijote de la Mancha, desfacedor de agravios, enderezador de tuertos, el amparo de las doncellas, el asombro de los gigantes y el vencedor de las batallas?

—Eso me semeja, respondió el cabrero, á lo que se lee en los libros de caballeros andantes, que hacían todo eso que de este hombre vuestra merced dice; puesto que para mí tengo, ó que vuestra merced se burla, ó que este gentil hombre debe de tener vacíos los aposentos de la cabeza.

—Sois un grandísimo bellaco, dijo á esta sazón Don Quijote, y vos sois el vacío y el meneguado.

Y diciendo y haciendo, arrebató de un pan que junto á sí tenía, y dió con él al cabrero en todo el rostro con tanta furia, que le remachó las narices; mas el cabrero, que no sabía de burlas, viendo con cuántas veras le maltrataban, sin tener ningun respeto á los manteles, ni á todos aquellos que comiendo estaban, saltó sobre Don Quijote, y asiéndole del cuello con entrambas manos, no dudara de ahogalle, si Sancho Panza

no llegara en aquel punto, y le asiera por las espaldas, y diera con él encima de la mesa, quebrando platos, rompiendo tazas, y derramando y esparciendo cuanto en ella estaba. Don Quijote, que se vió libre, acudió á subirse sobre el cabrero, el cual, lleno de sangre el rostro, molido á coces, de Sancho, andaba buscando á gatas algun cuchillo de la mesa para hacer alguna sanguinolenta venganza; pero estorbáronselo el Barbero y el Cura; mas un cuadrillero hizo de suerte que el cabrero cogió debajo de sí á Don Quijote, sobre el cual llovió tanto número de mojicones, que del rostro del pobre caballero llovía tanta sangre como del suyo. Reventaban de risa el Canónigo y el Cura, saltaban los cuadrilleros de gozo, zuzaban los unos á los otros como hacen á los perros cuando en pendencia están trabados; sólo Sancho Panza se desesperaba, porque no se podía desasir de un criado del Canónigo, que le estorbaba que á su amo no ayudase.

En resolución, estando todos en regocijo y fiesta, sino los dos aporreantes, oyeron el són de una trompeta tan triste, que les hizo volver los rostros hácia donde les pareció que sonaba; pero el que más se alborotó de oirle fué Don Quijote, el cual, aunque estaba debajo del cabrero, hartó contra su voluntad y más que medianamente



Sólo Sancho se desesperaba, por que no se podia desasir
de un criado del Canónigo ...

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

molido, le dijo: «Hermano demonio [que no es posible que dejes de serlo, pues has tenido valor y fuerzas para sujetar las mías], ruégote que hagamos treguas no más de por una hora porque el doloroso són de aquella trompeta que á nuestros oídos llega, me parece que á alguna nueva aventura me llama.» El cabrero, que ya estaba cansado de moler y ser molido, le dejó luego; y Don Quijote se puso en pié, volviendo asimismo el rostro adonde el són se oía, y vió á deshora que por un recuesto bajaban muchos hombres vestidos de blanco á modo de diciplinantes.

Era el caso que aquel año habían las nubes negado su rocío á la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hacían procesiones, rogativas y diciplinas, pidiendo á Dios abriese las manos de su misericordia y les lloviese; y para este efecto, la gente de una aldea que allí junto estaba, venía en procesión á una devota ermita que en un recuesto de aquel valle había. Don Quijote, que vió los extraños trajes de los diciplinantes, sin pasarle por la memoria las muchas veces que los había de haber visto, se imaginó que era cosa de aventura, y que á él solo tocaba, como á caballero andante, el acometerla; y confirmóle más esta imaginación, pensar que una imágen que traían, cubierta de luto,

fuese alguna principal señora, que llevaban por fuerza aquellos follones y descomedidos malandrines. Y como esto le cayó en las mientes, con gran ligereza arremetió á Rocinante, que paciendo andaba, quitándole del arzón el freno y el adarga, y en un punto le enfrenó, y pidiendo á Sancho su espada, subió sobre Rocinante y embrazó su adarga, y dijo en alta voz á todos los que presentes estaban: «Agora, valerosa compañía, veredes cuánto importa que haya en el mundo caballeros que profesen la Orden de la andante caballería; agora digo que veredes en la libertad de aquella buena señora, que allí va cautiva, si se han de estimar los caballeros andantes.»

Y en diciendo esto, apretó los talones á Rocinante, porque espuelas no las tenía, y á todo galope se fué á encontrar con los diciplinantes; bien que fueron el Cura y el Canónigo y Barbero á detenelle; mas no les fué posible, ni ménos le detuvieron las voces que Sancho le daba, diciendo: «¿Adónde va, señor Don Quijote? ¿Qué demonios lleva en el pecho, que le incitan á ir contra nuestra fe católica? Advierta ¡mal haya yo! que aquella es procesión de diciplinantes, y que aquella señora que llevan sobre la peana es la imagen benditísima de la Virgen sin mancilla:

mire, señor, lo que hace; que por esta vez se puede decir que no se lo sabe.»

Fatigóse en vano Sancho, porque su amo iba tan puesto en llegar á los ensabanados y en librar á la señora enlutada, que no oyó palabra; y aun que la oyera, no volviera si el Rey se lo mandara. Llegó, pues, á la procesión, y paró á Rocinante, que ya llevaba harto deseo de quietarse un poco, y con turbada y ronca voz dijo: «Vosotros, que quizá por no ser buenos os encubris los rostros, atended y escuchad lo que deciros quiero.»

Los primeros que se detuvieron fueron los que la imagen llevaban; y uno de los cuatro clérigos que cantaban las ledanías, viendo la extraña catadura de Don Quijote, la flaqueza de Rocinante, y otras circunstancias de risa que notó y descubrió en Don Quijote, le respondió, diciendo: «Señor hermano, si nos quiere decir algo, dígallo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes, y no podemos, ni es razón que nos detengamos á oír cosa alguna, si ya no es tan breve, que en dos palabras se diga.

— En una lo diré, replicó Don Quijote, y es ésta: que luego al punto dejéis libre á esa hermosa señora, cuyas lágrimas y triste semblante dan claras muestras que la lleváis contra su vo-

luntad y que algun notorio desaguisado le habedes fecho; y yo, que nací en el mundo para desfacer semejantes agravios, no consentiré que un solo paso adelante pase, sin darle la deseada libertad que merece.»

Con estas razones cayeron todos los que las oyeron en que Don Quijote debía de ser algun hombre loco, y tomáronse á reir muy de gana, cuya risa fué poner pólvora á la cólera de Don Quijote porque, sin decir más palabra, sacando la espada, arremetió á las andas. Uno de aquellos que las llevaban, dejando la carga á sus compañeros, salió al encuentro de Don Quijote, enarbolando una horquilla ó bastón con que sustentaban las andas en tanto que descansaba; y recibiendo en ella una gran cuchillada que le tiró Don Quijote, con que se la hizo tres partes, con el último tercio, que le quedó en la mano, dió tal golpe á Don Quijote encima de un hombro [por el mismo lado de la espada, que no pudo cubrir el adarga contra la villana fuerza], que el pobre Don Quijote vino al suelo muy mal parado.

Sancho Panza, que jadeando le iba á los alcances, viéndole caído, dió voces á su moledor que no le diese otro palo, porque era un pobre caballero encantado, que no había hecho mal á

nadie en todos los días de su vida; mas lo que detuvo al villano no fueron las voces de Sancho, sino el ver que Don Quijote no bullía ni pié ni mano; y así, creyendo que le había muerto, con priesa se alzó la túnica á la cinta, y dió á huir por la campaña como un gamo.

Ya en esto llegaban todos los de la compañía de Don Quijote adonde él estaba; mas los de la procesión, que los vieron venir corriendo, y con ellos los cuadrilleros con sus ballestas, temieron algun mal suceso, y hiciéronse todos un remolino alrededor de la imagen; y alzados los capirotes, empuñando las diciplinas, y los clérigos los ciriales, esperaban el asalto, con determinación de defenderse, y aún ofender, si pudiesen, á sus acometedores; pero la fortuna lo hizo mejor que se pensaba, porque Sancho no hizo otra cosa que arrojarle sobre el cuerpo de su señor, haciendo sobre él el más doloroso y risueño llanto del mundo, creyendo que estaba muerto. El Cura fué conocido de otro cura que en la procesión venía, cuyo conocimiento puso en sosiego el concebido temor de los dos escuadrones. El primer cura dió al segundo en dos razones cuenta de quién era Don Quijote, y así él como toda la turba de los diciplinantes fueron á ver si estaba muerto el pobre caballero, y oyeron que Sancho

Panza, con lágrimas en los ojos, decía: «¡Oh flor de la caballería, que con sólo un garrotazo, acabaste la carrera de tus tan bien gastados años! ¡Oh honra de tu linaje, honor y gloria de toda la Mancha y aún de todo el mundo, el cual, faltando tú en él, quedará lleno de malhechores, sin temor de ser castigados de sus malas fechorías!

Con las voces y gemidos de Sancho revivió Don Quijote, y la primera palabra que dijo fué: «El que de vos vive ausente, dulcísima Dulcinea, á mayores miserias que éstas está sujeto. Ayúdame, Sancho amigo, á ponerme sobre el carro encantado; que no estoy para oprimir la silla de Rocinante, porque tengo todo este hombro hecho pedazos.

—Eso haré yo de muy buena gana, señor mío, respondió Sancho, y volvamos á nuestra aldea en compañía destos señores, que su bien desean, y allí daremos orden de hacer otra salida que nos sea de más provecho y fama.

—Bien dices, Sancho, respondió Don Quijote; y será gran prudencia dejar pasar el mal influjo de las estrellas que agora corre.»

El Canónigo y el Cura y Barbero le dijeron que haría muy bien en hacer lo que decía; y así, habiendo recibido grande gusto de las simplicidades de Sancho Panza, pusieron á Don Quijote

en el carro como ántes venía: la procesión volvió á ordenarse y á proseguir su camino; el cabrero se despidió de todos; los cuadrilleros no quisieron pasar adelante, y el Cura les pagó lo que se les debía; el Canónigo pidió al Cura le avisase el suceso de Don Quijote, si sanaba de su locura ó si proseguía en ella; y con esto tomó licencia para seguir su viaje. En fin, todos se dividieron y apartaron, quedando solos el Cura y Barbero, Don Quijote y Panza y el bueno de Rocinante, que á todo lo que había visto estaba con tanta paciencia como su amo.

El boyero unció sus bueyes y acomodó á Don Quijote sobre un haz de heno, y con su acostumbrada flema siguió el camino que el Cura quiso; y á cabo de seis días llegaron á la aldea de Don Quijote, adonde entraron en la mitad del día.

[Sigue parte segunda].

— LÉXICO —

DE LA PARTE PRIMERA

CAPÍTULO III

LIBROS DE CABALLERÍA: Género de novela antigua en que se cuentan hazañas y hechos fabulosos de caballeros aventureros ó andantes. Hay algunos entre ellos, como «Amadis de Gaula», muy apreciados aun hoy por los inteligentes, pero los más son tan rematadamente malos que Cervantes escribió el Quijote, gentil parodia de aquellos disparates, para ridiculizarlos ante el público y acabar con la afición á ellos.

HIDALGO: Persona de clase noble y distinguida.

CHAPITEL=CAPITEL: Remate de las torres en los castillos, formando pirámide.

CAVA: Manera antigua de nombrar el foso que rodea un castillo.

ALMENAS: Espacios abiertos en el coronamiento de los muros de un castillo para facilitar su defensa.

ALCAIDE: Persona que tiene á su cargo la guarda y defensa de un castillo ó fortaleza.

CACO: Famoso ladrón de caminos, en las antiguas leyendas romanas.

YANTAR: comer.

ORDEN DE CABALLERÍA: Dignidad que tras ciertas ceremonias se daba á aquellos caballeros esforzados que prometían defender la religión, el rey, la patria y la justicia.

ESCUDEIRO: Hombre que sirve á un caballero y le acompaña en sus hechos de armas.

MALANDRINES: malignos.

CAPÍTULO IV

GIGANTE BRIARCO: Personaje de las antiguas leyendas griegas el cual tenía cien brazos.

LANZA EN EL RISTRE: Lanza apoyada en un hierro saliente de la parte derecha de la armadura, para afirmarla y dar mayor fuerza al golpe.

CAPÍTULO V

DROMEDARIOS: Especie de camellos con una sola jiba.

ENCANTADORES: Personajes estafalarios que intervienen en las historias de los libros de caballería transformando y creando cosas y personas con fórmulas y palabras mágicas.

CAPÍTULO VI

MANTEAR: Levantar con violencia en el aire á un hombre, puesto en una manta, tirando á un tiempo de las orillas varias personas.

CAPÍTULO VII

SACRILEGIO: Acto ejecutado contra persona ó cosa sagrada.

LAS PRIMERAS ORDENES: Los primeros grados que se confieren en el sacramento de Orden á las personas que se preparan para sacerdotes.

CAPÍTULO IX

GRILLOS: Arcos de hierro, cerrados por una barra del mismo metal con los cuales se aprisionan los piés de los reos.

BATÁN: Máquina movida por el agua y compuesta de gruesos mazos que golpean los paños para darles consistencia.

CAPÍTULO X

MAMBRINO: Famoso rey moro de los libros de caballerías, célebre por su yelmo encantado que le hacía invencible.

CAPÍTULO XI

BOTANAS: Pedacito redondo de palo que se pone en los agujeros de los pellejos de vino, para que no se salga.

ESPOSAS: Manillas de hierro con que se sujeta á los presos por las muñecas.

GALEOTES: Gente condenada á remar en las galeras.

GALERAS: Embarcación de vela y remo que tenia á una y otra banda los bancos de los remeros.

TORMENTO: Procedimientos de violencia, que se aplicaban antiguamente á los reos para hacerles confesar sus delitos.

PÉNDOLA: Pluma.

EL LAZARILLO DE TORMES: Novela picaresca, de mucha fama en aquellos tiempos y muy estimada aún hoy en día entre las personas estudiosas.

SANTA HERMANDAD: Tribunal que perseguía y castigaba los delitos cometidos en despoblado y que para ello tenia á sus órdenes gente armada llamada cuadrilleros.

CAPÍTULO XII

EN CONTINENTE: Al instante.

CAPÍTULO XIII

TREGUA: Suspensión de una lucha por un tiempo determinado.

LE CAYÓ EN LAS MIENTES: Se le ocurrió.

===== NOMBRES GEOGRÁFICOS =====

La Mancha.—El Toboso.—Campo de Montiel.—Sevilla. Castillas.—Sanlúcar.—Toledo.—Antequera.—Murcia.—Alcarria.—Extremadura.—Sierra de Guadarrama.—Puerto Lápice.—Alcobendas.—Baeza.—Segovia.—Portugal.—Guadiana.—Sierra Morena.—Guisando.—Cabra (P. de Córdoba).—

Cueva de Montesinos (en Ossa de Montiel) Zaragoza.—Ebro.
—Barcelona.—Lagunas de Ruidera.

===== NOMBRES DE ARMAS Y PIEZAS DE ARMADURAS =====

Lanza.—Adarga.—Visera.—Peto.—Espaldar.—Gola.—Celada.—Babera.—Espada.—Espuelas.—Yelmo.—Grebas.—Dardos.—Cimitarra.—Ballestas.—Alabardas.—Arnés.

===== NOMBRE DE LOS APAREJOS DE UNA CABALLERÍA =====

Estribo.—Cabestro.—Silla.—Cinchas.—Arzón.—Freno.

Ayuntamiento de Madrid

C
=

LA

Colección ARALUCE

LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

Declaradas de utilidad pública por R. O. de 29 de Julio de 1912

AVENTURAS
DE
DON QUIJOTE

Ayuntamiento de Madrid

AVENTURAS DE DON QUIJOTE

POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

PARTE SEGUNDA



TOMO II

EDITADO POR RAMÓN DE S. N. ARALUCE
CALLE DE CORTES, 392 : BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

ES PROPIEDAD DEL EDITOR
CONFORME Á LA LEY

INDICE DE CAPÍTULOS

CAPÍTULO I

Donde se cuenta la industria que tuvo Sancho para encantar á su señora Dulcinea : : : : :	10
--	----

CAPÍTULO II

De la valerosa aventura que le sucedió al valeroso Don Quijote con el carro ó carreta de las Cortes de la Muerte : : : : : : : : :	23
--	----

CAPÍTULO III

De la extraña aventura que le sucedió al valeroso Don Quijote con el bravo Caballero de los Es- pejos : : : : : : : : :	31
---	----

CAPÍTULO IV

Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque : : : : : : : : :	37
---	----

CAPÍTULO V

En el que se da cuenta del fin que tuvo la singular batalla habida entre el Caballero del Bosque y nuestro Don Quijote : : : : : : : :	46
--	----

CAPÍTULO VI

Donde se declara el último extremo adonde llegó el inaudito ánimo de Don Quijote, con la feliz- mente acabada aventura de los leones : : :	55
--	----

CAPÍTULO VII

De la graciosa aventura que le sucedió á nuestro caballero con un titiritero y su retablo : : :	69
--	----

CAPÍTULO VIII

De la famosa aventura del barco encantado : :	84
---	----

CAPÍTULO IX

Donde se pone el elogio que hizo Don Quijote del agradecimiento y se cuenta lo que le sucedió con unos toros que llevaban al encierro :	: : :	93
---	-------	----

CAPÍTULO X

Donde se cuenta el extraordinario suceso, que se puede tener por aventura, que le sucedió á Don Quijote :	: : : : : : : :	101
---	-----------------	-----

CAPÍTULO XI

De lo que le sucedió á Don Quijote en la entrada á Barcelona con otras cosas que en esta ciudad le sucedieron :	: : : : : : : :	112
---	-----------------	-----

CAPÍTULO XII

Que trata de la aventura que más pesadumbre dió á Don Quijote de cuantas hasta entonces le ha- bían sucedido :	: : : : : : : :	121
--	-----------------	-----

LISTA DE LAS LÁMINAS
CONTENIDAS EN LA PARTE PRIMERA

<u>Caps.</u>	<u>Págs.</u>
I. Las labradoras estaban atónitas, viendo aquellos dos hombres tan diferentes hincados de rodillas: : : : : : : : : : :	18
II. ...en un instante saltó la muerte de la carreta... : : : : : : : : : : : : :	28
V. Muerto sois, caballero, si no confesáis que la sin par Dulcinea... : : : : : : : : :	52
VII. comenzó á llover cuchilladas sobre la titerera morisma... : : : : : : : : : :	77
VIII. ...y puesto en pié en el barco, con grandes voces comenzó á amenazar á los molineros... : : : : : : : : : : : : :	90
IX. ...el tropel de los toros bravos, y el de los mansos cabestros, pasaron sobre Don Quijote... : : : : : : : : : : ; : :	99
XII. Vencido sois, caballero, y aun muerto, si no confesáis las condiciones de nuestro desafío... : : : : : : : : : : : : :	125
XII. Pocos días después entraban en su pueblo..	128

AVENTURAS DE DON QUIJOTE

PARTE SEGUNDA

CAPÍTULO I

DONDE SE CUENTA LA INDUSTRIA QUE TUVO SANCHO
PARA ENCANTAR Á SU SEÑORA DULCINEA

CERCA de un mes estuvo Don Quijote en su casa sin dar muestras de querer volver á las andadas, mas luego se despertaron en él sus locos afanes y preparóse para su tercera salida, con gran desconsuelo de su ama y de su sobrina. Vino á avivar su deseo el Bachiller Sansón Carrasco, quien hizo amistad con Don Quijote, trayéndole la noticia de que ya andaba en libros la historia de sus hazañas. Todo ello motivó unos muy graciosos diálogos entre nuestros personajes. El bachiller, aconsejado del Cura y del barbero, persuadióle, con sana y oculta intención, que de ahí á tres días se saliera. Y así lo hizo Don Quijote, acompañado de Sancho y también de Sansón Carrasco que no los dejó hasta á

1.—II.

Ayuntamiento de Madrid

media legua del pueblo. De allí amo y mozo se encaminaron hacia el Toboso, con deseos, nuestro caballero, de que Sancho le llevara ante Dulcinea de la que dijo mentirosamente haberla visto y hablado cuando su señor le envió á ella en ocasión que él quedaba en Sierra Morena. A media noche entraron en el lugar, buscando el palacio de aquella que Don Quijote tenía por Princesa, y allí Sancho pasó grandes apuros para evitar que se descubriera el engaño, logrando, al fin, sacar á su amo del pueblo y hacerle entrar en un bosque].

Así como Don Quijote se emboscó en la floresta, encinar ó selva, junto al gran Toboso, mandó á Sancho volver á la ciudad, y que no volviese á su presencia sin haber primero hablado de su parte á su señora, pidiéndola fuese servida de dejarse ver de su cautivo caballero, y se dignase de echarle su bendición, para que pudiese esperar por ella felicísimos sucesos de todos sus acometimientos y dificultosas empresas. Encargóse Sancho de hacerlo así como se le mandaba, y de traerle tan buena respuesta como le trujo la vez primera.

«Ánda, hijo, replicó Don Quijote, y no te turbes cuando te vieres ante la luz del sol de hermosura que vas á buscar. ¡Dichoso tú sobre to-

dos los escuderos del mundo! Vé, amigo, y guíete otra mejor ventura que la mía, y vuélvate otro mejor suceso del que yo quedo temiendo y esperando en esta amarga soledad en que me dejas.

—Yo iré y volveré presto, dijo Sancho; y ensanche vuesa merced, señor mío, ese corazoncillo, que le debe de tener agora no mayor que una avellana; y considere que se suele decir que buen corazón quebranta mala ventura, y que donde no hay tocinos hay estacas; y también se dice: «donde no se piensa salta la liebre». Dígo-lo porque si esta noche no hallamos los palacios ó alcázares de mi señora, agora, que es de día, los pienso hallar cuando ménos lo piense, y hallados, déjenme á mí con ella.

—Por cierto, Sancho, dijo Don Quijote, que siempre traes tus refranes tan á pelo de lo que tratamos, cuanto me dé Dios mejor ventura en lo que deseo.»

Esto dicho, volvió Sancho las espaldas y varcó su Rucio, y Don Quijote se quedó á caballo, descansando sobre los estribos y sobre el arrimo de su lanza, lleno de tristes y confusas imaginaciones; donde le dejaremos, yéndonos con Sancho Panza, que, no ménos confuso y pensativo, se apartó de su señor que él quedaba, y tanto,

que apenas hubo salido del bosque, cuando volviendo la cabeza, y viendo que Don Quijote no parecía, se apeó del jumento, y sentándose al pié de un árbol, comenzó á hablar consigo mismo y á decirse: «Sepamos agora, Sancho hermano, á dónde va vuesa merced. ¿Va á buscar algún jumento que se le haya perdido? No por cierto. Pues ¿qué va á buscar? Voy á buscar, como quien no dice nada, á una princesa, y en ella, al sol de la hermosura y á todo el cielo junto. Y ¿adónde pensais hallar eso que decis, Sancho? ¿Adónde? En la gran ciudad del Toboso. Y bien, ¿y de parte de quién la vais á buscar? De parte del famoso caballero Don Quijote de la Mancha, que desface los tuertos, y da de comer al que ha sed, y de beber al que ha hambre. Todo eso está muy bien. Y ¿sabeis su casa, Sancho? Mi amo dice que han de ser unos reales palacios ó unos soberbios alcázares. Y ¿habeisla visto algún día por ventura? Ni yo ni mi amo la hemos visto jamás. Y ¿paréceos que fuera acertado y bien hecho que, si los del Toboso supiesen que estais vos aquí con intención de ir á sonsacarles sus princesas y á desasosegarles sus damas, viniesen y os moliesen las costillas á puros palos, y no os dejasen hueso sano? En verdad que tendrían mucha razón, cuando no consi-

derasen que soy mandado, y que *mensajero sois, amigo; no mereceis culpa, non*. No os fieis en eso, Sancho; porque la gente manchega es tan colérica como honrada, y no consiente cosquillas de nadie.

Este soliloquio pasó consigo Sancho, y lo que sacó dél fué, que volvió á decirse: «Ahora bien, todas las cosas tienen remedio, si no es la muerte debajo de cuyo yugo hemos de pasar todos, mal que nos pese, al acabar de la vida. Este mi amo, por mil señales, he visto que es un loco de atar, y aún también yo no le quedo en zaga, pues soy más mentecato que él, pues le sigo y le sirvo, si es verdadero el refrán que dice: «dime con quién andas, decirte he quién eres»; y el otro de: «no con quién naces, sino con quién paces.» Siendo, pues, loco, como lo es, y de locura que las más veces toma unas cosas por otras, y juzga lo blanco por negro, y lo negro por blanco, como se pareció cuando dijo que los molinos de viento eran gigantes, y las mulas de los religiosos, dromedarios; y las manadas de carneros, ejércitos de enemigos, y otras muchas cosas á este tono, no será muy difícil hacerle creer que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea: y cuando él no lo crea, juraré yo; y si él jurare, tornaré yo á

jurar; y si porfiare, porfiaré yo más, y de manera, que tengo de tener la mía siempre sobre el hito, venga lo que viniere: quizá con esta porfía acabaré con él que no me envíe otra vez á semejantes mensajerías, viendo cuán mal recado le traigo dellas; ó quizá pensará, como yo imagino, que algún mal encantador, de estos que él dice que le quieren mal, la habrá mudado la figura por hacerle mal y daño.»

Con esto que pensó Sancho Panza, quedó sosegado su espíritu y tuvo por bien acabado su negocio, y detúvose allí hasta la tarde, por dar lugar á que Don Quijote pensase que le había tenido para ir y volver del Toboso; y sucedióle todo tan bien, que cuando se levantó para subir en el Rucio, vió que del Toboso, hácia donde él estaba, venían tres labradoras sobre tres pollinos, ó pollinas. En resolución, así como Sancho vió á las labradoras, á paso tirado volvió á buscar á su señor Don Quijote, y hallóle suspirando, y diciendo mil amorosas lamentaciones.

Como Don Quijote le vió, le dijo: «¿Qué hay, Sancho amigo? ¿podré señalar este día con piedra blanca ó con negra?

—Mejor será, respondió Sancho, que vuesa merced le señale con almagre, como rétulos de

cátedras, porque le echen bien de ver los que le vieren.

—De ese modo, replicó Don Quijote, ¿buenas nuevas traes?

—Tan buenas, respondió Sancho, que no tiene más que hacer vuesa merced sino picar á Rocinante, y salir á lo raso á ver á la señora Dulcinea del Toboso, que, con otras dos doncellas suyas, viene á ver á vuesa merced.

—¡Santo Dios! ¿Qué es lo que dices, Sancho amigo! dijo Don Quijote. Mira no me engañes, ni quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas.

—¿Qué sacaría yo de engañar á vuesa merced, respondió Sancho, y más estando tan cerca de descubrir mi verdad! Pique, señor, y venga, y venga, y verá venir á la Princesa, nuestra ama, vestida y adornada... en fin, como quien ella es, Sus doncellas y ella todas son una ascua de oro. todas mazorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubíes, todas telas de brocado; los cabellos sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del sol, que andan jugando con el viento; y sobre todo, vienen á caballo sobre tres cana-neas remendadas, que no hay más que ver.

—Hacaneas querrás decir, Sancho.

—Poca diferencia hay, respondió Sancho, de

cananeas á hacaneas; pero, vengan sobre lo que vinieren, ellas vienen las más galanas señoras que se puedan desear, especialmente la princesa Dulcinea, mi señora, que pasma los sentidos.

—Vamos, Sancho, hijo, respondió Don Quijote; y en albricias destas tan no esperadas como buenas nuevas, te mando el mejor despojo que ganare en la primera aventura que tuviere; y si esto no te contenta, te mando las crias que este año me dieren las tres yeguas mías.

—A las crias me atengo, respondió Sancho; porque lo de ser buenos los despojos de la primera aventura no está muy cierto.»

Ya en esto salieron de la selva y descubrieron cerca á las tres aldeanas. Tendió Don Quijote los ojos por todo el camino del Toboso; y como no vió sino á las tres labradoras, turbóse todo, y preguntó á Sancho si las había dejado fuera de la ciudad.

«¿Cómo fuera de la ciudad! respondió. ¿Por ventura, tiene vuesa merced los ojos en el colorillo, que no ve que son éstas las que aquí vienen, resplandecientes como el mismo sol á mediodía!

—Yo no veo, Sancho, dijo Don Quijote, sino á tres labradoras sobre tres borricos.

—Agora me libre Dios del diablo, respondió

Sancho; y ¿es posible que tres hacaneas, ó como se llaman, blancas como la nieve, le parezcan á vuesa merced borricos? ¡Vive el Señor, que me pele estas barbas, si tal fuese verdad!

—Pues yo te digo, Sancho amigo, dijo Don Quijote, que es tan verdad que son borricos ó borricas, como yo soy Don Quijote y tú Sancho Panza; á lo ménos, á mí tales me parecen.

—Calle, señor, dijo Sancho; no diga la tal palabra, sino despabile esos ojos, y venga á hacer reverencia á la señora de sus pensamientos, que ya llega cerca»; y diciendo esto, se adelantó á recibir á las tres aldeanas; y apeándose del Rucio, tuvo del cabestro á la jumenta de una de las tres labradoras; y hincando ambas rodillas en el suelo, dijo: «Reina y princesa y duquesa de la hermosa, vuestra altivez y grandeza sea servida de recibir en su gracia y buen talante al cautivo caballero vuestro, que allí está hecho piedra mármol, todo turbado y sin pulsos, de verse ante vuesa magnífica presencia. Yo soy Sancho Panza, su escudero, y él es el asendereado caballero Don Quijote de la Mancha, llamado por otro nombre *el Caballero de la Triste Figura*.»

A esta sazón ya se había puesto Don Quijote de hinojos junto á Sancho, y miraba con ojos desencajados y vista turbada á la que Sancho

llamaba reina y señora; y como no descubría en ella sino una moza aldeana, y no de muy buen rostro, porque era cariredonda y chata, estaba suspenso y admirado, sin osar desplegar los labios.

Las labradoras estaban asimismo atónitas, viendo aquellos dos hombres tan diferentes, hincados de rodillas, que no dejaban pasar adelante á su compañera; pero rompiendo el silencio la detenida, toda desgraciada y mohina, dijo: «Apártense, nora en tal, del camino, y déjenmos pasar; que vamos de priesa.»

A lo que respondió Sancho: «¡Oh princesa y señora universal del Toboso! ¿cómo vuestro magnánimo corazón no se entenece, viendo arrodillado ante vuestra sublimada presencia á la coluna y sustento de la andante caballería!»

Oyendo lo cual, otra de las dos dijo: «Mas jo, que te estrego, burra de mi suegro: mirad ¡con qué se vienen los señoritos ahora á hacer burla de las aldeanas, como si aquí no supiésemos echar pullas como ellos! Vayan su camino y déjenmos hacer el nueso, y serles ha sano.

—Levántate, Sancho, dijo á este punto Don Quijote; que ya veo que la fortuna, de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algún contento á esta ánima



Las labradoras estaban atónitas, viendo aquellos dos hombres
tan diferentes hincados de coaillas

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

mezquina que tengo en las carnes. Y tú, joh extremo del valor que puede desearse, término de la humano gentileza, único remedio deste afligido corazón, que te adora, ya que el maligno encantador que me persigue ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para sólo ellos, y no para otros, ha mudado y transformado tu sin igual hermosura y rostro en el de una labradora pobre; si ya también el mío no le ha cambiado en el de algún vestiglo, para hacerle aborrecible á tus ojos, no dejes de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver en esta sumisión y arrodillamiento que á tu contrahecha hermosura hago, la humildad con que mi alma te adora.

—¡Tomá qué... mi agüelo! respondió la aldeana; jamiguita soy yo de oír resquebrajos! «Apártese y déjenmos ir, y agradecérselo hemos.»

Apartóse Sancho, y dejóla ir, contentísimo de haber salido bien de su enredo. Apenas se vió libre la aldeana que había hecho la figura de Dulcinea, cuando picando á su cananea con un aguijon que en un palo traía, dió á correr por el prado adelante; y como la borrica sentía la punta del aguijon, que le fatigaba más de lo ordinario, comenzó á dar corcovos, de manera que dió con la señora Dulcinea en tierra; lo cual visto por Don Quijote, acudió á levantarla, y Sancho

á componer y cinchar el albarda, que también vino á la barriga de la pollina.

Acomodada, pues, la albarda, y queriendo Don Quijote levantar á su encantada señora en los brazos sobre la jumenta, la señora, levantándose del suelo, le quitó de aquel trabajo; porque, haciéndose algún tanto atrás, tomó una corridica, y puestas ambas manos sobre las ancas de la pollina, dió con su cuerpo más ligera que un halcon, sobre la albarda, y quedó á horcajadas como si fuera hombre; y entónces dijo Sancho: «¡Vive Roque, que es la señora nuestra ama más ligera que un alcotan, y que puede enseñar á subir á la jineta al más diestro cordobés ó mejicano! El arzon trasero de la silla pasó de un salto; y, sin espuelas, hace correr la hacanea como una cebrá; y no le van en zaga sus doncellas, que todas corren como el viento»; y así era la verdad, porque en viéndose á caballo Dulcinea, todas picaron tras ella y dispararon á correr, sin volver la cabeza atrás por espacio de más de media legua.

Siguiólas Don Quijote con la vista, y cuando vió que no parecían, volviéndose á Sancho, le dijo: «Sancho, ¿qué te parece! ¡cuán mal quisto soy de encantadores! Y mira hasta dónde se extiende su malicia y la ojeriza que me tienen,

pues me han querido privar del contento que pudiera darme ver en su sér á mi señora. Y has también de advertir, Sancho, que no se contentaron estos traidores de haber vuelto y transformado á mi Dulcinea, sino que la transformaron y volvieron en una figura tan baja y tan fea como la de aquella aldeana; y juntamente le quitaron lo que es tan suyo de las principales señoras, que es el buen olor, por andar siempre entre ámbares y entre flores, porque te hago saber, Sancho, que cuando llegué á subir á Dulcinea sobre su hacanea [según tú dices, que á mí me pareció borrica], me dió un olor de ajos crudos, que me encalabrinó y atosigó el alma.

Pero dime, Sancho, aquella que á mí me pareció albarda, que tú aderezaste, ¿era silla rasa ó sillón?

—No era, respondió Sancho, sino silla á la jineta, con una cubierta de campo, que vale la mitad de un reino, según es de rica.

—Y ¿que no viese yo todo eso, Sancho! dijo Don Quijote; ahora torno á decir, y diré mil veces, que soy el más desdichado de los hombres.»

Harto tenía que hacer el socarrón de Sancho en disimular la risa, oyendo las sandeces de su

amo, tan delicadamente engañado. Finalmente, después de otras muchas razones que entre los dos pasaron, volvieron á subir en sus bestias, para tomar el camino de Zaragoza.

CAPÍTULO II

DE LA VALEROSA AVENTURA QUE LE SUCEDIÓ AL VALEROSO DON QUIJOTE CON EL CARRO Ó CARRETA DE LAS CORTES DE LA MUERTE.

PENSATIVO iba Don Quijote por su camino adelante y de su embelesamiento le sacó Sancho, tratando de animarle y consolarle del encantamiento de su señora Dulcinea].

Responder quería Don Quijote á Sancho Panza; pero estorbóselo una carreta, que salió al través del camino, cargada de los más diversos y extraños personajes y figuras que pudieran imaginarse. El que guiaba las mulas, y servía de carretero, era un feo demonio. Venía la carreta descubierta, á cielo abierto, sin toldo ni zarzo. La primera figura que se ofreció á los ojos de Don Quijote fué la de la misma Muerte, con rostro humano; junto á ella venía un ángel con unas grandes y pintadas alas; al un lado estaba un emperador, con una corona, al parecer de oro, en la cabeza; á los piés de la Muerte estaba el dios que llaman Cupido, sin venda en los ojos,

pero con su arco, carcaj y saetas; venía también un caballero, armado de punta en blanco, excepto que no traía morrión sino un sombrero, lleno de plumas de diversos colores: con estas venían otras personas de diferentes trajes y rostros. Todo lo cual, visto de improviso, en alguna manera alborotó á Don Quijote, y puso miedo en el corazón de Sancho; mas luego se alegró Don Quijote, creyendo que se le ofrecía alguna nueva y peligrosa aventura; y con este pensamiento y con ánimo dispuesto de acometer cualquier peligro, se puso delante de la carreta, y con voz alta y amenazadora dijo: «Carretero, cochero, ó diablo, ó lo que eres, no tardes en decirme quién eres, á dó vas, y quién es la gente que llevas en tu carricoche, que más parece la barca de Caron que carreta de las que se usan.»

A lo cual, mansamente, deteniendo el diablo la carreta, respondió: «Señor, nosotros somos recitantes de la compañía de Angulo el Malo; hemos hecho en un lugar, que está detras de aquella loma, esta mañana, que es la octava del Córpus, el auto de *Las Córtes de la Muerte*, y hémosle de hacer esta tarde en aquel lugar que desde aquí se parece; y por estar tan cerca y excusar el trabajo de desnudarnos y volvernos á vestir, nos vamos vestidos con los mismos ves-

tidos que representamos. Aquel mancebo va de Muerte; el otro, de ángel; aquella mujer, que es la del autor, va de reina; el otro, de soldado; aquel, de emperador; y yo, de demonio, y soy una de las principales figuras del auto, porque hago en esta compañía los primeros papeles. Si otra cosa vuesa merced desea saber de nosotros, pregúntemelo; que yo le sabré responder con toda puntualidad; que, como soy demonio, todo se me alcanza.

—Por la fe de caballero andante, respondió Don Quijote, que á sí como ví este carro, imaginé que alguna grande aventura se me ofrecía; y ahora digo que es menester tocar las apariencias con la mano para dar lugar al desengaño. Andad con Dios, buena gente, y haced vuestra fiesta, y mirad si mandais algo en que pueda seros de provecho; que lo haré con buen ánimo y buen talante, porque desde muchacho fuí aficionado á la carátula, y en mi mocedad se me iban los ojos tras la farándula.»

Estando en estas pláticas, quiso la suerte que llegase uno de la compañía, que venía vestido de bojiganga con muchos cascabeles, y en la punta de un palo traía tres vejigas de vaca hinchadas; el cual moharracho, llegándose á Don Quijote, comenzó á esgrimir el palo y á sacudir

el suelo con las vejigas, y á dar grandes saltos sonando los cascabeles, cuya mala visión así alborotó á Rocinante, que sin ser poderoso á detenerle Don Quijote, tomando el freno entre los dientes, dió á correr por el campo. Sancho, que consideró el peligro en que iba su amo, de ser derribado, saltó del Rucio, y á toda priesa fué á valerle; pero cuando á él llegó, ya estaba en tierra, y junto á él Rocinante, que con su amo vino al suelo: ordinario fin y paradero de las lozanías de Rocinante y de sus atrevimientos. Mas apénas hubo dejado su caballería Sancho para acudir á Don Quijote, cuando el demonio bailador de las vejigas saltó sobre el Rucio y sacudiéndole con ellas, el miedo y ruido, más que el dolor de los golpes, le hizo volar por la campaña hácia el lugar donde iban á hacer la fiesta. Miraba Sancho la carrera de su Rucio y la caída de su amo, y no sabía á cual de las dos necesidades acudiría primero; pero, en efecto, como buen escudero y como buen criado, pudo más con él el amor de su señor que el cariño de su jumento; puesto que cada vez que veía levantar las vejigas en el aire y caer sobre las ancas de su Rucio, eran para él sustos de muerte, y ántes quisiera que aquellos golpes se los dieran á él en las niñas de los ojos, que en el más mínimo pelo de la cola de su asno.

Con esta perpleja tribulación llegó donde estaba Don Quijote, harto más maltrecho de lo que él quisiera; y ayudándole á subir sobre Rocinante, le dijo: «Señor, el Diablo se ha llevado al Rucio.

—¿Qué diablo? preguntó Don Quijote.

—El de las vejigas, respondió Sancho.

—Pues yo le cobraré, replicó Don Quijote, si bien se encerrase con él en los más hondos y oscuros calabozos del infierno. Sígueme, Sancho; que la carreta va despacio, y con las mulas della satisfaceré la pérdida del Rucio.

—No hay para qué hacer esa diligencia, señor, respondió Sancho: vuesa merced temple su cólera; que, segun me parece, ya el Diablo ha dejado el Rucio, y vuelve á la querencia.»

Y así era la verdad, porque habiendo caído el diablo con el Rucio, por imitar á Don Quijote y á Rocinante, el Diablo se fué á pié al pueblo, y el jumento se volvió á su amo.

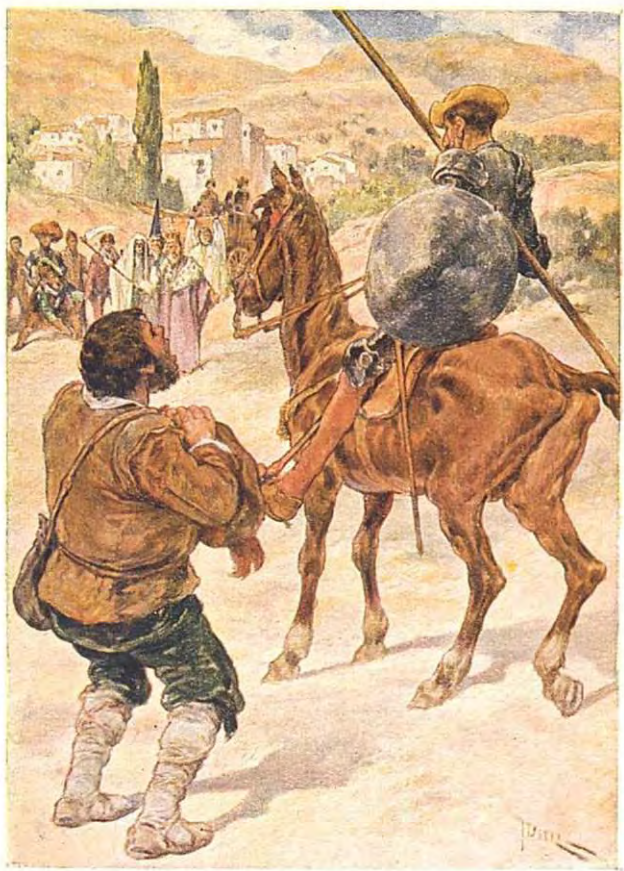
«Con todo eso, dijo Don Quijote, será bien castigar el descomedimiento de aquel demonio en alguno de los de la carreta, aunque sea el mismo Emperador.

—Quítesele á vuesa merced eso de la imaginación, replicó Sancho, y tome mi consejo, que es que nunca se tome con farsantes, que es gen-

te favorecida: recitante he visto yo estar preso por dos muertes, y salir libre y sin costas. Sepa vuesa merced que como son gentes alegres y de placer, todos los favorecen, todos los amparan, ayudan y estiman, y más siendo de aquellos de las compañías reales y de título, que todos ó los más en sus trajes y compostura parecen unos príncipes.

— Pues con todo, respondió Don Quijote, no se me ha de ir el demonio farsante alabando, aunque le favorezca todo el género humano.» Y diciendo esto, volvió á la carreta, que ya estaba bien cerca del pueblo, y iba dando voces diciendo: «Deteneos, esperad, turba alegre y regocijada; que os quiero dar á entender cómo se han de tratar los jumentos que sirven de caballería á los escuderos de los caballeros andantes.»

Tan altos eran los gritos de Don Quijote, que los oyeron y entendieron los de la carreta, y juzgando por las palabras la intención del que las decía, en un instante saltó la Muerte de la carreta, y tras ella el Emperador, el Diablo carretero y el Angel, sin quedarse la Reina ni el dios Cupido; y todos se cargaron de piedras y se pusieron en ala, esperando recibir á Don Quijote en las puntas de sus guijarros. Don Quijote, que los vió, puestos en tan gallardo escuadrón, los brazos



... en un instante saltó la muerte de la carreta ...

Ayuntamiento de Madrid

levantados con ademán de despedir poderosamente las piedras, detuvo las riendas á Rocinante, y púsose á pensar de qué modo los acometería con ménos peligro de su persona.

En esto que se detuvo, llegó Sancho; y viéndole en talle de acometer al bien formado escuadrón, le dijo: «Asaz de locura sería intentar tal empresa; considere vuesa merced, señor mío, que es más temeridad que valentía acometer un hombre solo á un ejército donde está la Muerte y pelean en persona emperadores, y á quien ayudan los buenos y los malos ángeles; y si esta consideración no le mueve á estarse quedo, muévale saber de cierto que entre todos los que allí están, aunque parecen reyes, príncipes ó emperadores, no hay ningun caballero andante.

—Ahora sí, dijo Don Quijote, has dado, Sancho, en el punto que puede y debe mudarme de mi ya determinado intento. Yo no puedo ni debo sacar la espada, como otras veces muchas te he dicho, contra quien no fuera armado caballero; á tí, Sancho, toca, si quieres tomar la venganza del agravio que á tu Rucio se le ha hecho; que yo desde aquí te ayudaré con voces y advertimientos saludables.

—No hay para qué, señor, respondió Sancho, tomar venganza de nadie, pues no es de

buenos cristianos tomarla de los agravios; cuanto más, que yo acabaré con mi asno que ponga su ofensa en las manos de mi voluntad, la cual es de vivir pacíficamente los días que los cielos me dieren de vida.

—Pues esa es tu determinación, replicó Don Quijote, Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano y Sancho sin pero, dejemos estas fantasmas y volvamos á buscar mejores y más calificadas aventuras; que yo veo esta tierra de talle, que no han de faltar en ella muchas y muy milagrosas.»

Volvió las riendas luego, Sancho fué á tomar su Rucio, la Muerte y todo su escuadrón volante volvieron á su carreta y prosiguieron su viaje, y este felice fin tuvo la temerosa aventura de la carreta de la Muerte.

CAPÍTULO III

DE LA EXTRAÑA AVENTURA QUE LE SUCEDIÓ AL VALEROSO DON QUIJOTE CON EL BRAVO CABALLERO DE LOS ESPEJOS.

LA noche que siguió al día del encuentro con la Muerte y su escuadrón, la pasaron Don Quijote y su escudero bajo unos frondosos árboles. Después de haber comido, conversaron los dos discretamente hasta que á Sancho le vino en ganas de dormir y á su amo de velar.]

Sancho se quedó dormido al pié de un alcornoque, y Don Quijote dormitando al de una robusta encina; pero poco espacio de tiempo había pasado, cuando le despertó un ruido que sintió á sus espaldas; y levantándose con sobresalto, se puso á mirar y á escuchar de dónde el ruido procedía, y vió que eran dos hombres á caballo, y que el uno, dejándose derribar de la silla, dijo al otro: «Apéate, amigo, y quita los frenos á los caballos, que, á mi parecer, este sitio abunda de yerba para ellos, y del silencio y soledad que han menester mis amorosos pensamientos.»

El decir esto y el tenderse en el suelo todo

fué á un mismo tiempo, y al arrojarse, hicieron ruido las armas de que venía armado; manifesta señal por donde conoció Don Quijote que debía de ser caballero andante; y llegándose á Sancho, que dormía, le trabó del brazo, y con no pequeño trabajo le volvió en su acuerdo, y con voz baja le dijo: «Hermano Sancho, aventura tenemos.

—Dios nos la dé buena, respondió Sancho. Y ¿adónde está, señor mío, su merced de esa señora aventura?

—¿Adónde, Sancho? replicó Don Quijote, vuelve los ojos y mira, y verás allí tendido un andante caballero, que, á lo que á mí se me trasluce, no debe de estar demasíadamente alegre, porque le vi arrojar del caballo y tenderse en el suelo con algunas muestras de despecho; y al caer, le crujieron las armas.

—Pues ¿en qué halla vuesa merced, dijo Sancho, que ésta sea aventura?

—No quiero yo decir, respondió Don Quijote, que ésta sea aventura del todo, sino principio della; que por aquí se comienzan las aventuras. Pero escucha; que, á lo que parece, templando está un laud ó vihuela, y segun escupe y se desembaraza el pecho, debe de prepararse para cantar algo.

—A buena fe que es así, respondió Sancho, y que debe de ser caballero enamorado.

—No hay ninguno de los andantes que no lo sea, dijo Don Quijote; y escuchémosle, que por el hilo sacaremos el ovillo de sus pensamientos, si es que canta; que de la abundancia del corazón habla la lengua.»

Replicar quería Sancho á su amo; pero el Caballero del Bosque, lo estorbó diciendo con voz doliente y lastimada: «¡Oh la más hermosa y la más ingrata mujer del orbe! ¿Cómo! ¿que será posible, serenísima Casildea de Vandalia, que has de consentir que se consuma y acabe en continuas peregrinaciones y en ásperos y duros trabajos éste tu cautivo caballero! ¿No basta ya que he hecho que te confiesen por la más hermosa del mundo todos los caballeros de Navarra, todos los leoneses, todos los castellanos, y finalmente, todos los caballeros de la Mancha?

—Eso no, dijo á esta sazón Don Quijote; que yo soy de la Mancha, y nunca tal he confesado, ni podía ni debía confesar una cosa tan perjudicial á la belleza de mi señora; y este tal caballero, ya ves tú, Sancho, que desvaría. Pero escuchemos; quizá se declarará más.

—Sí hará, replicó Sancho; que término lleva de quejarse un mes arreo.»

Pero no fué así, porque habiendo entreoído el Caballero del Bosque que hablaban cerca dél, sin pasar adelante en su lamentación, se puso en pié, y dijo con voz sonora y comedida: «¿Quién va allá? ¿qué gente? ¿es por ventura del número de los contentos ó de los afligidos?

—De los afligidos, respondió Don Quijote.

—Pues lléguese á mí, respondió el del Bosque, y hará cuenta que se llega á la misma tristeza y á la aflicción misma.»

Don Quijote, que se vió responder tan tierna y comedidamente, se llegó á él, y Sancho ni más ni ménos.

El caballero lamentador asió á Don Quijote del brazo, diciendo: «Sentaos aquí, señor caballero; que para entender que lo sois, y de los que profesan la andante caballería, bástame el haberos hallado en este lugar, donde la soledad y el sereno os hacen compañía, naturales lechos y propias estancias de los caballeros andantes.»

Á lo que respondió Don Quijote: «Caballero soy de la profesión que decís; y aunque en mi alma tienen su propio asiento las tristezas, las desgracias y las desventuras, no por esto se ha ahuyentado della la compasión que tengo de las ajenas desdichas: de lo que cantastes poco há colegí que las vuestras son enamoradas, quiero

decir del amor que teneis á aquella hermosa ingrata, que en vuestras lamentaciones nombrastes.»

Ya, cuando esto pasaba, estaban sentados juntos sobre la dura tierra en buena paz y compañía, como si al romper del día no se hubieran de romper las cabezas.

«¿Por ventura, señor caballero, preguntó el del Bosque á Don Quijote, sois enamorado?

—Por desventura lo soy, respondió Don Quijote; aunque los daños que nacen de los bien colocados pensamientos, ántes se deben tener por gracias que por desdichas.

—Así es la verdad, replicó el del Bosque, si no nos turbasen la razón y el entendimiento los desdenes, que, siendo muchos, parecen venganzas.

—Nunca fuí desdeñado de mi señora, respondió Don Quijote.

—No por cierto, dijo Sancho, que allí junto estaba, porque es mi señora como una borrega mansa: es más blanda que una manteca.

—¿Es vuestro escudero éste? preguntó el del Bosque.

—Sí es, respondió Don Quijote.

—Nunca he visto yo escudero, replicó el del Bosque, que se atreva á hablar donde habla su

señor; á lo ménos, ahí está ese mío, que es tan grande como su padre, y no se probará que haya desplegado el labio donde yo hablo.

—Pues á fe, dijo Sancho, que he hablado yo, y puedo hablar delante de otro tan, y aún... Qué-dese aquí; que es peor meneallo.»

El escudero del Bosque asió por el brazo á Sancho, diciéndole: «Vámonos los dos donde podamos hablar escuderilmente todo cuanto qui-siéramos, y dejemos á estos señores amos nues-tros, que se den de las astas, contándose las his-torias de sus amores; que á buen seguro que les ha de coger el día en ellas, y no las han de ha-ber acabado.

—Sea en buena hora, dijo Sancho; y yo le diré á vuesa merced quién soy, para que vea si puedo entrar en docena con los más hablantes escuderos.»

Con esto, se apartaron los dos escuderos, en-tre los cuales pasó un tan gracioso coloquio, como fué grave el que pasó entre sus señores.

CAPÍTULO IV

DONDE SE PROSIGUE LA AVENTURA DEL CABALLERO DEL BOSQUE

ENTRE muchas razones que pasaron Don Quijote y el Caballero de la Selva, dice la historia que el del Bosque dijo á Don Quijote: «Finalmente, señor caballero, quiero que sepais que mi destino, ó por mejor decir, mi elección, me trujo á enamorar de la sin par Casildea de Vandalia; llámola sin par, porque no le tiene, así en la grandeza del cuerpo como en el extremo del estado y de la hermosura. Esta tal Casildea, pues, que voy contando, pagó mis buenos pensamientos y comedidos deseos con hacerme ocupar, en muchos y diversos peligros, prometiéndome al fin de cada uno que en el fin del otro llegaría el de mi esperanza; pero así se han ido eslabonando mis trabajos, que no tienen cuento, ni yo sé cuál ha de ser el último que dé principio al cumplimiento de mis buenos deseos. Una vez me mandó que fuese á desafiar á aquella famosa gigantea de Sevilla, llamada la Giral-

da, que es tan valiente y fuerte como hecha de bronce; y sin mudarse de un lugar, es la más movible y voltaria mujer del mundo. Llegué, víla y vencíla, y hícela estar queda y á raya, porque en más de una semana no soplaron sino vientos nortes. Vez también hubo que me mandó fuese á tomar en peso las antiguas piedras de los valientes toros de Guisando: empresa más para encomendarse á ganapanes que á caballeros. Otra vez me mandó que me precipitase y sumiese en la sima de Cabra [¡peligro inaudito y temeroso!], y que le trujese particular relación de lo que en aquella oscura profundidad se encierra. Detuve el movimiento á la Giralda, pesé los toros de Guisando, despeñéme en la sima y saqué á luz lo escondido de su abismo; y mis esperanzas muertas que muertas, y sus mandamientos y desdenes vivos que vivos. En resolución, últimamente me ha mandado que discurra por todas las provincias de España, y haga confesar á todos los andantes caballeros que por ellas vagaren, que ella sola es la más aventajada en hermosura de cuantas hoy viven, y que soy el más valiente y el más bien enamorado caballero del orbe; en cuya demanda he andado ya la mayor parte de España, y en ella he vencido muchos caballeros que se han atrevido á contra-

decirme; pero de lo que yo más me precio y ufano es de haber vencido en singular batalla á aquel tan famoso caballero, Don Quijote de la Mancha, y héchole confesar que es más hermosa mi Casildea que su Dulcinea; y en sólo este vencimiento hago cuenta que he vencido todos los caballeros del mundo; porque el tal Don Quijote que digo, los ha vencido á todos; y habiéndole yo vencido á él, su gloria, su fama y su honra se ha transferido y pasado á mi persona,

Y tanto el vencedor es más honrado,
Cuando más el vencido es reputado;

así que, ya corren por mi cuenta y son mías las innumerables hazañas del ya referido Don Quijote.»

Admirado quedó Don Quijote de oír al Caballero del Bosque, y estuvo mil veces por decirle que mentía, y ya tuvo el *mentis* en el pico de la lengua; pero reportóse lo mejor que pudo, por hacerle confesar por su propia boca su mentira, y así, sosegadamente le dijo: «De que vuesa merced, señor caballero, haya vencido á los más caballeros andantes de España y aún de todo el mundo, no digo nada; pero de que haya vencido á Don Quijote de la Mancha, póngolo en duda; podría ser que fuese otro que le pareciese, aunque hay pocos que le parezcan.

—¿Cómo no! replicó el del Bosque. Por el cielo que nos cubre, que peleé con Don Quijote, y le vencí y rendí; y es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, de bigotes grandes, negros y caídos; campea debajo del nombre del *Caballero de la Triste Figura*, y trae por escudero á un labrador llamado Sancho Panza, oprime el lomo y rige el freno de un famoso caballo, llamado Rocinante, y finalmente, tiene por señora de su voluntad á una tal Dulcinea del Toboso, llamada un tiempo Aldonza Lorenzo; como la mía, que por llamarse Casilda y ser de la Andalucía, yo la llamo Casildea de Vandalia. Si todas estas señas no bastan para acreditar mi verdad, aquí está mi espada, que le hará dar crédito á la misma incredulidad.

—Sosegaos, señor caballero, dijo Don Quijote, y escuchad lo que deciros quiero. Habeis de saber que ese Don Quijote que decís, es el mayor amigo que en este mundo tengo, y tanto, que podré decir que le tengo en lugar de mi misma persona; y que por las señas que dél me habeis dado, tan puntuales y ciertas, no puedo pensar sino que sea el mismo que habeis vencido; por otra parte, veo con los ojos y toco con las manos

no ser posible ser el mismo; si ya no fuese que, como él tiene muchos enemigos encantadores, especialmente uno que de ordinario le persigue, no haya alguno dellos tomado su figura para dejarse vencer, por defraudarle de la fama que sus altas caballerías le tienen granjeada y adquirida por todo lo descubierto de la tierra; y para confirmación desto, quiero tambien que sepais que los tales encantadores sus contrarios, no há más de diez horas que transformaron la figura y persona de la hermosa Dulcinea del Toboso en una aldeana soez y baja, y desta manera habrán transformado á Don Quijote; y si todo esto no basta para enteraros en esta verdad que digo, aquí está el mismo Don Quijote, que la sustentará con sus armas á pié ó á caballo, ó de cualquiera suerte que os agradare.»

Y diciendo esto, se levantó en pié y empuñó la espada, esperando qué resolución tomaría el Caballero del Bosque, el cual con voz asimismo sosegada respondió y dijo: «Al buen pagador no le duelen prendas. El que una vez, señor Don Quijote, pudo venceros transformado, bien podrá tener esperanza de rendiros en vuestro propio sér; mas, porque no es bien que los caballeros hagan sus fechos de armas á oscuras, como los salteadores y rufianes, esperemos el día, para

que el sol vea nuestras obras; y ha de ser condición de nuestra batalla, que el vencido ha de quedar á la voluntad del vencedor, para que haga dél todo lo que quisiere, con tal que sea decente á caballero lo que se le ordenare.

—Soy más que contento desa condición y convenencia», respondió Don Quijote; y en diciendo esto, se fueron donde estaban sus escuderos, y los hallaron roncando. Despertáronlos y mandáronles que tuviesen á punto los caballos, porque, en saliendo el sol, habían de hacer los dos una sangrienta, singular y desigual batalla; á cuyas nuevas quedó Sancho atónito y pasmado, temeroso de la salud de su amo, por las valentías que habia oído decir del suyo al escudero del Bosque; pero, sin hablar palabra, se fueron los dos escuderos á buscar su ganado; que ya todos tres caballos y el Rucio se habían olido, y estaban todos juntos.

En el camino dijo el del Bosque á Sancho: «Ha de saber, hermano, que tienen por costumbre los peleantes de la Andalucía, cuando son padrinos de alguna pendencia, no estarse ociosos, mano sobre mano, en tanto que sus ahijados riñen: dígolo, porque esté advertido que mientras nuestros dueños riñeren, nosotros tambien hemos de pelear y hacernos astillas.

—Esa costumbre, señor escudero, respondió Sancho, allá puede correr y pasar con los rufianes y peleantes que dice; pero con los escuderos de los caballeros andantes, ni por pienso; á lo ménos yo no he oído decir á mi amo semejante costumbre, y sabe de memoria todas las ordenanzas de la andante caballería; hay más, que me imposibilita el reñir el no tener espada, pues en mi vida me la puse.

—Para eso sé yo un buen remedio, dijo el del Bosque: yo traigo aquí dos talegas de lienzo de un mesmo tamaño; tomareis vos la una, y yo la otra, y reñiremos á talegazos, con armas iguales.

—Desa manera, sea en buen hora, respondió Sancho; porque ántes servirá la tal pelea de despolvorearnos que de herirnos.

—No ha de ser así, replicó el otro, porque se han de echar dentro de las talegas, porque no se las lleve el aire, media docena de guijarros, limpios y pelados, que pesen tanto los unos como los otros; y desta manera, nos podremos atalegar, sin hacernos mal ni daño.

—Mirad ¡cuerpo de mi padre! respondió Sancho, ¡qué martas cebollinas ó qué copos de algodón cardado pone en las talegas, para no quedar molidos los cascós y hechos alheña los huesos!

Pero aunque se llenaran de capullos de seda, sepa, señor mío, que no he de pelear; peleen nuestros amos, y allá se lo hayan, y bebamos y vivamos nosotros; que el tiempo tiene cuidado de quitarnos las vidas, sin que andemos buscando arbitrios para que se acaben ántes de llegar su sazón y término, y que se cayan de maduras.

—Con todo, replicó el del Bosque, hemos de pelear siquiera media hora.

—Eso no, respondió Sancho; no seré yo tan descortés ni tan desagradecido, que con quien he comido y he bebido trabe cuestión alguna, por mínima que sea; cuanto más, que, estando sin cólera y sin enojo, ¿quién diablos se ha de amañar á reñir á secas!

—Para eso, dijo el del Bosque, yo daré suficiente remedio, y es, que ántes que comencemos la pelea, yo me llegaré bonitamente á vuesa merced y le daré tres ó cuatro bofetadas, que dé con él á mis piés; con las cuales le haré despertar la cólera, aunque esté con más sueño que un liron.

—Contra ese corte sé yo otro, respondió Sancho, que no le va en zaga: cogeré yo un garrote, y ántes que vuesa merced llegue á despertarme la cólera, haré yo dormir á garrotazos de tal suerte la suya, que no despierte si no fuere en

el otro mundo, en el cual se sabe que no soy yo hombre que me dejó manosear el rostro de nadie: y cada uno mire por el virote... aunque lo más acertado sería dejar dormir su cólera á cada uno; que no sabe nadie el alma de nadie, y tal suele venir por lana que vuelve trasquilado, y Dios bendijo la paz y maldijo las riñas; porque si un gato acosado, encerrado y apretado, se vuelve en leon, yo, que soy hombre, Dios sabe en lo que podré volverme; y así, desde ahora intimo á vuesa merced, señor escudero, que corra por su cuenta todo el mal y daño que de nuestra pendencia resultare.

— Está bien, replicó el del Bosque; amanecerá Dios y medraremos.»

CAPÍTULO V

EN EL QUE SE DA CUENTA DEL FIN QUE TUVO LA SINGULAR BATALLA HABIDA ENTRE EL CABALLERO DEL BOSQUE Y NUESTRO DON QUIJOTE.

EN esto ya comenzaban á gorjear en los árboles mil suertes de pintados pajarillos, y en sus diversos y alegres cantos parecía que daban la norabuena y saludaban á la fresca aurora, que ya por las puertas y balcones del Oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de líquidas perlas, en cuyo suave licor bañándose las yerbas, los sauces destilaban maná sabroso, reíanse las fuentes, murmuraban los arroyos, alegrábanse las selvas, y enriquecíanse los prados con su venida.

Mas apénas dió lugar la claridad del día para ver y diferenciar las cosas, cuando la primera que se ofreció á los ojos de Sancho Panza fué la nariz del escudero del Bosque, que era tan grande, que casi le hacia sombra á todo el cuerpo. Cuéntase en efecto, que era de demasiada gran-

deza, corva en la mitad y toda llena de berrugas, de color amoratado, como de berengena; bajábale dos dedos más abajo de la boca; cuya grandeza, color, berrugas y encorvamiento así le afeaban el rostro, que en viéndole Sancho, y propuso en su corazón de dejarse dar docientas bofetadas ántes que despertar la cólera para reñir con aquel vestiglo. Don Quijote miró á su contendor, y hallóle ya puesta y calada la celada, de modo que no le pudo ver el rostro; pero notó que era hombre membrudo y no muy alto de cuerpo. Sobre las armas traía una sobrevesta ó casaca de una tela, al parecer de oro finísimo, sembradas por ella muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos, que le hacían en grandísima manera galán y vistoso; volábanle sobre la celada grande cantidad de plumas verdes, amarillas y blancas; la lanza, que tenía arrimada á un árbol, era grandísima y gruesa, y de un hierro acerado de más de un palmo.

Todo lo miró y todo lo notó Don Quijote; y juzgó de lo visto y mirado que el ya dicho caballero debía de ser de grandes fuerzas; pero no por eso temió, como Sancho Panza; ántes con gentil denuedo dijo al caballero de los Espejos: «Si la mucha gana de pelear, señor caballero, no os gasta la cortesía, por ella os pido que alceis

la visera un poco, porque yo vea si la gallardía de vuestro rostro responde á la de vuestra disposición.

—Ó vencido ó vencedor que salgais desta empresa, señor caballero, respondió el de los Espejos, os quedará tiempo y espacio demasiado para verme; y advertid, señor caballero, que la condición de nuestra batalla es, que el vencido, como otra vez he dicho, ha de quedar á discreción del vencedor.

—Ya la sé, respondió Don Quijote, con tal que lo que se le impusiere y mandare al vencido han de ser cosas que no salgan de los límites de la caballería.

—Así se entiende», respondió el de los Espejos.

Ofreciéronsele en esto á la vista de Don Quijote las extrañas narices del escudero, y no se admiró ménos de verlas que Sancho.

Este que vió partir á su amo para tomar carrera, no quiso quedar solo con el narigudo, temiendo que con solo un pasagonzalo con aquellas narices en las suyas, sería acabada la pendencia suya, quedando, del golpe ó del miedo, tendido en el suelo; y fuese tras su amo, asido á Rocinante; y cuando le pareció que ya era tiempo que que volviese, le dijo: «Suplico á vuesa mer-

ced, señor mío, que ántes que vuelva á encontrarse, me ayude á subir sobre aquel alcornoque, de donde podré ver más á mi sabor, mejor que desde el suelo, el gallardo encuentro que vuesa merced ha de hacer con este caballero.

—Antes creo, Sancho, dijo Don Quijote, que te quieres encaramar y subir en andamio, por ver sin peligro los toros.

—La verdad que diga, respondió Sancho, las desaforadas narices de aquel escudero me tienen atónito y lleno de espanto, y no me atrevo á estar junto á él.

—Ellas son tales, dijo Don Quijote, que, á no ser yo quien soy, también me asombraran; y así, ven, ayudarte he á subir donde dices.»

En lo que se detuvo Don Quijote á que Sancho subiese en el alcornoque, tomó el de los Espejos del campo lo que le pareció necesario; y Don Quijote, que le pareció que ya su enemigo venía volando, arrimó reciamente las espuelas á las trasijadas ijadas de Rocinante, y le hizo aguijar de manera, que cuenta la historia que esta sola vez se conoció haber corrido algo, porque todas las demás siempre fueron trotes declarados; y con esta no vista furia llegó donde el de los Espejos estaba, hincando á su caballo las espuelas hasta los botones, sin que le pudiese mo-

ver un solo dedo del lugar donde había hecho estanco de su carrera. En esta buena sazón y coyuntura halló Don Quijote á su contrario, embarazado con su caballo y ocupado con su lanza, que nunca ó no acertó ó no tuvo lugar de ponerla en ristre. Don Quijote, que no miraba en estos inconvenientes, á salvamano y sin peligro alguno encontró al de los Espejos con tanta fuerza, que mal de su grado le hizo venir al suelo por las ancas del caballo, dando tal caída, que sin mover pié ni mano, dió señales de que estaba muerto.

Apénas le vió caído Sancho, cuando se deslizó del alcornoque, y á toda priesa vino donde su señor estaba; el cual, apeándose de Rocinante, fué sobre el de los Espejos, y quitándole las lazadas del yelmo, para ver si era muerto, y para que le diese el aire si acaso estaba vivo, vió... ¿Quién podrá decir lo que vió, sin causar admiración, maravilla y espanto á los que lo oyeren!

¡Vió, dice la historia, el rostro mismo, la misma figura, el mismo aspecto, la misma fisonomía, la misma efigie, la perspectiva misma del Bachiller Sanson Carrasco! Y así como la vió, en altas voces dijo: «Acude, Sancho, y mira lo que has de ver y no lo has de creer; aguija, hijo, y

advierde lo que puede la magia, lo que pueden los hechiceros y los encantadores.»

Llegó Sancho, y como vió el rostro del Bachiller Carrasco, comenzó á hacerse mil cruces y á santiguarse otras tantas. En todo esto no daba muestras de estar vivo el derribado caballero, y Sancho dijo á Don Quijote: «Soy de parecer, señor mío, que, por sí ó por no, vuesa merced hínque y meta la espada por la boca á éste que parece el Bachiller Sanson Carrasco; quizá matará en él á alguno de sus enemigos los encantadores.

—No dices mal, dijo Don Quijote, porque de los enemigos los ménos»; y sacando la espada para poner en efecto el aviso y consejo de Sancho, llegó el escudero del de los Espejos, ya sin las narices que tan feo le habían hecho, y á grandes voces dijo: «Mire vuesa merced lo que hace, señor Don Quijote; que ése que tiene á los piés es el Bachiller Sanson Carrasco, su amigo, y yo soy su escudero.» Y viéndole Sancho sin aquella fealdad primera, le dijo: «¿Y las narices?»

A lo que él responndió: «Aquí las tengo en la faldriquera»; y echando mano á la derecha, sacó unas narices de pasta y barniz, y mirándole más y más Sancho, con voz admirativa y grande

dijo: «¡Santa María, y valme! Este ¿no es Tomé Cecial, mi vecino y mi compadre!

—Y ¡cómo si lo soy! respondió el ya desnarigado escudero: Tomé Cecial soy, compadre y amigo Sancho Panza; y luego os diré los embustes y enredos por donde soy aquí venido; y en tanto pedid y suplicad al señor vuestro amo que no toque, maltrate, hiera ni mate al Caballero de los Espejos, que á sus piés tiene; porque sin duda alguna es el atrevido y mal aconsejado Bachiller Sanson Carrasco.»

En esto volvió en sí el de los Espejos; lo cual visto por Don Quijote, le puso la punta desnuda de su espada encima del rostro y le dijo: «Muerto sois, caballero, si no confesais que la sin par Dulcinea del Toboso se aventaja en belleza á vuestra Casildea de Vandalia; y demás de esto, habeis de prometer, si de esta contienda y caída quedáredes con vida, de ir á la ciudad del Toboso, y presentaros en su presencia, de mi parte, para que haga de vos lo que más en voluntad le viniere; y si os dejare en la vuestra, asimismo habeis de volver á buscarme [que el rastro de mis hazañas os servirá de guía que os traiga donde yo estuviere], y á decirme lo que con ella hubiéredes pasado: condiciones que, conforme á las que pusimos ántes de nuestra bata-



Muerto sois, caballero, si no confesáis que la sin par Dulcinea ...

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

lla, no salen de los términos de la andante caballería.

—Confieso, dijo el caído Caballero, que vale más el zapato descosido y sucio de la señora Dulcinea del Toboso, que las barbas mal peinadas, aunque limpias, de Casildea; y prometo de ir y volver de su presencia á la vuestra, y daros entera y particular cuenta de lo que me pedís.

—Tambien habeis de confesar y creer, añadió Don Quijote, que aquel caballero que vencistes no fué ni pudo ser Don Quijote de la Mancha, sino otro que se le parecía, como yo confieso y creo que vos, aunque pareceis el Bachiller Sanson Carrasco, no lo sois, sino otro que le parece, y que, en su figura, aquí me la han puesto mis enemigos, para que detenga y temple el ímpetu de mi cólera y para que use blandamente de la gloria del vencimiento.

—Todo lo confieso, juzgo y siento como vos lo creéis, juzgais y sentís, respondió el derrenegado caballero; dejadme levantar, os ruego, si es que lo permite el golpe de mi caída, que asaz maltrecho me tiene.»

Ayudóle á levantar Don Quijote y Tomé Cecial, ó su escudero, del cual no apartaba los ojos Sancho, preguntándole cosas, cuyas respuestas le daban manifiestas señales de que verdadera-

mente era el Tomé Cecial que decía; mas la aprensión que en Sancho había hecho lo que su amo dijo, de que los encantadores habían mudado la figura del Caballero de los Espejos en la del Bachiller Carrasco, no le dejaba dar crédito á la verdad que con los ojos estaba mirando. Finalmente, se quedaron con este engaño amo y mozo; y el de los Espejos y su escudero, mohinos y malandantes, se apartaron de Don Quijote y Sancho, con intención aquél de buscar algun lugar donde bizmarse y entablarse las costillas.

CAPÍTULO VI

DONDE SE DECLARA EL ÚLTIMO EXTREMO ADONDE LLEGÓ EL INAUDITO ÁNIMO DE DON QUIJOTE, CON LA FELIZMENTE ACABADA AVENTURA DE LOS LEONES.

CONTENTO y ufano Don Quijote por la victoria alcanzada sobre el Caballero de los Espejos—el cual no era otro que el Bachiller, quien puesto de acuerdo con el Cura y el barbero, se había valido del desafío para hacer volver á nuestro hidalgo á su aldea; buen propósito que había parado en mal de sus costillas—prosiguió nuestro andante su ruta hacia Zaragoza, haciendo amistad en el camino, con el Caballero del Verde Gabán, quien dijo llamarse Don Diego de Miranda y mostró ser persona de gran corrección y sano juicio. Así los dos Caballeros en conversación y Sancho entrometiéndose ó escuchando, iban haciendo su camino].

Sancho se había desviado del camino á pedir un poco de leche á unos pastores, que allí junto estaban ordeñando unas ovejas, cuando alzando Don Quijote la cabeza, vió que por el

camino por donde ellos iban, venía un carro adornado de banderas reales, y creyendo que debía de ser alguna nueva aventura, á grandes voces llamó á Sancho que viniese á darle la celada.

Sancho que estaba comprando unos reque-sones que los pastores le vendían, acosado de la mucha priesa de su amo, no supo qué hacer de ellos ni en qué traerlos; y por no perderlos [que ya los tenía pagados], acordó de echarlos en la celada de su señor, y con este buen recado volvió á ver lo que le quería; el cual, en llegando, le dijo: «Dame, amigo, esa celada; que yo sé poco de aventuras, ó lo que allí descubro es alguna que me ha de necesitar y me necesita á tomar mis armas.»

El del Verde Gabán, que esto oyó, tendió la vista por todas partes, y no descubrió otra cosa que un carro que hacía ellos venía con dos ó tres banderas pequeñas, que le dieron á entender que el tal carro debía de traer hacienda de su Majestad, y así se lo dijo á Don Quijote; pero él no le dió crédito, siempre creyendo y pensando que todo lo que le sucediese habían de ser aventuras y más aventuras, y así respondió al hidalgo: «Hombre apercebido, medio combatido. No se pierde nada en que yo me aperciba; que

sé por experiencia que tengo enemigos visibles é invisibles, y no sé cuándo, ni adónde, ni en qué tiempo, ni en qué figuras me han de acometer»; y volviéndose á Sancho, le pidió la celada; al cual, como no tuvo lugar de sacar los requesones, le fué forzoso dársela como estaba. Tomóla Don Quijote, y sin que echase de ver lo que dentro venía, con toda priesa se la encajó en la cabeza, y como los requesones se apretaron y exprimieron, comenzó á correr el suero por todo el rostro y barbas de Don Quijote, de lo que recibió tal susto, que dijo á Sancho: «¿Qué será esto, Sancho, que parece que se ablandan los cascos, ó se me derriten los sesos, ó que sudo de los piés á la cabeza! Y si es que sudo, en verdad que no es de miedo. Sin duda creo que es terrible la aventura que agora quiere sucederme. Dame, si tienes, con qué me limpie; que el copioso sudor me ciega los ojos.»

Calló Sancho y dióle un paño, y dió con él gracias á Dios de que su señor no hubiese caído en el caso. Limpióse Don Quijote, y quitóse la celada por ver qué cosa era la que á su parecer le enfriaba la cabeza, y viendo aquellas gachas blancas dentro de la celada, las llegó á las narices, y en oliéndolas, dijo: «¡Por vida de mi señora Dulcinea del Toboso, que son requesones

los que aquí me has puesto, traidor, bergante y mal mirado escudero!»

A lo que con gran flema y disimulación respondió Sancho: «Si son requesones, démelos vuesa merced, que yo me los comeré... pero cómalos el diablo, que debió de ser el que ahí los puso. ¡Yo había de tener atrevimiento de ensuciar el yelmo de vuesa merced! ¡Halládole habeis el atrevido! A la fe, señor, á lo que Dios me da á entender, tambien debo yo de tener encantadores que me persiguen, como á hechura y miembro de vuesa merced; y habrán puesto ahí esa inmundicia para mover á cólera su paciencia, y hacer que me muela, como suele, las costillas. Pues en verdad que esta vez han dado salto en vago; que yo confio en el buen discurso de mi señor, que habrá considerado que ni yo tengo requesones, ni leche, ni otra cosa que lo valga; y que si la tuviera, ántes la pusiera en mi estómago que en la celada.

—Todo puede ser», dijo Don Quijote. Y todo lo miraba el hidalgo, y de todo se admiraba, especialmente cuando, despues de haberse limpiado Don Quijote cabeza, rostro y barbas y celada, se la encajó, y afirmándose bien en los estribos, requiriendo la espada y asiendo la lanza, dijo: «Ahora venga lo que viniere; que aquí es-

toy con ánimo de tomarme con el mesmo Sata-nás en persona.»

Llegó en esto el carro de las banderas, en el cual no venía otra gente que el carretero en las mulas y un hombre sentado en la delantera.

Púsose Don Quijote delante y dijo: «¿Adónde vais, hermanos? ¿qué carro es este? ¿qué lleváis en él? y ¿qué banderas son aquestas?»

A lo que respondió el carretero: «El carro es mio; lo que va en él son dos bravos leones enjaulados, que el general de Orán envía á la Corte, presentados á su Majestad; las banderas son del Rey, nuestro señor, en señal que aquí va cosa suya.

—Y ¿son grandes los leones? preguntó Don Quijote.

—Tan grandes, respondió el hombre que iba á la puerta del carro, que no han pasado mayores ni tan grandes de Africa á España jamas; y yo soy el leonero, y he pasado otros; pero como éstos, ninguno. Son hembra y macho: el macho va en esta jaula primera, y la hembra en la de atras, y ahora van hambrientos, porque no han comido hoy; y así, vuesa merced se desvíe; que es menester llegar presto donde les demos de comer.»

A lo que dijo Don Quijote, sonriéndose un

poco: «Leoncitos á mí! ¿A mí leoncitos, y á tales horas! Pues, por Dios, que han de ver esos señores que acá los envían, si soy yo hombre que se espanta de leones. Apeaos, buen hombre; y pues sois el leonero, abrid esas jaulas y echadme esas bestias fuera; que en mitad desta campaña les daré á conocer quién es Don Quijote de la Mancha, á despecho y pesar de los encantadores que á mí los envían.

—Ta, ta, dijo á esta sazón entre sí el hidalgo: dado ha señal de quién es nuestro buen caballero: los requesones sin duda le han ablandado los cascós y madurado los sesos.»

Llegóse en esto á él Sancho y díjole: «Señor, por quien Dios es, que vuesa merced haga de manera que mi señor Don Quijote no se tome con estos leones; que si se toma, aquí nos han de hacer pedazos á todos.

—Pues ¿tan loco es vuestro amo, respondió el hidalgo, que temeis y creéis que se ha de tomar con tan fieros animales!

—No es loco, respondió Sancho, sino atrevido.

—Yo haré que no lo sea», replicó el hidalgo; y llegándose á Don Quijote, que estaba dando prisa al leonero que abriese las jaulas, le dijo: «Señor caballero, los caballeros andantes han de

acometer las aventuras que prometen esperanza de salir bien dellas, y no aquellas que de todo en todo la quitan; porque la valentía que se entra en la jurisdicción de la temeridad, más tiene de locura que de fortaleza; cuanto más que estos leones no vienen contra vuesa merced, ni lo sueñan; van presentados á su Majestad, y no será bien detenerlos, ni impedirles su viaje.

—Váyase vuesa merced, señor hidalgo, respondió Don Quijote, y deje á cada uno hacer su oficio; éste es el mío, y yo sé si vienen á mí ó no estos señores leones»; y volviéndose al leonero, le dijo: «¡Voto á tal, don bellaco, que si no abris, luego, luego, las jaulas, que con esta lanza os he de coser con el carro.»

El carretero, que vió la determinación de aquella armada fantasma, le dijo: «Señor mío, vuesa merced sea servido, por caridad, dejarme desuncir las mulas, y ponerme en salvo con ellas ántes que se desenvainen los leones; porque si me las matan, quedaré rematado para toda mi vida; que no tengo otra hacienda sino este carro y estas mulas.

—¡Oh hombre de poca fel respondió Don Quijote; apéate y desunce, y haz lo que quisieres; que presto verás que trabajaste en vano, y que pudieras ahorrar desta diligencia.»

Apeóse el carretero y desunció á gran priesa, y el leonero dijo á grandes voces: «Séanme testigos cuantos aquí están cómo contra mi voluntad y forzado abro las jaulas y suelto los leones, y de que protesto á este señor que todo el mal y daño que estas bestias hicieren corra y vaya por su cuenta, con más mis salarios y derechos. Vuestras mercedes, señores, se pongan en cobro ántes que abra; que yo seguro estoy que no me han de hacer daño.»

Otra vez le propuso el hidalgo que no hiciese locura semejante; que era tentar á Dios acometer tal disparate. A lo que respondió Don Quijote que él sabía lo que hacía.

Respondióle el hidalgo que lo mirase bien; que él entendía que se engañaba.

«Ahora, señor, replicó Don Quijote, si vuesa merced no quiere ser oyente desta, que, á su parecer, ha de ser tragedia, póngase en salvo.»

Oido lo cual por Sancho, con lágrimas en los ojos le suplicó desistiese de tal empresa, en cuya comparación habían sido tortas y pan pintado la de los molinos de viento y la temerosa de los batanes, y finalmente todas las hazañas que había acometido en todo el discurso de su vida. «Mire, señor, decía Sancho, que aquí no hay encanto ni cosa que lo valga; que yo he visto por

entre las verjas y resquicios de la jaula una uña de león verdadero, y saco por ella que el tal león, cuya debe de ser la tal uña, es mayor que una montaña.

—El miedo, á lo ménos, respondió Don Quijote, te le hará parecer mayor que la mitad del mundo. Retírate, Sancho, y déjame; y si aquí muriere, ya sabes nuestro antiguo concierto: acudirás á Dulcinea... y no te digo más.»

A estas añadió otras razones, con que quitó las esperanzas de que no había de dejar de proseguir su desvariado intento. Viendo, pues, el leonero que ya los que iban huyendo estaban bien desviados, tornó á requerir y á intimar á Don Quijote lo que ya le había requerido é intimado; el cual respondió que lo oía, y que no se curase de más intimaciones y requerimientos; que todo sería de poco fruto... y que se diese prisa.

En el espacio que tardó el leonero en abrir la jaula primera, estuvo considerando Don Quijote si sería bien hacer la batalla ántes á pié que á caballo; y en fin, se determinó de hacerla á pié, temiendo que Rocinante se espantaría con la vista de los leones: por esto saltó del caballo, arrojó la lanza y embrazó el escudo, y desenvainando la espada, paso ante paso, con maravillo-

so desnudo y corazón valiente, se fué á poner delante del carro, encomendándose á Dios de todo corazón, y luego á su señora Dulcinea.

Habiendo visto el leonero ya puesto en postura á Don Quijote, y que no podía dejar de soltar al león macho, so pena de caer en la desgracia del indignado y atrevido caballero, abrió de par en par la primera jaula, donde estaba, como se ha dicho, el león, el cual pareció de grandeza extraordinaria y de espantable y fea catadura. Lo primero que hizo fué revolverse en la jaula, donde venía echado, y tender la garra y despe rezarse todo; abrió luego la boca y bostezó muy despacio, y con casi dos palmos de lengua, que sacó fuera, se despolvoreó los ojos y se lavó el rostro; hecho esto, sacó la cabeza fuera de la jaula y miró á todas partes con los ojos hechos brasas: vista y ademan para poner espanto á la misma temeridad. Sólo Don Quijote lo miraba atentamente, deseando que saltase ya del carro y viniese con él á las manos, entre las cuales pensaba hacerle pedazos

Hasta aquí llegó el extremo de su jamas vista locura. Pero el generoso león, más comedido que arrogante, no haciendo caso de niñerías ni de bravatas, después de haber mirado á una y á otra parte, como se ha dicho, volvió las espaldas

y enseñó sus traseras partes á Don Quijote, y con gran flema y remanso se volvió á echar en la jaula; viendo lo cual Don Quijote, mandó al leonero que le diese de palos, y le irritase para echarle fuera.

«Eso no haré yo, respondió el leonero, porque si yo le instigo, el primero á quien hará pedazos, será á mismo. Vuesa merced, señor caballero, se contente con lo hecho, que es todo lo que puede decirse en género de valentía, y no quiera tentar segunda fortuna. El león tiene abierta la puerta; en su mano está salir ó no salir; pero pues no ha salido hasta ahora, no saldrá en todo el día: la grandeza del corazón de vuesa merced ya está bien declarada. Ningun bravo peleante, segun á mí se me alcanza, está obligado á más que á desafiar á su enemigo y esperarle en campaña; y si el contrario no acude, en él se queda la infamia, y el esperante gana la corona del vencimiento.

—Así es verdad, respondió Don Quijote; cierra, amigo, la puerta, y dame por testimonio, en la mejor forma que pudieres, lo que aquí me has visto hacer; conviene á saber, cómo tú abriste al león, yo le esperé, él no salió, volvíle á esperar, volvió á no salir, y volvióse á acostar. No debo más; y encantos afuera, y Dios ayude á la razón

y á la verdad, y á la verdadera caballería; y cierra, como he dicho, en tanto que hago señas á los huidos y ausentes, para que sepan de tu boca esta hazaña.»

Hízolo así el leonero, y Don Quijote poniendo en la punta de la lanza el lienzo con que se había limpiado el rostro de la lluvia de los requesones, comenzó á llamar á los que no dejaban de huir ni de volver la cabeza á cada paso, todos en tropa y antecogidos del hidalgo; pero alcanzando Sancho á ver la señal del blanco paño, dijo: «Que me maten si mi señor no ha vencido á las fieras bestias, pues nos llama.»

Detuviéronse todos, y conocieron que el que hacía las señas era Don Quijote; y perdiendo alguna parte del miedo, poco á poco se vinieron acercando, hasta donde claramente oyeron las voces de Don Quijote, que los llamaba.

Finalmente, volvieron al carro; y en llegando, dijo Don Quijote al carretero: «Volved, hermano, á uncir vuestras mulas y á proseguir vuestro viaje; y tú, Sancho, dale dos escudos de oro para él y para el leonero, en recompensa de lo que por mí se han detenido.

—Esos daré yo de muy buena gana, respondió Sancho; pero ¿qué se han hecho los leones? ¿son muertos ó vivos?»

Entónces el leonero, menudamente y por sus pausas, contó el fin de la contienda, exagerando como él mejor pudo y supo, el valor de Don Quijote, de cuya vista el león acobardado, no quiso ni osó salir, puesto que había tenido un buen espacio abierta la puerta de la jaula; y que por haber él dicho á aquel caballero que era tentar á Dios irritar al león para que por fuerza saliese, como él quería que se le irritase, mal de su grado y contra toda su voluntad, había permitido que la puerta se cerrase.

«¿Qué te parece desto, Sancho! dijo Don Quijote: ¿hay encantos que valgan contra la verdadera valentía? Bien podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo será imposible.»

Dió los escudos Sancho, unció el carretero, besó las manos el leonero á Don Quijote por la merced recebida, y prometióle de contar aquella valerosa hazaña al mismo Rey, cuando en la Corte se viese.

«Pues si acaso su Majestad preguntare quién la hizo, direisle, que el CABALLERO DE LOS LEONES; que de aquí adelante quiero que en éste se trueque, cambie, vuelva y mude el que hasta aquí he tenido del *Caballero de la Triste Figura*; y

en esto sigo la antigua usanza de los andantes caballeros, que se mudaban los nombres cuando querían ó cuando les venía á cuento.»

CAPÍTULO VII

DE LA GRACIOSA AVENTURA QUE LE SUCEDIÓ Á NUESTRO CABALLERO CON UN TITIRITERO Y SU RETABLO.

DON Quijote y Sancho pasaron cuatro días bien regalados en casa de Don Diego de Miranda y después, tras mútuos ofrecimientos se partieron. El día que siguió á su partida llegaron á un lugar donde habían de celebrarse unas bodas, entre Camacho el rico y Quiteria la hermosa á despecho de Basilio el pobre, de las cuales ya les habían dado algunas noticias unos caminantes que hallaron en su camino. Fueron las tales bodas un derroche de riqueza labradoresca, con músicas, danzas y representaciones y, sobre todo, con una abundancia tan enorme de manjares, que confundieron el apetito del tragón de Sancho. Al fin resultó que Basilio con sus mañas, logró casarse con Quiteria, burlando á Camacho, y como Don Quijote púsose de parte del esposo inesperado, éste con sus amigos llevaronle á su casa para festejarle. Tres días después, Don Quijote y Sancho con un guía, que les pro-

porcionaron, fueron á la cueva de Montesinos, donde se hizo bajar nuestro caballero, y aunque le subieron dormido, tales cosas, dijo después, haber visto y tocado, que ni la creyó jamás el mismo Sancho. Al anochecer de aquel día llegaron á una venta y en ella hallaron un arriero con un macho cargado de lanzas y alabardas, y este arriero, á ruegos de Don Quijote, intrigado por aquellas armas, contó el motivo de tal armamento, que era el de haber de servir á poco para que un pueblo se peleara con otro cercano, cuyos vecinos se mofaban de los de aquel, llamándoles «del pueblo del rebuzno», por un gracioso suceso que hubo entre dos regidores de aquel lugar, los cuales se fueron por el monte á buscar un amo á fuerza de rebuznos. Al terminar el arriero su explicación entró en la venta un titerero con su retablo y un mono y convidó á los presentes á presenciar sus maravillas.]

Llegó Maese Pedro á buscar á Don Quijote y decirle que ya estaba en orden el retablo; que su merced viniese á verle, porque lo merecía.

Obedecieronle Don Quijote y Sancho, y vinieron donde ya estaba el retablo puesto y descubierta, lleno por todas partes de candelillas de cera encendidas, que le hacían vistoso y resplandeciente. En llegando, se metió Maese Pedro

dentro dél, que era el que había de manejar las figuras del artificio, y fuera se puso un muchacho, criado del Maese Pedro, para servir de intérprete y declarador de los misterios del tal retablo; tenía una varilla en la mano, con que señalaba las figuras que salían. Puestos, pues, todos cuantos había en la venta, y algunos en pié, frontero del retablo, y acomodados Don Quijote y Sancho, en los mejores lugares, se oyeron sonar en el retablo cantidad de atabales y trompetas y dispararse mucha artillería, cuyo rumor pasó en tiempo breve, y luego alzó la voz el muchacho, y dijo: «Esta verdadera historia que aquí á vuesas mercedes se representa, es sacada al pié de la letra de las corónicas francesas, y de los romances españoles, que andan en boca de las gentes y de los muchachos por esas calles. Trata de la libertad que dió el señor don Gaiféros á su esposa Melisendra, que estaba cautiva en España, en poder de moros, en la ciudad de Sansueña, que así se llamaba entónces la que hoy se llama Zaragoza. Y vean vuesas mercedes allí cómo está jugando á las tablas don Gaiféros, segun aquello que se canta:

Jugando está á las tablas don Gaiféros;
Que ya de Melisendra está olvidado.

Y aquel personaje que allí asoma, con corona en la cabeza y cetro en las manos, es el emperador Carlo Magno, padre putativo de la tal Melisendra, el cual, mohino de ver el ocio y descuido de su yerno, le sale á reñir; y adviertan con la vehemencia y ahinco que le riñe, que no parece sino que le quiere dar con el cetro media docena de coscorriones; y aún hay autores que dicen que se los dió, y muy bien dados; y despues de haberle dicho muchas cosas acerca del peligro que corría su honra en no procurar la libertad de su esposa, dicen que le dijo:

Harto os he dicho, miradlo.

Miren vuestas mercedes tambien cómo el Emperador vuelve las espaldas y deja despechado á don Gaiféros, el cual ya ven cómo arroja, impaciente de la cólera, léjos de sí el tablero y las tablas, y pide apriesa las armas, y á don Roldan, su primo, pide prestada su espada, y cómo don Roldan no se la quiere prestar, ofreciéndole su compañía en la difícil empresa en que se pone; pero el valeroso enojado no lo quiere aceptar; ántes dice que él solo es bastante para sacar á su esposa, si bien estuviese metida en el más hondo centro de la tierra; y con esto se entra á armar, para ponerse luego en camino. Vuelvan vuestas mercedes los ojos á aquella torre que allí

parece, que se presupone que es una de las torres del alcázar de Zaragoza, y aquella dama que en aquel balcón parece, vestida á lo moro, es la sin par Melisendra, que desde allí muchas veces se ponía á mirar el camino de Francia, y puesta la imaginación en París, y en su esposo, se consolaba en su cautiverio. Miren tambien un nuevo caso que ahora sucede, quizá no visto jamás. ¿No ven aquel moro que callandico y pasito á paso, puesto el dedo en la boca, se llega por las espaldas de Melisendra? Pues miren cómo la da un beso en mitad de los labios, y la priesa que ella se da á escupir y á limpiárselos con la blanca manga de su camisa, y cómo se lamenta y se arranca de pesar sus hermosos cabellos, como si ellos tuvieran la culpa del maleficio. Miren tambien cómo aquel grave moro, que está en aquellos corredores, es el rey Marsilio de Sansueña, el cual por haber visto la insolencia del moro, puesto que era un pariente y gran privado suyo, le mandó luego prender y que le den docientos azotes, llevándole por las calles acostumbradas de la ciudad, con chilladores delante y envaramiento detrás.

Esta figura que aquí parece á caballo, cubierta con una capa, es la mesma de don Gaiféros, á quien su esposa, ya vengada del atrevimiento

del enamorado moro, con mejor y más sosegado semblante puesta á los miradores de la torre, sin conocerle ha visto, y habla con su esposo, creyendo que es algun pasajero, con quien pasó todas aquellas razones y coloquios de aquel romance, que dice:

Caballero, si á Francia ides,
Por Gaiféros preguntad.

Las cuales no digo yo ahora, porque de la prolijidad se suele engendrar el fastidio; basta ver cómo don Gaiféros se descubre, y que por los ademanes alegres que Melisendra hace, se nos da á entender que ella le ha conocido; y más ahora, que vemos se descuelga del balcón para ponerse en las ancas del caballo de su buen esposo. Mas ¡ay sin ventura! que se le ha asido una punta del faldellín de uno de los hierros del balcón, y está pendiente en el aire, sin poder llegar al suelo. Pero veis cómo el piadoso cielo socorre en las mayores necesidades, pues llega don Gaiféros, y sin mirar si se rasgará ó no el rico faldellín, ase della, y mal su grado la hace bajar al suelo, y luego de un brinco la pone sobre las ancas de su caballo á horcadas, como hombre, y la manda que se tenga fuertemente y le eche los brazos por las espaldas, de modo que los cruce en el pecho porque no se caiga, á cau-

sa que no estaba la señora Melisendra acostumbrada á semejantes caballerías. Veis tambien cómo los relinchos del caballo dan señales que va contento con la valiente y hermosa carga que lleva en su señor y en su señora. Veis cómo vuelven las espaldas y salen de la ciudad, y alegres y regocijados toman de París la vía. Vais en paz, ¡oh par sin par de verdaderos amantes! llegueis á salvamento á vuestra deseada patria, sin que la fortuna ponga estorbo en vuestro felice viaje; los ojos de vuestros amigos y parientes os vean gozar en paz tranquila los días que os quedan de la vida.»

Aquí alzó la voz Maese Pedro y dijo: «Llaneza, muchacho; no te encumbres; que toda afectación es mala.»

No respondió nada el intérprete; ántes prosiguió diciendo: «No faltaron algunos ociosos ojos, que lo suelen ver todo, que no viesen la bajada y la subida de Melisendra, de quien dieron noticia al rey Marsilio, el cual mandó luego tocar al arma; y ¡miren con qué priesa! que ya la ciudad se hunde con el són de las campanas que en todas las torres de las mezquitas suenan.

—Eso no, dijo á esta sazón Don Quijote; en esto de las campanas anda muy impropio Maese Pedro, porque entre moros no se usan campa-

nas, sino atabales y un género de dulzainas que parecen nuestras chirimías; y esto de sonar campanas en Sansueña, sin duda que es un gran disparate.»

Lo cual oído por Maese Pedro, cesó el tocar, y dijo: «No mire vuesa merced en niñerías, señor Don Quijote, ni quiera llevar las cosas tan por el cabo, que no se le halle. ¿No se representan por ahí, casi de ordinario, mil comedias llenas de mil impropiedades y disparates, y con todo eso corren felicísimamente su carrera, y se escuchan, no sólo con aplauso, sino con admiración y todo? Prosigue, muchacho, y deja decir.

—Así es la verdad», replicó Don Quijote.

Y el muchacho dijo: «Miren ¡cuánta y cuán lucida caballería sale de la ciudad en seguimiento de los dos católicos amantes! ¡cuántas trompetas que suenan, cuántas dulzainas que tocan y cuántos atabales y atambores que retumban! Témoste que los han de alcanzar y los han de volver atados á la cola de su mismo caballo, que sería un horrendo espectáculo.»

Viendo y oyendo, pues, tanta morisma y tanto estruendo Don Quijote, parecióle ser bien dar ayuda á los que huían; y levantándose en pié, en voz alta dijo: «No consentiré yo que en mis días y en mi presencia se le haga superchería á



Comenzó a llover cuchilladas sobre la titerera morisma ...

Ayuntamiento de Madrid

tan famoso caballero y á tan atrevido enamorado como don Gaiféros. Deteneos, mal nacida canalla; no le sigais ni persigais; si no, conmigo sois en batalla»; y diciendo y haciendo, desenvainó la espada, y de un brinco se puso junto al retablo, y con acelerada y nunca vista furia comenzó á llover cuchilladas sobre la titerera morisma, derribando á unos, descabezando á otros, estropeando á éste, destrozando á aquél; y entre otros muchos tiró un altibajo tal, que si Maese Pedro no se abaja, se encoge y agazapa, le cercenara la cabeza con más facilidad que si fuera hecha de masa de mazapan.

Daba voces Maese Pedro, diciendo: «Deténgase vuesa merced, señor Don Quijote, y advierta que estos que derriba, destroza y mata no son verdaderos moros, sino unas figurillas de pasta: mire ¡pecador de mí! que me destruye y echa á perder toda mi hacienda.»

Mas no por esto dejaba de menudear Don Quijote cuchilladas, mandobles, tajos y reveses como llovidos. Finalmente, en ménos de dos credos dió con todo el retablo en el suelo, hechas pedazos y desmenuzadas todas sus figuras, el rey Marsilio mal herido, y el emperador Carlo Magno partida la corona y la cabeza en dos partes. Alborotóse el senado de los oyentes, y has-

ta el mismo Sancho Panza tuvo pavor grandísimo; porque, como él juró despues de pasada la borrasca, jamas había visto á su señor con tan desatinada cólera.

Hecho, pues, el general destrozo del retablo, sosegóse un poco Don Quijote, y dijo: «Quisiera yo tener aquí delante en este punto todos aquellos que no creen ni quieren creer de cuánto provecho sean en el mundo los caballeros andantes. Miren, si no me hallara yo aquí presente, ¡qué fuera del buen don Gaiféros y de la hermosa Melisendra! A buen seguro que esta fuera ya la hora que les hubieran alcanzado estos canes, y les hubieran hecho algun desaguisado. En resolución, ¡viva la andante caballería sobre cuantas cosas hoy viven en la tierra!

Viva en hora buena, dijo á esta sazón con voz enfermiza Maese Pedro, y muera yo, pues soy tan desdichado, que puedo decir con el rey don Rodrigo:

Ayer fuí señor de España,

.
Y hoy no tengo una almena
Que pueda decir que es mía.

No há media hora, ni aún un mediano momento, que me vi señor de reyes y de emperadores, llenas mis caballerizas y mis cofres y sacos de

infinitos caballos y de innumerables galas, y agora me veo desolado y abatido, pobre y mendigo, y todo por la furia mal considerada deste señor caballero, de quien se dice que ampara pupilos y endereza tuertos, y hace otras obras caritativas; y en mí solo ha venido á faltar su intención generosa: ¡que sean benditos y alabados los cielos allá donde tienen más levantados sus asientos! En fin, el Caballero de la Triste Figura había de ser aquel que había de disfigurar las mías.»

Enternecióse Sancho Panza con las razones de Maese Pedro, y díjole: «No llores, Maese Pedro, ni te lamentes; que me quiebras el corazón; porque te hago saber que es mi señor Don Quijote tan católico y escrupuloso cristiano, que si él cae en la cuenta de que te ha hecho algun agravio, te lo sabrá y te lo querrá pagar y satisfacer con muchas ventajas.

—Con que me pagase el señor Don Quijote alguna parte de las hechuras que me ha deshecho, quedaría contento, y su merced aseguraría su conciencia, porque no se puede salvar quien tiene lo ajeno contra la voluntad de su dueño, y no lo restituye.

—Así es, dijo Don Quijote; pero hasta ahora yo no sé que tenga nada vuestro, Maese Pedro.

—¿Cómo no! respondió Maese Pedro. Y estas reliquias que están por este duro y estéril suelo, ¿quién las esparció y aniquiló, sino la fuerza invencible dese poderoso brazo? Y ¿cuyos eran sus cuerpos, sino míos? Y ¿con quién me sustentaba yo, sino con ellos?

—Ahora acabo de creer, dijo á este punto Don Quijote, lo que otras muchas veces he creído: que estos encantadores que me persiguen, no hacen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mudan y truecan en las que ellos quieren. Real y verdaderamente os digo, señores, que me oís, que á mí me pareció, todo lo que aquí ha pasado, que pasaba al pié de la letra: que Melisendra era Melisendra; don Gaiféros, don Gaiféros; Marsilio, Marsilio; y Carlo Magno, Carlo Magno; por eso se me alteró la cólera, y por cumplir con mi profesión de caballero andante, quise dar ayuda y favor á los que huían; y con este buen propósito hice lo que habeis visto. Si me ha salido al reves, no es culpa mía, sino de los malos que me persiguen; y con todo esto, deste mi yerro, aunque no ha procedido de malicia, quiero yo mismo condenarme en costas: vea Maese Pedro lo que quiere por las figuras deshechas; que yo

me ofrezco á pagárselo luego en buena y corriente moneda castellana.»

Inclinósele Maese Pedro, diciéndole: «No esperaba yo ménos de la inaudita cristiandad del valeroso Don Quijote de la Mancha, verdadero socorredor y amparo de todos los necesitados y menesterosos vagamundos; y aquí el señor ventero y el gran Sancho serán medianeros y apreciadores, entre vuesa merced y mí, de lo que valen ó podían valer las ya deshechas figuras.»

El ventero y Sancho dijeron que así lo harían, y luego Maese Pedro alzó del suelo con la cabeza ménos al rey Marsilio de Zaragoza, y dijo: «Ya se ve cuán imposible es volver á este rey á su sér primero; y así me parece, salvo mejor juicio, que se me dé por su muerte, fin y acabamiento, cuatro reales y medio.

—Adelante, dijo Don Quijote.

—Pues por esta abertura de arriba abajo, prosiguió Maese Pedro, tomando en las manos al partido emperador Carlo Magno, no sería mucho que pidiese yo cinco reales y un cuartillo.

—No es poco, dijo Sancho.

—Ni mucho, replicó el ventero; médiase lá partida, y señálense cinco reales.

—Dénsese todos cinco y cuartillo, dijo Don Quijote; que no está en un cuartillo más á mé-

nos la monta desta notable desgracia; y acabe presto Maese Pedro, que se hace hora de cenar, y yo tengo ciertos barruntos de hambre.

—Por esta figura, dijo Maese Pedro, que está sin narices y con un ojo ménos, que es de la hermosa Melisendra, quiero, y me pongo en lo justo, dos reales y doce maravedís.

—¡Aun ahí sería el diablo, dijo Don Quijote, si ya no estuviese Melisendra con su esposo, por lo ménos en la raya de Francia! porque el caballo en que iban, á mí me pareció que ántes volaba que corría; y así, no hay para qué venderme á mí el gato por liebre, presentándome aquí á Melisendra desnarigada, estando la otra, si viene á mano, ahora holgándose en Francia, con su esposo, á pierna tendida. Ayude Dios con lo suyo á cada uno, señor Maese Pedro, y caminemos todos con pié llano y con intención sana... y prosiga.»

Maese Pedro, que vió que Don Quijote izquierdeaba, y que volvía á su primer tema, no quiso que se le escapase; y así le dijo: «Esta no debe de ser Melisendra, sino alguna de las doncellas que la servían; y así, con sesenta maravedís que me den por ella, quedaré contento y bien pagado.»

Desta manera fué poniendo precios á otras

muchas destrozadas figuras, que después los moderaron los dos jueces árbitros con satisfacción de las partes, y llegaron á cuarenta reales y tres cuartillos.

«Dáselos, Sancho, dijo Don Quijote, y docientos diera yo ahora en albricias á quien me dijera con certidumbre que la señora doña Melisendra y el señor don Gaiféros estaban ya en Francia y entre los suyos.

En resolución, la borrasca del retablo se acabó, y todos cenaron en paz y en buena compañía á costa de Don Quijote, que era liberal en todo extremo.

CAPÍTULO VIII

DE LA FAMOSA AVENTURA DEL BARCO ENCANTADO

A las ocho del día siguiente dejaron la venta y pasaron dos días, camino de Zaragoza, sin acontecerles nada de particular; pero al tercero, por intromisión de Don Quijote, se hallaron con los del pueblo del rebuzno, que bien armados aguardaban á sus vecinos. Dirigióles muy discretas razones para persuadirles de que no debían tenerse por afrentados y que no había motivo para tomar las armas. Mas quiso el diablo que á Sancho se le ocurriera mostrar sus facultades de rebuznador, y tomada su gracia como mofa, fué pagada por amo y escudero con algunos palos y piedras que recibieron sobre sus cuerpos. Esto motivó ciertas discusiones entre los dos por si Don Quijote había huido ó no ante el peligro, dejando á Sancho, y así entraron en una alameda, donde pasaron la noche.]

Por sus pasos contados y por contar, cuatro días después que salieron de la alameda, llega-

ron Don Quijote y Sancho al río Ebro, y el verle fué de gran gusto á Don Quijote, porque contempló y miró en él la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso y la abundancia de sus líquidos cristales. Yendo, pues, desta manera, se le ofreció á la vista un pequeño barco, sin remos, que estaba atado en la orilla á un tronco de un árbol, que en la ribera estaba. Miró Don Quijote á todas partes, y no vió persona alguna, y luego, sin más ni más, se apeó de Rocinante, y mandó á Sancho que lo mismo hiciese del Rucio, y que á entrambas bestias las atase muy bien juntas al tronco de un álamo ó sauce que allí estaba.

Preguntóle Sancho la causa de aquel súbito apeamiento y de aquel ligamiento. Respondió Don Quijote: «Has de saber, Sancho, que este barco que aquí está, derechamente, y sin poder ser otra cosa en contrario, me está llamando y convidando á que éntre en él, y vaya en él á dar socorro á algún caballero, ó á otra necesitada y principal persona que debe estar puesta en alguna grande cuita; porque este es estilo de los libros de las historias caballerescas, y de los encantadores que en ellas se entremeten y platican. Así que joh Sancho! ata juntos al Rucio y á Rocinante, y á la mano de Dios, que nos guíe;

que no dejaré de embarcarme, si me lo pidiesen frailes descalzos.

—Pues así es, respondió Sancho, y vuesa merced quiere dar á cada paso en estos, que no sé si los llame disparates, no hay sino obedecer y bajar la cabeza, atendiendo al refrán: «haz lo que tu amo te manda, y siéntate con él á la mesa»; pero, con todo esto, por lo que toca al descargo de mi conciencia, quiero advertir á vuesa merced que á mí me parece que este tal barco no es de los encantados, sino de algunos pescadores deste río, porque en él se pescan las mejores sabogas del mundo.»

Esto decía, mientras ataba las bestias, Sancho, dejándolas á la protección y amparo de los encantadores, con harto dolor de su ánima.

—Ya están atados, replicó Sancho: ¿qué hemos de hacer ahora?

—¿Qué? respondió Don Quijote, santiguarnos y llevar ferro; quiero decir, embarcarnos y cortar la amarra con que este barco está atado.»

Y dando un salto en él, siguiéndole Sancho, cortó el cordel, y el barco se fué apartando poco á poco de la ribera; y cuando Sancho se vió obra de dos varas dentro del río, comenzó á temblar, temiendo su perdición; pero ninguna cosa le dió más pena que el oír rozar al Rucio y el ver que

Rocinante pugnaba por desatarse; y dijole á su señor: «El Rucio rebuzna, condolido de nuestra ausencia, y Rocinante procura ponerse en libertad, para arrojarle tras nosotros. ¡Oh carísimos amigos! quedaos en paz, y la locura que nos aparta de vosotros, convertida en desengaño, nos vuelva á vuestra presencia.»

Y en esto comenzó á llorar tan amargamente, que Don Quijote, mohino y colérico, le dijo: «¿De qué temes, cobarde criatura? ¿De que lloras, corazón de mantequillas? ¿Quién te persigue ó quién te acosa, ánimo de raton casero? O ¿qué te falta, menesteroso en la mitad de las entrañas de la abundancia? Por dicha, ¿vas caminando á pié y descalzo por las montañas rifeas, sino sentado en una tabla como un archiduque, por el sesgo curso deste agradable río, de donde en breve espacio saldremos al mar dilatado? Pero ya habemos de haber salido, y caminado, por lo ménos, setecientas ú ochocientas leguas; y si yo tuviera aquí un astrolabio con que tomar la altura del polo, yo te dijera las que hemos caminado; aunque, ó yo sé poco, ó ya hemos pasado, ó pasaremos presto, por la línea equinocial, que divide y corta los dos contrapuestos polos en igual distancia.

—Y cuando lleguemos á esa leña que vuesa

merced dice, preguntó Sancho, ¿cuánto habremos caminado?

—Mucho, replicó Don Quijote; porque de trecientos y sesenta grados que contiene el globo del agua y de la tierra, según el cómputo de Ptolomeo, que fué el mayor cosmógrafo que se sabe, la mitad habremos caminado llegando á la línea que he dicho.

—Yo no creo nada deso, respondió Sancho, pues yo veo con mis mismos ojos que no nos habemos apartado de la ribera cinco varas, porque allí están Rocinante y el Rucio en el propio lugar do los dejamos; y tomada la mira, como yo la tomo ahora, ¡voto á tal que no nos movemos ni andamos al paso de una hormiga!»

En esto descubrieron unas grandes aceñas, que en la mitad del río estaban; y apenas las hubo visto Don Quijote, cuando con voz alta dijo á Sancho: «¿Vés? Allí ¡oh amigo! se descubre la ciudad, castillo ó fortaleza donde debe de estar algun caballero oprimido, ó alguna reina, infanta ó princesa malparada, para cuyo socorro soy aquí traído.

—¿Qué diablos de ciudad, fortaleza ó castillo dice vuesa merced, señor! dijo Sancho. ¿No echa de ver que aquellas son aceñas, que están en el río, donde se muele el trigo?

—Calla, Sancho, dijo Don Quijote; que aunque parecen aceñas, no lo son; y ya te he dicho que todas las cosas trastruecan y mudan de su sér natural los encantos. No quiero decir que las mudan de uno en otro sér realmente, sino que lo parece, como lo mostró la experiencia en la transformación de Dulcinea, único refugio de mis esperanzas.»

En esto el barco, entrado en la mitad de la corriente del río, comenzó á caminar no tan lentamente como hasta allí. Los molineros de las aceñas, que vieron venir aquel barco por el río, y que se iba á embocar por el raudal de las ruedas, salieron con presteza muchos dellos con varas largas á detenerle; y como salían enharinados, y cubiertos los rostros y los vestidos del polvo de la harina, representaban una mala vista.

Daban voces grandes, diciendo: «Demonios de hombres, ¿donde vais! ¿Venís desesperados, que quereis ahogaros y haceros pedazos en estas ruedas?

—¿No te dije yo, Sancho, dijo á esta sazón Don Quijote, que habíamos llegado donde he de mostrar á do llega el valor de mi brazo? Mira ¡qué de malandrines y follones me salen al encuentro! Mira ¡cuántos vestiglos se me oponen! Mira ¡cuántas feas cataduras nos hacen cocos!

Pues ahora lo vereis, bellacos»; y puesto en pié en el barco, con grandes voces comenzó á amenazar á los molineros, diciéndoles: «Canalla malvada y peor aconsejada, dejad en su libertad y libre albedrío á la persona que en esa vuestra fortaleza ó prisión teneis oprimida, alta ó baja, de cualquier suerte ó calidad que sea; que yo soy Don Quijote de la Mancha, llamado *el Caballero de los Leones* por otro nombre, á quien está reservado, por orden de los altos cielos, el dar fin felice á esta aventura»; y diciendo esto, echó mano á su espada y comenzó á esgrimirla en el aire contra los molineros, los cuales oyendo y no entendiendo aquellas sandeces, se pusieron con sus varas á detener el barco, que ya iba entrando en el raudal y canal de las ruedas.

Púsose Sancho de rodillas, pidiendo devotamente al cielo le librase de tan manifiesto peligro, como lo hizo por la industria y presteza de los molineros, que oponiéndose con sus palos al barco, le detuvieron; pero no de manera que desjasen de trastornar el barco, y dar con Don Quijote y con Sancho al traves en el agua; pero vínole bien á Don Quijote, que sabía nadar como un ganso, aunque el peso de las armas le llevó al fondo dos veces; y si no fuera por los molineros, que se arrojaron al agua, y los sacaron



... y puesto en pie en el barco, con grandes voces comenzó
a amenazar a los molineros ...

Ayuntamiento de Madrid

com
ya p
moje
rodi
cielo
gari
dese

L
barc
de l
desr
lo pa
hubi
y pe
ma g
caut
casti

«
uno
reste
trige

-
pred
lla á
ta av
valie
el ot

como en peso á entrambos, allí habría sido Troya para los dos. Puestos, pues, en tierra, más mojados que muertos de sed, Sancho, puesto de rodillas, las manos juntas y los ojos elevados al cielo, pidió á Dios con una larga y devota plegaria le librase de allí adelante de los atrevidos deseos y acometimientos de su señor.

Llegaron en esto los pescadores dueños del barco, á quien habían hecho pedazos las ruedas de las aceñas; y viéndole roto, acometieron á desnudar á Sancho y á pedir á Don Quijote se lo pagase; el cual con gran sosiego, como si no hubiera pasado nada por él, dijo á los molineros y pescadores que él pagaría el barco de bonísima gana, con condición que le diesen libre y sin cautela á la persona ó personas que en aquel su castillo estaban oprimidas.

«¿Qué persona ó qué castillo dices, respondió uno de los molineros, hombre sin juicio! ¿Quiéreste llevar por ventura las que vienen á moler trigo á estas aceñas!

—Basta, dijo entre sí Don Quijote: aquí será predicar en desierto querer reducir á esta canalla á que por ruegos haga virtud alguna, y en esta aventura se deben de haber encontrado dos valientes encantadores, y el uno estorba lo que el otro intenta: el uno me deparó el barco, y el

otro dió connigo al traves. Dios lo remedie; que todo este mundo es máquinas y trazas contrarias unas de otras; yo no puedo más.» Y alzando la voz, prosiguió diciendo, y mirando á las aceñas: «Amigos, cualesquiera que seais, que en esa prisión quedais encerrados, perdonadme; que, por mi desgracia y por la vuestra, yo no os puedo sacar de vuestra cuita; para otro caballero debe de estar guardada y reservada esta aventura.»

En diciendo esto, se concertó con los pescadores y pagó por el barco cincuenta reales, que los dió Sancho de muy mala gana, diciendo: «A dos barcadas como ésta, daremos con todo el caudal al fondo.»

Los pescadores y molineros estaban admirados, mirando aquellas dos figuras, tan fuera del uso, al parecer de los otros hombres, y no acababan de entender á do se encaminaban las razones y preguntas que Don Quijote les decía; y teniéndolos por locos, los dejaron, y se recogieron á sus aceñas, y los pescadores á sus ranchos. Volvieron á sus bestias y á ser bestias Don Quijote y Sancho, y este fin tuvo la aventura del encantado barco.

CAPÍTULO IX

DONDE SE PONE EL ELOGIO QUE HIZO DON QUIJOTE
DEL AGRADECIMIENTO Y SE CUENTA LO QUE LE SU-
CEDIÓ CON UNOS TOROS QUE LLEVABAN AL EN-
CIERRO.

SUCEDIÓ que, al otro día al ponerse el Sol, Don Quijote y Sancho se hallaron con unos Duques los cuales les llevaron á su castillo. Había leído el Duque y la Duquesa la historia, ya impresa de las aventuras de nuestro famoso hidalgo y de su no menos afamado escudero, y así se holgaron en extremo de poderlos tener en su casa, llevando intención de tratarles á la manera de los libros caballerescos y además de hacerles algunas burlas con apariencias de aventuras. La primera de ellas, la que más había de escocer á Sancho durante su vida escuderil, fué una fantástica procesión donde iba Dulcinea encantada y en la que Merlín — aquel que las historias dicen que tuvo por padre al diablo — anunció que, para desencantarla, era menester que Sancho se diera tres mil treientos azotes. A tal aventura

siguieron la de la Dueña Dolorida, la del Clavileño, [un mágico caballo de madera sobre el cual amo y escudero creyeron volar por los aires] la de Altisidora, la fingida enamorada [con la burla de los cencerros y los gatos, de la que sacó Don Quijote mal arañado su rostro] y el reto que nuestro valiente manchego lanzó en defensa de la hija de doña Rodríguez, dando pié al desafío con el lacayo Tosillos que no llegó á verificarse. Pero lo más notable que hubo durante este tiempo fué el gobierno que el Duque dió á Sancho, de la ínsula Barataria. Breve fué el tiempo que hizo de gobernador, pero tales cosas hizo y otras tales dijo, tan buenas todas ellas, que aun hoy se guarda grata memoria en aquel lugar del gran gobernador Sancho Panza. Dejó el gobierno de la ínsula, tras una pesada burla que le hicieron dándole á entender que unos enemigos entraban en ella. Reunióse con su amo después de cierto incidente que le sucedió cayendo con su amo al fondo de una sima y á poco tomaron licencia de los Duques para proseguir su camino. Después de topar con unos aldeanos que llevaban unas santas imágenes para la iglesia de su lugar fueron á parar á una selva donde unas familias de ricos hidalgos ha-

cian vida pastoril. Allí les hicieron quedar á los dos entreellos honrándoles en gran manera].

Acudieron á las tiendas, hallaron las mesas puestas, ricas, abundantes y limpias; honraron á Don Quijote, dándole el primer lugar en ellas: mirábanle todos, y admirábanse de verle.

Finalmente, alzados los manteles, con gran reposo alzó Don Quijote la voz y dijo: «Entre los pecados mayores que los hombres cometen, aunque algunos dicen que es la soberbia, yo digo que es el desagradecimiento, ateniéndome á lo que suele decirse que de los desagradecidos está lleno el infierno. Este pecado, en cuanto me ha sido posible, he procurado yo huir desde el instante que tuve uso de razón; y si no puedo pagar las buenas obras que me hacen con otras obras, pongo en su lugar los deseos de hacerlas; y cuando estos no bastan, las publico, porque quien dice y publica las buenas obras que recibe, también las recompensara con otras si pudiera; porque, por la mayor parte, los que reciben son inferiores á los que dan; y así es Dios sobre todos, porque es dador sobre todos, y no pueden corresponder las dádivas del hombre á las de Dios con igualdad, por infinita distancia; y esta estrechez y cortedad, en cierto modo, la suple el agradecimiento. Yo, pues, agradecido á

la merced que aquí se me ha hecho, no pudiendo corresponder á la misma medida, conteniéndome en los estrechos límites de mi poderío, ofrezco lo que puedo y lo que tengo de mi cosecha; y así, digo que sustentaré dos días naturales, en mitad de ese camino real que va á Zaragoza, que estas señoras, zagalas contrahechas, que aquí están, son las más hermosas doncellas y más cortesés que hay en el mundo, excetando solo á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis pensamientos, con paz sea dicho de cuantos y cuantas me escuchan.»

Oyendo lo cual Sancho, que con grande atención le había estado escuchando, dando una gran voz, dijo: «¿Es posible que haya en el mundo personas que se atrevan á decir y á jurar que este mi señor es loco! Digan vuestas mercedes, señores pastores: ¿hay cura de aldea, por discreto y por estudiante que sea, que pueda decir lo que mi amo ha dicho? ni ¿hay caballero andante, por más fama que tenga de valiente, que que pueda ofrecer lo que mi amo aquí ha ofrecido?»

Volvióse Don Quijote á Sancho, y encendido el rostro y colérico, le dijo: «¿Es posible joh Sancho! que haya en todo el orbe alguna persona que diga que no eres tonto, aforrado de lo mis-

mo, con no sé qué ribetes de malicioso y de bellaco? ¿Quién te mete á tí en mis cosas, y en averiguar si soy discreto ó majadero? Calla y no me repliques, sino ensilla, si está desensillado, á Rocinante. Vamos á poner en efecto mi ofrecimiento; que con la razón que va de mi parte, puedes dar por vencidos á todos cuantos quisieren contradecirla»; y con gran furia y muestras de enojo se levantó de la silla, dejando admirados á los circunstantes, haciéndoles dudar si le podían tener por loco ó por cuerdo.

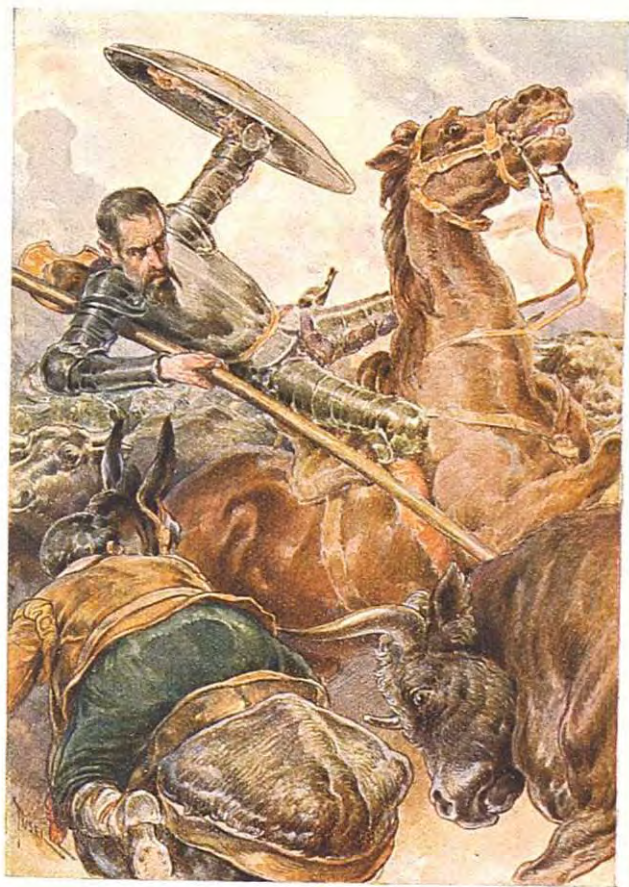
Finalmente, habiéndole persuadido que no se pusiese en tal demanda, que ellos daban por bien conocida su agradecida voluntad, y que no eran menester nuevas demostraciones para conocer su ánimo valeroso, pues bastaban las que en la historia de sus hechos se referían; con todo esto, salió Don Quijote con su intención, y puesto sobre Rocinante, embrazando su escudo y tomando su lanza, se puso en la mitad de un real camino que no léjos del verde prado estaba. Siguióle Sancho sobre su Rucio, con toda la gente del pastoral rebaño, deseosos de ver en qué paraba su arrogante y nunca visto ofrecimiento.

Puesto, pues, Don Quijote en mitad del camino, como se ha dicho, hirió el aire con semejantes palabras: «¡Oh vosotros, pasajeros y vian-

dantes, caballeros, escuderos, gente de á pié y de á caballo, que por este camino pasais, ó habeis de pasar en estos dos días siguientes! sabed que Don Quijote de la Mancha, caballero andante, está aquí puesto para defender que á todas las hermosuras y cortesías del mundo exceden las que se encierran en las ninfas habitadoras destos prados y bosques, dejando á un lado á la señora de mi alma, Dulcinea del Toboso: por eso, el que fuere de parecer contrario acuda, que aquí le espero.»

Dos veces repitió estas mismas razones, aquel día y otro, y dos veces no fueron oídas de ningún aventurero; pero la suerte, que sus cosas iba encaminando de mejor en mejor, ordenó que el segundo día se descubriese por el camino muchedumbre de hombres de á caballo, y muchos dellos con lanzas en las manos, caminando todos apiñados de tropel y á gran priesa. No los hubieron bien visto los que con Don Quijote estaban, cuando, volviendo las espaldas, se apartaron bien léjos del camino, porque conocieron que si esperaban, les podía suceder algún peligro; sólo Don Quijote con intrépido corazón se estuvo quedo, y Sancho Panza se escudó con las ancas de Rocinante.

Llegó el tropel de los lanceros, y unos dellos,



... el tropel de los toros bravos y el de los mansos cabestros,
pasaron sobre Don Quijote ...

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

que venía más adelante, á grandes voces comenzó á decir á Don Quijote: «Apártate, hombre del diablo, del camino; que te harán pedazos estos toros

—Ea, canalla, respondió Don Quijote, para mí no hay toros que valgan. Confesad, malandrines, así á carga cerrada, que es verdad lo que yo aquí he publicado; si no, conmigo sois en batalla.»

No tuvo lugar de responder el vaquero, ni Don Quijote le tuvo de desviarse, aunque quisiera; y así, el tropel de los toros bravos y el de los mansos cabestros, con la multitud de los vaqueros y otras gentes que á encerrar los llevaban á un lugar donde otro día habían de correrse, pasaron sobre Don Quijote y sobre Sancho, Rocinante y el Rucio, dando con todos ellos en tierra, echándolos á rodar por el suelo. Quedó molido Sancho, espantado Don Quijote, aporreado el Rucio, y no muy católico Rocinante; pero en fin, se levantaron todos; y Don Quijote á gran priesa, tropezando aquí y cayendo allí, comenzó á correr tras la vacada, diciendo á voces: «Deteneos y esperad, canalla malandrina; que un solo caballero os espera, el cual no tiene condición ni es de parecer de los que dicen que al enemigo que huye, hacerle la puente de plata.»

Pero no por eso se detuvieron los apresurados corredores, ni hicieron más caso de sus amenazas que de las nubes de antaño. Detúvole el cansancio á Don Quijote, y más enojado que vengado, se sentó en el camino, esperando á que Sancho, Rocinante y el Rucio llegasen. Llegaron, volvieron á subir amo y mozo, y con más vergüenza que gusto, siguieron su camino.

CAPÍTULO X

DONDE SE CUENTA EL EXTRAORDINARIO SUCESO, QUE
SE PUEDE TENER POR AVENTURA, QUE LE SUCEDIÓ
Á DON QUIJOTE.

AL polvo y al cansancio que Don Quijote y Sancho sacaron del descomedimiento de los toros, socorrió una fuente clara y limpia. Allí comió el escudero y logró hacer comer á su amo, y luego echáronse á dormir entrambos.]

Despertaron algo tarde, volvieron á subir y á seguir su camino, dándose prisa para llegar á una venta que, al parecer, una legua de allí se descubría: digo que era venta, porque Don Quijote la llamó así, fuera del uso que tenía de llamar á todas las ventas castillos. Llegaron, pues, á ella; preguntaron al huésped si había posada. Fuéles respondido que sí, con toda la comodidad y regalo que pudieran hallar en Zaragoza. Apeáronse, y recogió Sancho su repostería en un aposento, de quien el huésped le dió la llave. Llevó las bestias á la caballeriza, echóles sus piensos, salió á ver lo que Don Quijote, que es-

taba sentado sobre un poyo, le mandaba, dando particulares gracias al cielo de que á su amo no le hubiese parecido castillo aquella venta.

Llegóse la hora del cenar, recogieronse á su estancia, preguntó Sancho al huésped que qué tenía para darles de cenar.

A lo que el huésped respondió que su boca sería medida; y así, que pidiese lo que quisiere; que de las pajaricas del aire, de las aves de la tierra y de los pescados del mar estaba proveida aquella venta.

«No es menester tanto, respondió Sancho; que con un par de pollos que nos asen, tendremos lo suficiente, porque mi señor es delicado y come poco, y yo no soy tragantón en demasiada.»

Respondióle el huésped que no tenía pollos, porque los milanos los tenían asolados.

«Pues mande el señor huésped, dijo Sancho, asar una polla, que sea tierna.

—¡Polla, mi padre! respondió el huésped; en verdad, en verdad, que envié ayer á la ciudad á vender más de cincuenta; pero, fuera de pollas, pida vuesa merced lo que quisiere.

—Desa manera, dijo Sancho, no faltará ternera ó cabrito.

—En casa por ahora, respondió el huésped,

no lo hay, porque se ha acabado; pero la semana que viene lo habrá de sobra.

—¡Medrados estamos con eso! respondió Sancho; yo pondré que se vienen á resumir todas estas faltas en las sobras que debe de haber de tocino y huevos.

—¡Por Dios, respondió el huésped, que es gentil relente el que mi huésped tiene; pues hele dicho que ni tengo pollas ni gallinas, y ¡quiere que tenga huevos! Discurra, si quisiere, por otras delicadezas, y déjese de pedir gallinas.

—Resolvámonos ¡cuerpo de mí! dijo Sancho, y dígame finalmente lo que tiene, y déjese de discurrimientos.

—Señor huésped, dijo el ventero, lo que real y verdaderamente tengo son dos uñas de vaca, que parecen manos de ternera, ó dos manos de ternera que parecen uñas de vaca: están cocidas con sus garbanzos, cebollas y tocino, y la hora de ahora están diciendo: «cómeme, cómeme».

—Por más las marco desde aquí, dijo Sancho; y nadie las toque; que yo las pagaré mejor que otro, porque para mí ninguna otra cosa pudiera esperar de más gusto; y no se me daría nada que fuesen manos, como ni que fuesen uñas.

—Nadie las tocará, dijo el ventero; porque

otros huéspedes que tengo, de puro principales, traen consigo cocinero, despensero y repostería.

—Si por principales va, dijo Sancho, ninguno más que mi amo; pero el oficio que él trae no permite despensas ni botillerías: ahí nos tendemos en mitad de un prado, y nos hartamos de bellotas ó de nísperos.»

Esta fué la plática que Sancho tuvo con el ventero, sin querer Sancho pasar adelante en responderle; que ya le había preguntado qué oficio ó qué ejercicio era el de su amo. Llegóse, pues, la hora del cenar, recogióse á su estancia Don Quijote, trujo el huésped la olla así como estaba, y sentóse á cenar muy de propósito.

Parece ser que en otro aposento que junto al de Don Quijote estaba, que no le dividía más que un sutil tabique, oyó decir Don Quijote: «Por vida de vuesa merced, señor don Jerónimo, que en tanto que traen la cena, leamos otro capítulo de la segunda Parte de *Don Quijote de la Mancha*.»

Apénas oyó su nombre Don Quijote, cuando se puso en pié, y con oído alerta escuchó lo que dél trataban, y oyó que el tal don Jerónimo referido respondió: «¿Para qué quiere vuesa merced, señor don Juan, que leamos estos disparates, si el que hubiere leído la primera Parte de la his-

toria de Don Quijote de la Mancha no es posible que pueda tener gusto en leer esta segunda?

—Con todo eso, dijo el don Juan, será bien leerla, pues no hay libro tan malo, que no tenga alguna cosa buena.

—Lo que á mí en éste más me desplace es que pinta á Don Quijote ya desenamorado de Dulcinea del Toboso.»

Oyendo lo cual Don Quijote, lleno de ira y de despecho, alzó la voz y dijo: «Quien quiera que dijere que Don Quijote de la Mancha ha olvidado ni puede olvidar á Dulcinea del Toboso... yo le haré entender con armas iguales que va muy léjos de la verdad; porque la sin par Dulcinea del Toboso ni puede ser olvidada, ni en Don Quijote puede caber olvido: su blasón es la firmeza, y su profesión el guardarla toda su vida y sin hacerle tuerto alguno.

—¿Quién es el que nos responde? respondieron del otro aposento.

—¿Quién ha de ser, respondió Sancho, sino el mismo Don Quijote de la Mancha? que hará bueno cuanto ha dicho, y aun cuanto dijere; que al buen pagador no le duelen prendas.»

Apénas hubo dicho esto Sancho, cuando entraron por la puerta de su aposento dos caballeros [que tales lo parecían]; y uno dellos, echan-

do los brazos al cuello de Don Quijote, le dijo: «Ni vuestra presencia puede desmentir vuestro nombre, ni vuestro nombre puede no acreditar vuestra presencia. Sin duda vos, señor, sois el verdadero Don Quijote de la Mancha, norte y lucero de la andante caballería, á despecho y pesar del que ha querido usurpar vuestro nombre y aniquilar vuestras hazañas, como lo ha hecho el autor deste libro, que aquí os entrego.»

Y poniéndole un libro en las manos, que traía su compañero, le tomó Don Quijote; y sin responder palabra, comenzó á hojearle, y de allí á un poco se le volvió, diciendo: «En esto poco que he visto, he hallado tres cosas en este autor, dignas de reprehensión. La primera es algunas palabras que he leído en el prólogo; la otra, que el lenguaje es aragonés, y la tercera, que más le confirma por ignorante, es que yerra y se desvía de la verdad en lo más principal de la historia, porque aquí dice que la mujer de Sancho Panza, mi escudero, se llama Mari Gutierrez; y no se llama tal, sino Teresa Panza; y quien en esta parte tan principal yerra, bien se podrá temer que yerre en todas las demás de la historia.»

A esto dijo Sancho: «¡Donosa traza de historiador, por cierto! ¡Bien debe de estar en el cuento de nuestros sucesos, pues llama á Teresa

Panza, mi mujer, Mari Gutierrez! Torne á tomar el libro, señor, y mire si ando yo por ahí, y si me ha mudado el nombre.

—Por lo que os he oído hablar, amigo, dijo don Jerónimo, sin duda debeis de ser Sancho Panza, el escudero del señor Don Quijote.

—Sí soy, respondió Sancho, y me precio dello.

—Pues á fe, dijo el caballero, que no os trata este autor moderno con la limpieza que en vuestra persona se muestra: pintaos comedor y simple, y no nada gracioso, y muy otro del Sancho que en la primera Parte de la historia de vuestro amo se describe.

—Dios se lo perdone, dijo Sancho; dejárame en mi rincón, sin acordarse de mí, porque quien las sabe las tañe, y bien se está San Pedro en Roma.»

Los dos caballeros pidieron á Don Quijote se pasase á su estancia á cenar con ellos; que bien sabían que en aquella venta no había cosas pertenecientes para su persona. Don Quijote, que siempre fué comedido, condescendió con su demanda, y cenó con ellos: quedóse Sancho con la olla; sentóse en cabecera de mesa, y con él el ventero, que, no ménos que Sancho, estaba de sus manos y de sus uñas aficionado.

En el discurso de la cena preguntó don Juan á Don Quijote qué nuevas tenía de la señora Dulcinea del Toboso: si se había casado, ó si estando en su entereza, se acordaba, guardando su honestidad y buen decoro, de los amorosos pensamientos del señor Don Quijote.

A lo que él respondió: «Dulcinea se está entera, y mis pensamientos más firmes que nunca; las correspondencias en su sequedad antigua, su hermosura en la de una soez labradora transformada»; y luego les fué contando punto por punto el encanto de la señora Dulcinea, y lo que le había sucedido en la cueva de Montesinos, con la orden que el sabio Merlín le había dado para desencantarla, que fué la de los azotes de Sancho.

Sumo fué el contento que los dos caballeros recibieron de oír contar á Don Quijote los extraños sucesos de su historia; y así quedaron admirados de sus disparates, como del elegante modo con que los contaba. Aquí le tenían por discreto, y allí se les deslizaba por mentecato, sin saber determinarse qué grado le darían entre la discreción y la locura.

Acabó de cenar Sancho; y dejando al ventero, se pasó á la estancia de su amo, y en entrando dijo: «Que me maten, señores, si el autor des-

te libro que vuestas mercedes tienen, no quiere que no hagamos buenas migas juntos; yo quería que ya que me llama comilón, como vuestas mercedes dicen, no me llamase también borracho.

--Sí llama, dijo don Jerónimo; pero no me acuerdo en qué manera, aunque sé que son malsonantes las razones, y además mentirosas, según yo echo de ver en la fisonomía del buen Sancho, que está presente.

--Créanme vuestas mercedes, dijo Sancho, que el Sancho y el Don Quijote desa historia deben de ser otros que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros: mi amo, valiente, discreto y enamorado; y yo, simple, gracioso, y no comedor ni borracho.

--Yo así lo creo, dijo don Juan; y si fuera posible, se había de mandar que ninguno fuera osado á tratar de las cosas del gran Don Quijote, si no fuese Cide Hamete, su primer autor; bien así como mandó Alejandro que ninguno fuese osado á retratarle, sino Apéles.

--Retrátame el que quisiere, dijo Don Quijote; pero no me maltrate; que muchas veces suele caerse la paciencia cuando la cargan de injurias.

—Ninguna, dijo don Juan, se le puede hacer al señor Don Quijote, de quien él no se pueda vengar, si no la repara en el escudo de su paciencia, que, á mi parecer, es fuerte y grande.»

En estas y otras pláticas se pasó gran parte de la noche; y aunque don Juan quisiera que Don Quijote leyera más del libro, por ver lo que discordaba, no lo pudieron acabar con él, diciendo que él lo daba por leído, y lo confirmaba por todo necio, y que no quería, si acaso llegase á noticia de su autor que le había tenido en sus manos, se alegrase con pensar que le había leído; pues de las cosas obscenas y torpes, los pensamientos se han de apartar, cuanto más los ojos.

Preguntáronle que adónde llevaba determinado su viaje.

Respondió que á Zaragoza, á hallarse en las justas del arnés, que en aquella ciudad suelen hacerse todos los años.

Díjole don Juan que aquella nueva historia contaba cómo Don Quijote, sea quien se quisiera, se había hallado en ella en una sortija, falta de invención, pobre de letras, pobrísima de libreas, aunque rica de simplicidades.

«Por el mismo caso, respondió Don Quijote, no pondré los piés en Zaragoza; y así sacaré á la plaza del mundo la mentira de ese historiador

moderno, y echarán de ver las gentes cómo yo no soy el Don Quijote que él dice.

—Hará muy bien, dijo don Jerónimo, y otras justas hay en Barcelona, donde podrá el señor Don Quijote mostrar su valor.

—Así lo pienso hacer, dijo Don Quijote, y vuestas mercedes me den licencia, pues ya es hora, para irme al lecho, y me tengan y pongan en el número de sus mayores amigos y servidores.

—Y á mí tambien, dijo Sancho; quizá seré bueno para algo.» Con esto se despidieron, y Don Quijote y Sancho se retiraron á su aposento, dejando á don Juan y á don Jerónimo admirados de ver la mezcla que habían hecho de su discreción y de su locura, y verdaderamente creyeron que éstos eran los verdaderos Don Quijote y Sancho, y no los que describía el autor aragonés. Madrugó Don Quijote, y dando golpes al tabique del otro aposento, se despidió de sus huéspedes. Pagó Sancho al ventero magníficamente, y aconsejóle que alabase ménos la provisión de su venta, ó la tuviese más proveida.

CAPÍTULO XI

DE LO QUE LE SUCEDIÓ Á DON QUIJOTE EN LA ENTRADA Á BARCELONA CON OTRAS COSAS QUE EN ESTA CIUDAD LE SUCEDIERON.

EN su nuevo camino se hallaron con la banda de Roque Guinart, y en ella pasaron unos días viviendo á salto de mata, hasta que Roque les acompañó, por caminos desusados, á Barcelona, en cuya playa les dejó una noche, habiéndoles antes recomendado á los amigos que tenía en la ciudad.]

Al amanecer tendieron Don Quijote y Sancho la vista por todas partes, vieron el mar, hasta entónces dellos no visto; parecióles espaciosísimo y largo, harto más que las lagunas de Ruidera, que en la Mancha habían visto. Vieron las galeras que estaban en la playa, las cuales, abatiendo las tiendas, se descubrieron llenas de flámulas y gallardetes, que tremolaban al viento, y besaban y barrían el agua; dentro sonaban clarines, trompetas y chirimías, que cerca y léjos llenaban el aire de suaves y belicosos acentos:

comenzaron á moverse, y á hacer un modo de escaramuza por las sosegadas aguas, correspondiéndoles casi al mismo modo infinitos caballeros que de la ciudad, sobre hermosos caballos y con vistosas libreas, salían. Los soldados de las galeras disparaban infinita artillería, á quien respondían los que estaban en las murallas y fuertes de la ciudad, y la artillería gruesa, con espantoso estruendo, rompía los vientos, á quien respondían los cañones de las galeras. El mar alegre, la tierra jocunda, el aire claro, sólo tal vez turbio del humo de la artillería, parece que reían, infundiendo y engendrando gusto súbito en todas las gentes. No podía imaginar Sancho cómo pudiesen tener tantos piés aquellos bultos que por el mar se movían.

En esto llegaron corriendo, con grita y algazara, los de las libreas adonde Don Quijote suspenso y atónito estaba; y uno dellos, que era el avisado de Roque, dijo en alta voz á Don Quijote: «¡Bien sea venido á nuestra ciudad el espejo, el farol, la estrella y el norte de toda la caballería andante, donde más largamente se contiene! ¡Bien sea venido, digo, el valeroso Don Quijote de la Mancha!»

No respondió Don Quijote palabra, ni los caballeros esperaron á que la respondiese, sino

volviéndose y revolviéndose con los demas que los seguían, comenzaron á hacer un revuelto caracol al derredor de Don Quijote, el cual, volviéndose á Sancho, dijo: «Estos bien nos han conocido; yo apostaré que han leído nuestra historia.»

Volvió otra vez el caballero que habló á Don Quijote, y díjole: «Vuesa merced, señor Don Quijote, se venga con nosotros; que todos somos sus servidores, y grandes amigos de Roque Guinart.»

A lo que Don Quijote respondió: «Si cortesías engendran cortesías, la vuestra, señor caballero, es hija ó parienta muy cercana de la del gran Roque: llevadme do quisiéredes; que yo no tendré otra voluntad que la vuestra, y más si la quereis ocupar en vuestro servicio.»

Con palabras no ménos comedidas que éstas le respondió el caballero; y encerrándole todos en medio, al són de las chirimías y de los atabales se encaminaron con él á la ciudad, al entrar de la cual, el malo, que todo lo malo ordena, y los muchachos, que son más malos que el malo... dos dellos, traviesos y atrevidos, se entraron por toda la gente; y alzando el uno la cola del Rucio, y el otro la de Rocinante, les pusieron y encajaron sendos manojos de aliagas.

Sintieron los pobres animales las nuevas espuelas, y apretando las colas, aumentaron su disgusto de manera, que dando mil corcovos, dieron con sus dueños en tierra. Don Quijote, corrido y afrentado, acudió á quitar el plumaje de la cola de su matalote, y Sancho el de su Rucio. Quisieran los que guiaban á Don Quijote castigar el atrevimiento de los muchachos, y no fué posible, porque se encerraron entre más de otros mil que los seguían. Volvieron á subir Don Quijote y Sancho, y con el mismo aplauso y música llegaron á la casa de su guía, que era grande y principal, en fin como de caballero rico.

Don Antonio Moreno se llamaba el huésped de Don Quijote, caballero rico y discreto, y amigo de holgarse á lo honesto y afable; el cual, viendo en su casa á Don Quijote, andaba buscando modos cómo, sin su perjuicio, sacase á plaza sus locuras; porque no son burlas las que duelen, ni hay pasatiempos que valgan, si son con daño de tercero. Lo primero que hizo fué hacer desarmar á Don Quijote, y sacarle á vistas con aquel su estrecho y acamuzado vestido á un balcón que salía á una calle de las más principales de la ciudad, á vista de las gentes y de los muchachos, que como á mona le miraban.

Corrieron de nuevo delante dél los de las

libreas, como si para él solo, no para alegrar aquel festivo día, se las hubieran puesto; y Sancho estaba contentísimo, por parecerle que se había hallado, sin saber cómo ni cómo no, otras bodas de Camacho, otra casa como la de don Diego de Miranda y otro castillo como el del Duque. Comieron aquel día con don Antonio algunos de sus amigos, honrando todos y tratando á Don Quijote como á caballero andante, de lo cual, hueco y pomposo, no cabía en sí de contento. Los donaires de Sancho fueron tantos, que de su boca andaban como colgados todos los criados de casa y todos cuantos le oían.

Estando á la mesa, dijo don Antonio á Sancho: «Acá tenemos noticia, buen Sancho, que sois tan amigo de manjar blanco y de albondiguillas, que si os sobran, las guardais en el seno para el otro día.

—No, señor, no es así, respondió Sancho, porque tengo más de limpio que de goloso, y mi señor Don Quijote, que está delante, sabe bien que con un puño de bellotas ó de nueces nos solemos pasar entrambos ocho días. Verdad es que si tal vez me sucede que me den la vaquilla, corro con la soguilla; quiero decir, que como lo que me dan, y uso de los tiempos como los hallo; y quien quiera que hubiere dicho que yo

soy comedor aventajado, y no limpio, téngase por dicho que no acierta; y de otra manera dijera esto, si no mirara á las barbas honradas que están á la mesa.

—Por cierto, dijo Don Quijote, que la parsimonia y limpieza con que Sancho come se puede escribir y grabar en láminas de bronce, para que quede en memoria eterna en los siglos venideros. Verdad es que cuando él tiene hambre, parece algo tragón, porque come apriesa y masca á dos carrillos; pero la limpieza siempre la tiene en su punto; y en el tiempo que fué gobernador aprendió á comer á lo melindroso, tanto, que comía con tenedor las uvas, y aún los granos de la granada.

—¡Cómo! dijo don Antonio: ¿gobernador ha sido Sancho?

—Sí, respondió Sancho, y de una ínsula llamada de la Barataria. Diez y siete días la goberné á pedir de boca: en ellos perdí el sosiego, y aprendí á despreciar todos los gobiernos del mundo; salí huyendo della, caí en una cueva, donde me tuve por muerto, de la cual salí vivo por milagro.»

Contó Don Quijote por menudo todo el suceso del gobierno de Sancho, con que dió gran gusto á los oyentes.

Aquella tarde sacaron á pasear á Don Quijote, no armado, sino de rua, vestido un balandran de paño leonado, que pudiera hacer sudar en aquel tiempo al mismo hielo. Ordenaron con sus criados que entretuviesen á Sancho, de modo que no le dejasen salir de casa. Iba Don Quijote, no sobre Rocinante, sino sobre un gran macho de paso llano, y muy bien aderezado. Pusiéronle el balandran, y en las espaldas, sin que lo viese, le cosieron un pergamino, donde le escribieron con letras grandes: *Este es Don Quijote de la Mancha*.

En comenzando el paseo, llevaba el rétulo los ojos de cuantos venían á verle, y como leían: «Este es Don Quijote de la Mancha», admirábase Don Quijote de ver que cuantos le miraban le nombraban y conocían; y volviéndose á don Antonio, que iba á su lado, le dijo: «Grande es la prerogativa que encierra en sí la andante caballería, pues hace conocido y famoso al que la profesa por todos los términos de la tierra; si no, mire vuesa merced, señor don Antonio, que hasta los muchachos desta ciudad, sin nunca haberme visto, me conocen.

—Así es, señor Don Quijote, respondió don Antonio; que así como el fuego no puede estar escondido y encerrado, la virtud no puede dejar

de ser conocida, y la que se alcanza por la profesión de las armas, resplandece y campea sobre todas las otras.»

Acació, pues, que yendo Don Quijote con el aplauso que se ha dicho, un castellano, que leyó el rétulo de las espaldas, alzó la voz, diciendo: «¡Válgate el diablo por Don Quijote de la Mancha! ¿Cómo! ¿que hasta aquí has llegado sin haberte muerto los infinitos palos que tienes á cuestras! Tú eres loco; y si lo fueras á solas y dentro de las puertas de tu locura, fuera ménos mal; pero tienes propiedad de volver locos y mentecatos á cuantos te tratan y comunican; si no, mírenlo por estos señores que te acompañan. Vuélvete, mentecato, á tu casa, y mira por tu hacienda, por tu mujer y tus hijos, y déjate destas vaciedades, que te carcomen el seso y te desnatan el entendimiento.

—Hermano, dijo don Antonio, seguid vuestro camino, y no deis consejos á quien no os los pide. El señor Don Quijote de la Mancha es muy cuerdo, y nosotros, que le acompañamos, no somos necios: la virtud se ha de honrar donde quiera que se hallare; y andad enhoramala, y no os metais donde no os llaman.

—Par diez, vuesa merced tiene razón, respondió el castellano; que aconsejar á este buen

hombre es dar coces contra el aguijon; pero, con todo eso, me da muy gran lástima que el buen ingenio, que dicen que tiene en todas las cosas este mentecato, se le desagüe por la canal de su andante caballería; y la enhoramala que vuesa merced dijo, sea para mí y para todos mis descendientes, si de hoy más, diere consejo á nadie, aunque me lo pida.»

Apartóse el consejero, siguió adelante el paseo; pero fué tanta la priesa que los muchachos y toda la gente tenía leyendo el rétulo, que se le hubo de quitar don Antonio como que le quitaba otra cosa.

CAPÍTULO XII

QUE TRATA DE LA AVENTURA QUE MÁS PESADUMBRE
DIÓ Á DON QUIJOTE DE CUANTAS HASTA ENTON-
CES LE HABÍAN SUCEDIDO.

OTRAS graciosas aventuras preparó Don Antonio á nuestro gran caballero, tales como la visita á las galeras, donde Sancho fué poco menos que manteado, la muy discreta de la cabeza encantada, y un sarao que tuvo toques de aventura por lo muy molido que de la danza salió Don Quijote.]

Una mañana, saliendo Don Quijote á pasearse por la playa, armado de todas sus armas [porque, como muchas veces decía, ellas eran sus arreos, y su descanso el pelear, y no se hallaba sin ellas un punto], vió venir hácia él un caballero, armado asimismo de punta en blanco, que en el escudo traía pintada una luna resplandeciente, el cual, llegándose á trecho que podía ser oído, en altas voces, encaminando sus razones á Don Quijote, dijo: «Insigne caballero, y jamás como se debe alabado, Don Quijote de la

Mancha, yo soy *el Caballero de la Blanca Luna*, cuyas inauditas hazañas quizá te le habrán traído á la memoria; vengo á contender contigo y á probar la fuerza de tus brazos, en razón de hacerte conocer y confesar que mi dama, sea quien fuere, es sin comparación más hermosa que tu Dulcinea del Toboso; la cual verdad, si tú la confiesas de llano en llano, excusará tu muerte y el trabajo que yo he de tomar en dártela; y si tú peleares, y yo te venciere, no quiero otra satisfacción sino que dejando las armas, y absteniéndote de buscar aventuras, te recojas y retires á tu lugar por tiempo de un año, donde has de vivir sin echar mano á la espada, en paz tranquila y en provechoso sosiego, porque así conviene al aumento de tu hacienda y á la salvación de tu alma; y si tú me vencieres, quedará á tu discreción mi cabeza, y serán tuyos los despojos de mis armas y caballo, y pasará á la tuya la fama de mis hazañas. Mira lo que te está mejor, y respóndeme luego, porque hoy todo el día traigo de término para despachar este negocio.»

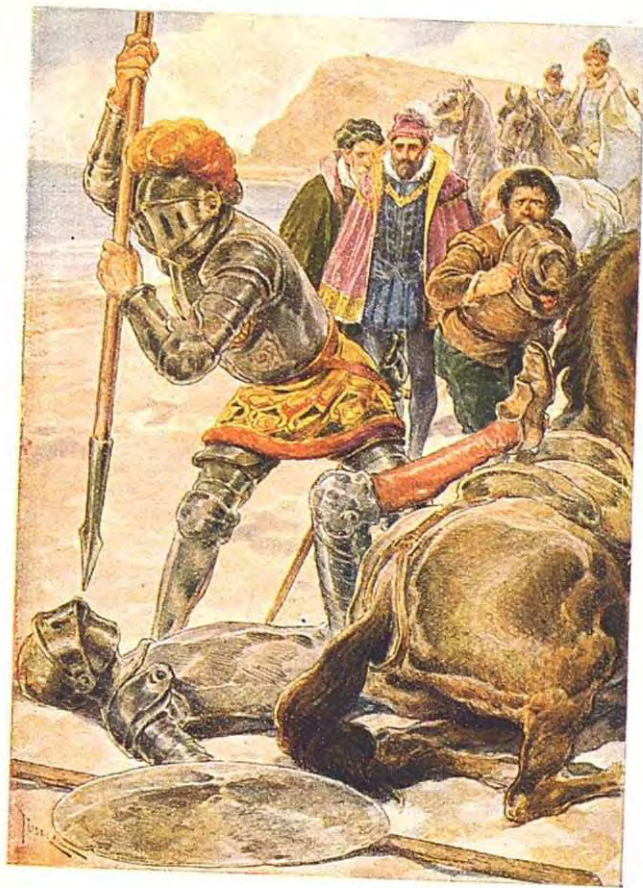
Don Quijote quedó suspenso y atónito, así de la arrogancia del caballero de la Blanca Luna, como de la causa por que le desafiaba, y con reposo y ademan severo le respondió: «Caballero de la Blanca Luna, cuyas hazañas hasta agora

no han llegado á mi noticia, yo osaré jurar que jamás habeis visto á la ilustre Dulcinea; que si visto la hubiérades, yo sé que procurarades no ponerlos en esta demanda, porque su vista os desengañara de que no ha habido ni puede haber belleza que con la suya compararse pueda; y así, no diciéndoos que mentis, sino que no acertais en lo propuesto, con las condiciones que habeis referido, aceto vuestro desafío, y luego, porque no se pase el día que traeis determinado; y sólo exceto de las condiciones la de que se pase á mí la fama de vuestras hazañas, porque no sé cuáles ni qué tales sean; con las mías me contento, tales cuales ellas son. Tomad, pues, la parte del campo que quisiéredes; que yo haré lo mesmo; y á quien Dios se la diere, san Pedro se la bendiga.»

Habían descubierto de la ciudad al caballero de la Blanca Luna, y díchoselo al Visorey, y que estaba hablando con Don Quijote de la Mancha. El Visorey, creyendo sería alguna nueva aventura fabricada por don Antonio Moreno ó por otro algun caballero de la ciudad, salió luego á la playa con don Antonio y con otros muchos caballeros que le acompañaban y Sancho, al tiempo cuando Don Quijote volvía las riendas á Rocinante, para tomar del campo lo necesario.

Viendo, pues, el Visorey que daban los dos señales de volverse á encontrar, se puso en medio, preguntándoles qué era la causa que les movía á hacer tan de improviso batalla. El caballero de la Blanca Luna respondió que era precedencia de hermosura y en breves razones le dijo las mismas que había dicho á Don Quijote, con la acetación de las condiciones del desafío hechas por entrambas partes. Llegóse el Visorey á don Antonio, y preguntóle paso si sabía quién era el tal caballero de la Blanca Luna, ó si era alguna burla que querían hacer á Don Quijote. Don Antonio le respondió que ni sabía quién era, ni si era de burlas ni de veras el tal desafío. Esta respuesta tuvo perplejo al Visorey en si les dejaría ó no pasar adelante en la batalla; pero no pudiéndose persuadir á que fuese sino burla, se apartó, diciendo: «Señores caballeros, si aquí no hay otro remedio sino confesar ó morir, y el señor Don Quijote está en sus trece, y vuesa merced el de la Blanca Luna en sus catorce, á la mano de Dios, y dense.»

Agradeció el de la Blanca Luna con cortes y discretas razones al Visorey la licencia que se les daba, y Don Quijote hizo lo mismo; el cual, encomendándose al cielo de todo corazón, y á su Dulcinea, como tenía de costumbre al



Vencido sois, caballero, y aun muerto, si no confesáis
las condiciones de nuestro desafío,

Ayuntamiento de Madrid

c
n
q
tr
s
n
e
C
le
co
po
jo

br
áu
nu

la
co
To
yo
no
da
da

Bl
de

comenzar de las batallas que se le ofrecían, tornó á tomar otro poco más del campo, porque vió que su contrario hacía lo mismo; y sin tocar trompeta ni otro instrumento bélico que les diese señal de arremeter, volvieron entrambos á un mismo punto las riendas á sus caballos; y como era más ligero el de la Blanca Luna, llegó á Don Quijote á dos tercios andados de la carrera y allí le encontró con tan poderosa fuerza, sin tocarle con la lanza [que la levantó, al parecer, de propósito], que dió con Rocinante y con Don Quijote por el suelo con una peligrosa caída.

Fué luego sobre él, y poniéndole la lanza sobre la visera, le dijo: «Vencido sois, caballero, y aún muerto, si no confesais las condiciones de nuestro desafío.»

Don Quijote, molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma dijo: «Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad: aprieta, caballero, la lanza, y quítame la vida, pues me has quitado la honra.

—Eso no haré yo por cierto, dijo el de la Blanca Luna; viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del To-

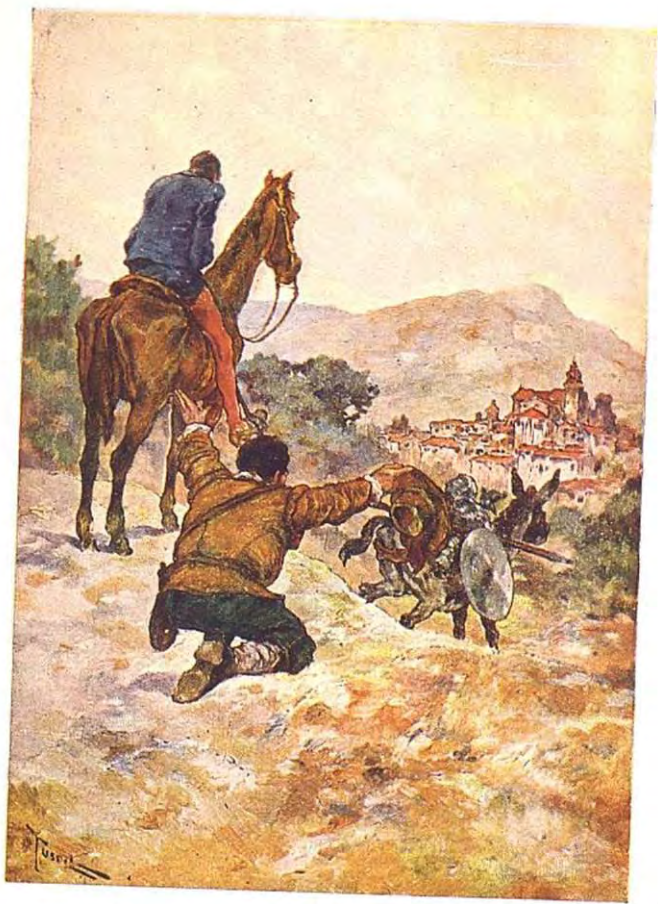
boso; que sólo me contento con que el gran Don Quijote se retire á su lugar un año, ó hasta el tiempo que por mí le fuere mandado, como concertamos ántes de entrar en esta batalla.»

Todo esto oyeron el Visorey y don Antonio, con otros muchos que allí estaban, y oyeron asimismo que Don Quijote respondió que como no le pidiese cosa que fuese en perjuicio de Dulcinea, todo lo demas cumpliría como caballero puntual y verdadero. Hecha esta confesión, volvió las riendas el de la Blanca Luna; y haciendo medida con la cabeza al Visorey, á medio galope se entró en la ciudad. Mandó el Visorey á don Antonio que fuese tras él, y que en todas maneras supiese quién era. Levantaron á Don Quijote, descubriéronle el rostro y halláronle sin color y trasudando. Rocinante, de puro malparado, no se pudo mover por entónces. Sancho, todo triste, todo apesarado, no sabia qué decirse ni qué hacerse. Parecíale que todo aquel suceso pasaba en sueños, y que toda aquella máquina era cosa de encantamento. Veía á su señor rendido, y obligado á no tomar armas en un año. Imaginaba la luz de la gloria de sus hazañas escurecida, las esperanzas de sus nuevas proezas deshechas, como se deshace el humo con el viento. Temia si quedaría ó no contrechó Roci-

nante, ó deslocado su amo; que no fuera poca ventura si deslocado quedara. Finalmente, con una silla de manos, que mandó traer el Visorey, le llevaron á la ciudad, y el Visorey se volvió también á ella, con deseo de saber quién fuese el caballero de la Blanca Luna, que de tan mal talante habia dejado á Don Quijote.

[Luego Don Antonio supo que el caballero vencedor no era otro que el Bachiller Sansón Carrasco, quien al fin se habia salido bien de su propósito, porque después de seis días de haber estado en cama Don Quijote, para reponerse del dolor que le causó su derrota, emprendió la vuelta á su lugar, en compañía de Sancho. Durante el camino trazó nuestro vencido caballero el proyecto de pasar el año de su recogimiento, convertidos en pastores en compañía de sus amigos el Cura, el Barbero y el Bachiller. No olvidaba por eso Don Quijote á su señora Dulcinea, ántes bien de continuo le recordaba á Sancho su promesa de azotarse para deshacer el encanto. Camino adelante, pasaron por tierras del Duque y éste, valiéndose de un misterioso engaño, hizo llevar á amo y escudero á su castillo, ante un túmulo mortuorio donde yacía Altisidora, al parecer difunta y para hacerla revivir, fué preciso manosear, pellizcar y pinchar á Sancho, lo que

no se verificó sin que él se resistiera. Vuelta en sí Altisidora, después de muchas ceremonias, comió Don Quijote con los Duques y aquella tarde reemprendieron el camino de su aldea. Habiendo visto la virtud desencantadora que el cuerpo de Sancho tenía, Don Quijote suplicó á su escudero, que no tardara ya más en darse los prometidos azotes, y después de haberle ofrecido, que se los pagaría bien, aquella noche, y en mitad de un bosque, dió Sancho los azotes sobre... los troncos de unos gruesos árboles que allí había. Pocos días después entraban en su pueblo donde fueron recibidos con gran alegría de sus familias y de sus amigos Pero, fuese el pesar que Don Quijote sentía de verse vencido, ó fuera otro motivo mayor, el caso fué que Don Quijote cayó enfermo de tal gravedad, que fué sacramentado y se dispuso á hacer testamento. Estando en estos tránsitos hízose tal luz en su alma que vió claramente cuán disparatados habían sido sus últimos años de vida y renegó solemnemente de los libros caballerescos diciendo tan acertadas razones, que á todos dejó maravillados. Y á poco entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron murió Alonso Quijano el Bueno, llamado comunmente Don Quijote de la Mancha.



Pocos días después entraban en su pueblo ...

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid

ca
y
de
rel
pa
dia
ció

===== LÉXICO =====

DE LA PARTE SEGUNDA

CAPÍTULO I

TENER LA MÍA SOBRE EL HITO=NO DARME POR VENCIDO.

HACANEÁ: Caballo algo mayor que la haca y menor que el caballo.

VESTIGLO: Monstruo fantástico horrible.

CEBRA: Caballo salvaje de poca estatura, á rayas blancas y negras y muy corredor.

CAPÍTULO II

CARON: Barquero infernal, según los griegos, encargado de transportar en su barca las sombras de los muertos.

RECITANTES=COMEDIANTES.

AUTO: Composición teatral de poca duración y de asunto religioso ó alegórico.

CARÁTULA: Ejercicio de los cómicos.

FARÁNDULA: Nombre que se daba antiguamente á las compañías de comediantes.

BOJIGANGA: Disfraz ridículo usado en las antiguas comedias.

CAPÍTULO IV

LA GIRALDA: Torre de la Catedral de Sevilla.

TOROS DE GUI SANDO: Famosos toros de piedra en la población de aquel nombre.

SIMA DE CABRA: Cavidad subterránea existente en aquella población.

MARTA CEBOLLINA: Animal cuadrúpedo semejante á la garrucha. En el libro se refiere á su piel que es muy estimada por su finura.

CAPÍTULO V

PASAGONZALO: Pequeño golpe dado con ligereza.

BIZMAR: Poner bizmas ó emplastos para confortar alguna parte dolorida del cuerpo.

CAPÍTULO VI

SUERO: La parte acuosa de la leche.

CAPÍTULO VII

RETABLO: Conjunto de figuras pintadas ó de talla que representan los personajes de una historia ó suceso.

CHILLADORES: Nombre que antiguamente se daba á los pregoneros que iban delante del reo anunciando la sentencia.

ENVARAMIENTO: Escolta de alguaciles con vara que iban detrás del reo.

MEZQUITAS: Templos de los mahometanos.

DULZAINAS Y CHIRIMÍAS: Instrumentos músicos parecidos al caramillo.

CAPÍTULO VIII

ASTROLABIO: Antiguo instrumento que servía para observar la altura, lugar y movimiento de los astros.

LÍNEA EQUINOCCIAL=EQUADOR

COMPUTO=CÁLCULO.

PTOLOMEO: Célebre geógrafo ó cosmógrafo antiguo.

ACEÑA: Molino de trigo movido por el agua.

ALLÍ HABRÍA SIDO TROYA = ALLÍ HABRÍAN ACABADO SUS VIDAS
Y SUS HAZAÑAS.

CAPÍTULO IX

INSULA: Nombre antiguo de isla.

INSULA BARATARIA: Nombre artificioso que dieron los Duques al lugar que Sancho debía gobernar, para acomodarlo así á la usanza de los libros de caballerías.

ORBE = MUNDO.

CAPÍTULO X

CIDE HAMETE BENENGELI: Nombre del historiador imaginario al cual presenta Cervantes como autor de unos manuscritos arábigos, donde se cuenta la historia de Don Quijote, y de los cuales aparenta servirse el verdadero autor de «El Ingenioso Hidalgo».

JUSTA: Juego de á caballo en que acreditan los caballeros su destreza en el manejo de las armas.

CAPÍTULO XI

ROQUE GUINART: Célebre bandolero catalán puesto al frente de uno de los dos bandos políticos que en 1610 se hallaba dividida Cataluña.

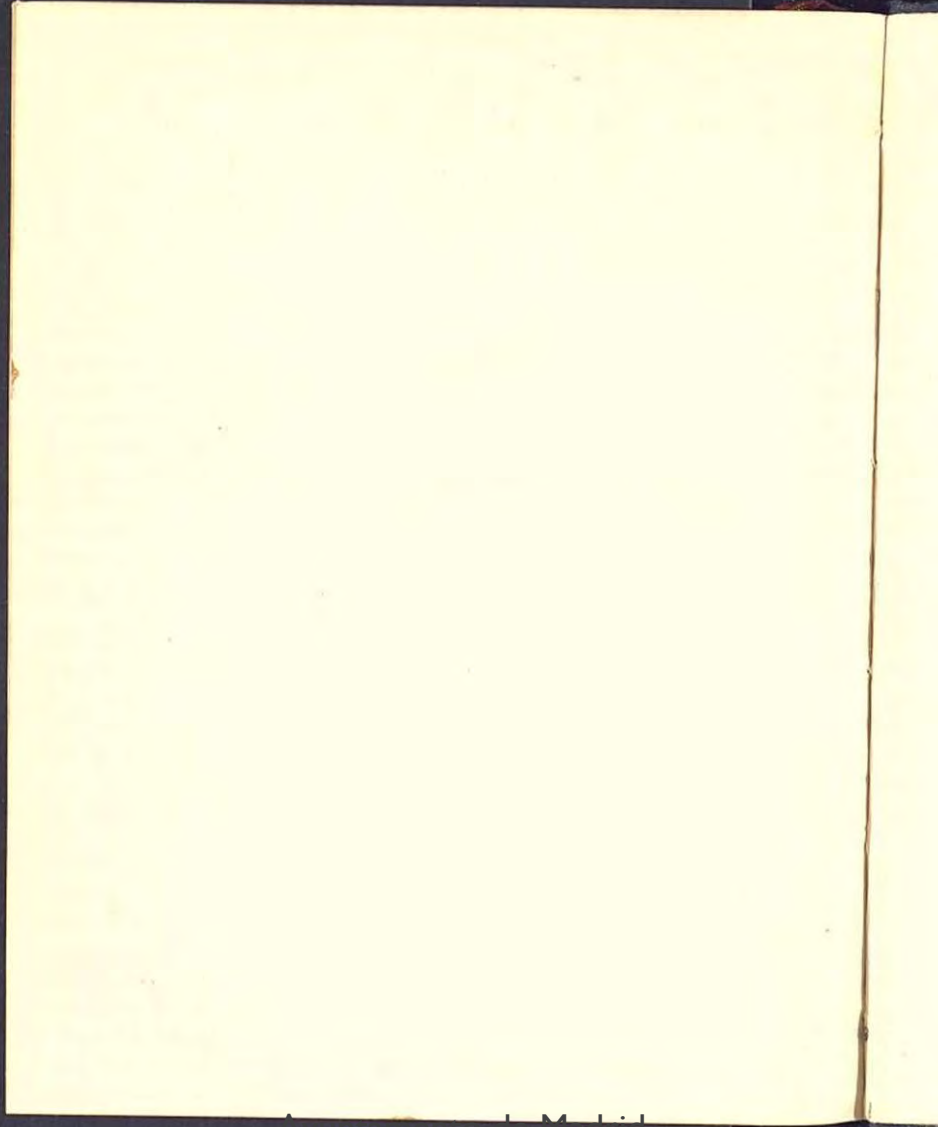
LAGUNAS DE RUIDERA: Pequeños estanques naturales escalonados y cuyas aguas pasan de uno á otro dando nacimiento al río Guadiana.

FLÁMULAS Y GALLARDETES: Banderas largas y estrechas rematadas en punta.

BALANDRÁN: Especie de sobrevesta holgada y con mangas cortas y pendientes de la parte que cubre los hombros.

CAPÍTULO XII

VISOIREY = VIRREY: Que gobierna en nombre y con la autoridad del rey.



Ayuntamiento de Madrid

